

EMMANUEL CARRÈRE

El bigote



Un hombre se afeita el bigote que lleva años luciendo. Lo hace en secreto, para darle una sorpresa a su mujer. Pero cuando aparece ante ella con su nueva imagen, la esposa no reacciona. No parece ver en esa cara con que lleva años conviviendo cambio alguno. No parece percatarse de que su marido se ha afeitado. Es más, cuando éste le muestra su perplejidad ante la falta de reacción, ella le asegura que él nunca ha llevado bigote. Un gesto en principio sin mucha trascendencia –afeitarse el bigote– se convierte en el punto de partida de una pesadilla kafkiana para el protagonista de esta novela. ¿Es víctima de un juego, de una broma de su entorno más próximo? ¿Se ha vuelto loco y realmente nunca llevó bigote? ¿El mundo se ha confabulado contra él para ponerlo a prueba? ¿Afeitarse el bigote puede lanzarlo a uno al abismo?

Escrita con un humor negro siempre inquietante, esta novela breve de Emmanuel Carrère –que el propio autor llevó al cine en una película protagonizada por Vincent Lindon– nos muestra un maelstrom que no está en medio del océano sino en la cotidianidad de una ciudad, pero que succiona con la misma fuerza al protagonista. Y lo conduce hasta el apoteósico y espeluznante final de este libro que deja huella. Porque queda avisado el lector: no podrá sacárselo de la cabeza una vez terminado.

«Estremecerse con el solo recuerdo de una lectura, ser víctima del desasosiego, del vértigo ante las páginas de un libro, es un raro privilegio que pocos novelistas pueden ofrecer» (Michèle Gazier, *Télérama*).

«Con una escritura transparente y puntillosa, Carrère se sumerge en la enajenación, y cincela, con escalpelo, una locura cotidiana, aparentemente benigna, que no puede acabar más que en el horror» (*Les Nouvelles Littéraires*).

«He aquí una novela en la que al principio parece que no sucede nada... Sin embargo, un centenar de páginas después, uno concluye su lectura con el estómago revuelto y un nudo en la garganta, tras un viaje alucinante y terrorífico a un infierno que uno percibe ahí, muy cerca, al alcance de la mano, incluso en uno mismo... El libro de Emmanuel Carrère nos lleva muy lejos, hasta un punto en el que ya no hay retorno posible» (Jean-Claude Lebrun, *Révolution*).

«Ha depurado el vocabulario y la gramática con la furia de un Savonarola de la palabra para extirpar todos los ornamentos y todas las armas de

seducción» (*Le Monde*).

«Un relato que puede leerse como un divertimento, un auténtico caso clínico o –y esto es lo más atractivo– como una novela corta de humor negro muy inquietante, que debería fascinar a los amantes de Patricia Highsmith o Roald Dahl» (Annie Coppermann, *Les Échos*).

«Emmanuel Carrère es un maravilloso contador de historias» (Michèle Bernstein, *Libération*).

«Podría ser de Maupassant, un Maupassant excelso» (Jacques-Pierre Amette, *Le Point*).

«Un relato entre el absurdo y el cuento filosófico, que hace reír y al mismo tiempo da miedo. ¡Dios, qué bueno es!» (Jérôme Garcin).

Lectulandia

Emmanuel Carrère

El bigote

ePub r1.0

Titivillus 05.01.16

Título original: *La moustache*
Emmanuel Carrère, 1986
Traducción: Esther Benítez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Carolina Kruse

—¿Qué dirías si me afeitara el bigote?

Agnès, que hojeaba una revista en el sofá del salón, soltó una breve risa y después contestó:

—Sería una buena idea.

Él sonrió. En la superficie del agua, en la bañera donde remoloneaba, flotaban islotes de espuma salpicados de pelitos negros. Tenía una barba muy recia que lo obligaba a afeitarse dos veces al día si no quería verse, por la noche, con el mentón azul. Al despertar, despachaba la tarea frente al espejo del lavabo, antes de ducharse, y no era sino una serie de gestos maquinales, desprovista de toda solemnidad. Por la tarde, en cambio, ese trabajo se convertía en un momento de relax que organizaba con esmero, tomando la precaución de dejar correr el agua por la alcachofa de la ducha, para que el vapor no empañara los espejos que rodeaban la bañera empotrada, colocando un vaso al alcance de la mano, y extendiendo profusamente luego la espuma sobre la barbilla, pasando y volviendo a pasar la navaja con cuidado para no cortarse el bigote, cuyos pelos igualaba después con unas tijeras. Debiera o no salir y tener buen aspecto, este rito vespertino ocupaba su lugar en el equilibrio de la jornada, al igual que el único cigarrillo que se permitía, desde que había dejado de fumar, después del almuerzo. El tranquilo placer que le proporcionaba no había variado desde el final de su adolescencia, la vida profesional lo había aumentado, incluso, y cuando Agnès se metía cariñosamente con el carácter sagrado de sus sesiones de afeitado, le contestaba que era, en efecto, su ejercicio zen, la única playa de meditación consagrada al conocimiento de sí y del mundo espiritual que le dejaban sus inútiles pero absorbentes actividades de joven ejecutivo dinámico. Agresivo, corregía Agnès, tiernamente burlona.

Ahora ya había terminado. Con los ojos entornados, todos los músculos en reposo, escudriñaba en el espejo su propio rostro; se divirtió exagerando su expresión de húmeda beatitud y después, cambiando a ojos vistas, de virilidad eficaz y decidida. Un resto de espuma se adhería a la punta del bigote. Sólo había hablado de afeitárselo en broma, como hablaba a veces de cortarse el pelo muy corto; lo llevaba semilargo, peinado hacia atrás.

—¿Muy corto? ¡Qué horror! —protestaba infaliblemente Agnès—. Con el bigote, encima, y la cazadora de cuero, ¡menuda pluma!

—Pues puedo quitarme también el bigote.

—Me gustas con él —concluía ella.

A decir verdad, nunca lo había conocido sin él. Llevaban cinco años casados.

—Bajo al supermercado a hacer unas compras —dijo Agnès asomando la cabeza por la puerta entreabierta del cuarto de baño—. Tendremos que marcharnos dentro de una media hora, o sea que no te entretengas.

Oyó un roce de telas, se estaba poniendo la chaqueta, el ruido del manojito de llaves que recogía de la mesa baja, la puerta de entrada que se abría y después se cerraba. Habría podido conectar el contestador, pensó, ahorrarme una salida chorreante del baño si suena el teléfono. Bebió un sorbo de whisky, hizo girar en la mano el gran vaso cuadrado, encantado con el tintineo de los hielos; bueno, de lo que quedaba de ellos. Pronto iba a levantarse, secarse, vestirse...

Dentro de cinco minutos, se concedió, disfrutando con el placer de la tregua. Se imaginaba a Agnès avanzando hacia el supermercado, taconeando por la acera, esperando en la cola, delante de la caja, sin que eso hiciera mella en su buen humor ni en la vivacidad de su mirada: siempre se fijaba en pequeños detalles raros, no forzosamente divertidos en sí, pero de los que sabía sacar provecho en los relatos que después hacía. Sonrió otra vez. ¿Y si le diera la sorpresa, cuando subiera, de haberse afeitado de veras el bigote? Cinco minutos antes, ella había declarado que sería una buena idea. Pero no había podido tomarse en serio su pregunta, no más que de costumbre, en cualquier caso. Le gustaba con bigote, y él también se gustaba, por otra parte, y eso que con el tiempo se había desacostumbrado de su rostro lampiño: realmente no podía saberlo. De todas formas, si su nueva cara no les gustaba, siempre podría dejarse crecer el bigote; tardaría unos diez o quince días, durante los cuales haría el experimento de verse distinto. ¿O es que Agnès no cambiaba regularmente de peinado, sin avisarle? Él se quejaba siempre, le hacía escenas paródicas, y cuando empezaba a acostumbrarse, ella se había hartado y aparecía con un corte nuevo. ¿Por qué no él también? Sería divertido.

Rió silenciosamente, como un chiquillo que prepara una trastada, y después, alargando el brazo, dejó el vaso vacío en el tocador y cogió un par de tijeras para la tarea de desbaste. Enseguida se le vino a la cabeza que aquel montón de pelos podía obstruir el sifón de la bañera: para eso bastaban unos cuantos cabellos, y luego era todo un follón; había que echar uno de esos productos desatascadores a base de sosa que apestaban durante horas. Se apoderó de un vaso de dientes que colocó en el reborde, en precario equilibrio delante del espejo, e, inclinándose sobre él, empezó a cortar en la masa. Los pelos caían al fondo del vaso en mechoncitos compactos, muy negros, sobre el sedimento blanco de cal. Trabajaba lentamente para no desollarse. Al cabo de un minuto levantó la cabeza, inspeccionó su obra.

Si era sólo por hacer el tonto, también podía detenerse en ese momento, dejar su labio superior engalanado con una vegetación irregular, vivaz aquí, rala allá. De niño, no entendía por qué los adultos varones nunca sacaban un partido cómico de su

sistema piloso, por qué, por ejemplo, un hombre que decidía sacrificar su barba solía hacerlo de una sola vez, en lugar de ofrecer a la hilaridad de amigos y conocidos, aunque sólo fuera un día o dos, el espectáculo de una mejilla lampiña y otra barbuda, de un medio bigote o de patillas en forma de Mickey, payasadas que una pasada de maquinilla bastaba para borrar tras haberse divertido con ellas. Qué raro que la afición a ese tipo de caprichos se difumine con la edad, justamente cuando resultan realizables, pensó, comprobando que también él, en semejante ocasión, se plegaba a la costumbre y ni se le ocurría ir a cenar con aquella pinta a casa de Serge y Véronique, viejos amigos, sin embargo, que no se hubieran molestado. Prejuicio pequeñoburgués, suspiró, y siguió manejando las tijeras hasta que el fondo del vaso de dientes estuviera lleno, el terreno ya propicio para el trabajo de la navaja.

Había que darse prisa, Agnès regresaría de un momento a otro y el efecto sorpresa se iría al garete si no había terminado a tiempo. Con las alegres prisas de quien empaqueta un regalo en el último minuto, aplicó crema de afeitar en la zona desbrozada. La maquinilla rechinó, arrancándole una mueca; sin embargo no se había cortado. Nuevos copos de espuma punteados de pelos negros, aunque mucho más numerosos que los de hacía un rato, cayeron en la bañera. Lo repitió dos veces. Pronto su labio superior estuvo más liso aún que sus mejillas: un buen trabajo.

Aunque su reloj era sumergible, se lo había quitado para bañarse, pero la operación no había durado, según sus cálculos, más de seis o siete minutos. Mientras daba los últimos toques había evitado mirarse al espejo para reservarse la sorpresa, verse como Agnès lo iba a ver muy pronto.

Levantó la vista. Nada del otro jueves. El bronceado del esquí de Semana Santa perduraba aún un poco en su cara, de forma que el lugar del bigote recortaba en ella un rectángulo de una palidez desagradable, que parecía incluso falso, pegado: una falsa ausencia de bigote, pensó; y ya, sin abdicar completamente del malicioso buen humor que lo había empujado a hacerlo, lamentaba un poco su gesto, se repetía mentalmente que el desastre se arreglaría en diez días. Así y todo, habría podido hacer aquella gracia en vísperas de las vacaciones, mejor que después: se hubiera bronceado totalmente, y también le habría crecido otra vez de forma más discreta. Menos gente se enteraría.

Meneó la cabeza. Bueno, no era nada grave, no había por qué atormentarse. Y el experimento, al menos, habría tenido el mérito de probar que el bigote le sentaba bien.

Se levantó, apoyándose en el reborde; quitó el tapón de la bañera, que empezó a vaciarse ruidosamente mientras se envolvía en la toalla. Temblaba un poco. Delante del lavabo se friccionó las mejillas con after-shave, dudando si tocar el sitio lechoso del bigote. Cuando se decidió, un picor le hizo fruncir los labios: la irritación de una piel que desde hacía casi diez años no había conocido el contacto del aire libre.

Apartó los ojos del espejo. Agnès ya no tardaría. De repente descubrió que le inquietaba su reacción, como si volviera a casa después de pasar una noche fuera,

engañándola. Se dirigió al salón, donde había colocado, en una butaca, la ropa que pensaba llevar esa noche, y se la puso con furtivo apresuramiento.

Con los nervios, tiró demasiado fuerte de un cordón del zapato, que se rompió. Un gorgoteo vehemente le anunció, mientras renegaba, que la bañera había terminado de vaciarse. En calcetines volvió al cuarto de baño, cuyas baldosas mojadas le hicieron contraer los dedos de los pies; pasó el chorro de la ducha por las paredes de la bañera hasta que los restos de espuma y, sobre todo, los pelos desaparecieron totalmente. Se disponía a fregarla con el producto guardado en el armarito de debajo del lavabo, para ahorrarle ese trabajo a Agnès, pero se arrepintió al pensar que, al hacerlo, se comportaría menos como marido atento que como criminal deseoso de eliminar todo rastro de su fechoría. Vacío, en cambio, el vaso de dientes que contenía los pelos cortados en el cubo de metal, cuya tapa se alzaba con un pedal, y después lo aclaró con cuidado, aunque sin raspar la capa de cal. Aclaró también las tijeras y a continuación las secó bien para que no se oxidaran. La puerilidad de este camuflaje le arrancó una sonrisa: ¿para qué limpiar los instrumentos del crimen cuando el cadáver se ve a la legua?

Antes de regresar al salón echó un vistazo circular al cuarto de baño, evitando mirarse al espejo. Luego puso un disco de bossa nova de los años cincuenta y se sentó en el sofá con la penosa impresión de estar en la sala de espera de un dentista. No sabía si prefería que Agnès volviera enseguida o se retrasara, dejándole un momento de respiro para reflexionar, para devolver su gesto a sus justas dimensiones: una broma; en el peor de los casos, una iniciativa desdichada de la que ella se reiría con él. O se declararía horrorizada, y sería igual de gracioso.

Sonó el timbre de la puerta; no se movió. Transcurrieron unos segundos; después la llave escarbó en la cerradura, y, desde el sofá, del que no se había movido, vio a Agnès entrar en el vestíbulo, empujando la puerta con el pie, con los brazos cargados de bolsas de papel. Estuvo a punto de gritar, para ganar tiempo: «¡Cierra la puerta! ¡No mires!» Al divisar sus zapatos en la moqueta se arrojó precipitadamente sobre ellos, como si la tarea de ponérselos pudiera absorberlo mucho tiempo, evitándole mostrar el rostro.

—Habrías podido abrir —dijo Agnès sin acritud, al verlo congelado en aquella postura, al pasar. En vez de entrar en el salón, se fue derecha a la cocina, y, aguzando el oído, él escuchó, al fondo del pasillo, el ligero zumbido de la nevera que ella abría, las bolsas arrugadas a medida que retiraba sus compras; después, sus pasos que se acercaban.

—¿Se puede saber qué haces?

—Se me ha roto un cordón —masculló sin levantar la cabeza.

—Pues ponte otros zapatos.

Ella rió, se dejó caer en el sofá, a su lado. Sentado sobre el borde de las nalgas, con el busto rígidamente inclinado sobre los zapatos, cuyos respaldos escudriñaba sin verlos, estaba paralizado por lo absurdo de la situación: si había gastado aquella

broma era para recibir a Agnès todo ufano, exhibirse burlándose de su sorpresa y, si acaso, de su desaprobación, y no para acurrucarse con la esperanza de diferir lo más posible el momento en que ella lo vería. Era preciso reaccionar a toda prisa, recuperar la ventaja, y, animado quizá por la peroración untuosa del saxofón en el disco, se levantó con un movimiento brusco y se dirigió, dándole la espalda, hacia el pasillo, donde estaba el armario de los zapatos.

—Si quieres ponerte ésos —le gritó ella—, siempre se le puede hacer un nudo al cordón, hasta que compremos un par de recambio.

—No, da igual —contestó, y sacó un par de mocasines que se calzó de pie, en el pasillo, forzando las palas. Por lo menos no habría problemas de cordones. Respiró a fondo, se pasó la mano por la cara, demorándose en el sitio del bigote. Era menos chocante al tacto que a la vista; Agnès no tendría más que acariciarlo mucho. Se forzó a sonreír, sorprendido al comprobar que casi lo conseguía; empujó la puerta del armario, calzándola con el cartón que impedía que se entreabriera, y regresó al salón, con la nuca un poco tiesa, pero sonriente, a cara descubierta. Agnès había quitado el disco y lo metía en la funda.

—Quizá debiéramos marcharnos ya —dijo volviéndose hacia él, antes de cerrar despacio la tapa de la platina, cuyo botón rojo se apagó sin que él la hubiera visto apretar la tecla.

Al bajar al sótano donde se encontraba el garaje, ella echó un vistazo a su maquillaje en el espejo del ascensor, después lo miró a él con aire aprobador; pero esa aprobación, evidentemente, se refería a su traje y no a la metamorfosis, que seguía sin comentar. Él le sostuvo la mirada, abrió la boca, la cerró de inmediato, sin saber qué decir. Durante el trayecto en coche siguió silencioso, ensayando mentalmente varias frases de entrada, sin que ninguna le pareciera satisfactoria: era ella la que tenía que hablar primero, y, de hecho, hablaba, contaba una anécdota sobre un autor de la editorial donde trabajaba; pero él apenas la escuchaba y, no logrando interpretar su actitud, proporcionaba réplicas reducidas a la mínima expresión. Pronto llegaron al barrio del Odéon, donde vivían Serge y Véronique y donde, como de costumbre, resultó casi imposible aparcar. Los embotellamientos, las tres vueltas a la manzana le dieron un pretexto para desfogar su mal humor, golpear el volante con el puño, gritarle gilipollas a uno que tocaba el claxon y no podía oírlo. Agnès se burló de él, y entonces, consciente de mostrarse desagradable, le propuso dejarla mientras él seguía buscando un sitio. Ella aceptó, se apeó a la altura del edificio al que iban, cruzó la calzada y después, como repentinamente arrepentida, regresó a paso ligero hacia el coche, parado mientras él esperaba que el semáforo se pusiera verde. Bajó el cristal, aliviado con la idea de que con unas palabras cariñosas ella iba a acabar con aquella tomadura de pelo; pero quería solamente recordarle el código de la puerta de entrada. Dispuesto a retenerla, se inclinó hacia la ventanilla; pero ella se alejaba, dirigiéndole

por encima del hombro un guiño que podía significar «hasta ahora», «te amo» o cualquier otra cosa. Arrancó, perplejo e irritado, con unas ganas enormes de fumarse un pitillo. ¿Por qué fingía no haber reparado en nada? ¿Para responder con otra sorpresa a la que él le había preparado? Pero precisamente eso era lo extraño: no había parecido sorprendida en absoluto, ni siquiera un instante, el necesario para dominarse, para componer un rostro natural. La había mirado fijamente en el momento en que ella lo vio, cuando metía el disco en su funda: ni un alzamiento de cejas, ni una expresión fugitiva, nada, como si hubiera tenido todo el tiempo de prepararse para el espectáculo que la esperaba. Podía sostenerse, claro, que él la había avisado, incluso ella había dicho, riendo, que sería una buena idea. Pero se trataba forzosamente de palabras en el vacío, de una falsa respuesta a lo que era aún, en su ánimo, una falsa pregunta. Imposible imaginarse que se lo había tomado en serio, que había hecho las compras diciéndose: está a punto de afeitarse el bigote, es preciso que al verlo haga como si no pasara nada. Por otra parte, la sangre fría que había demostrado era aún más increíble si no se lo esperaba. En cualquier caso, juzgó, me quito el sombrero. Buen golpe.

A pesar del embotellamiento, su irritación disminuía, y con ella, su malestar. La falta de reacción de Agnès, o mejor dicho, la rapidez de su reacción, revelaban la estrecha complicidad que los unía, un afán de emulación, de improvisación guasona, por lo que, en lugar de estar de morros, más bien convenía felicitarla. A pillo, pillo y medio; eso le parecía bien, eso les parecía bien, y ahora se sentía impaciente no ya de aclarar un malentendido, sino de disfrutar con ella de una comprensión casi telepática y de compartirla con sus amigos. Serge y Véronique se iban a reír, primero de su nueva cara y después del numerito montado por Agnès, del nerviosismo de él, que pensaba confesar, detallar sin perdonarse nada, celebrando el chasco del burlador burlado... A menos que..., a menos que la burladora, siempre pletórica de ideas, se le hubiera adelantado con la intención de meter en el ajo a Serge y Véronique, de exigirles la misma actitud por su parte. Era él, sin duda, quien le había propuesto subir antes, pero, si no lo hubiera hecho, quizá ella se lo habría pedido. O bien, igual que él, sólo ahora veía el partido que se podía sacar de este adelanto. En realidad, se lo esperaba, encantado de proseguir un juego cuya gracia, cuyo aspecto de ping-pong, le parecían ahora evidentes. Se quedaría decepcionado si a ella no se le ocurría; pero no cabía duda, se le ocurriría, la ocasión era demasiado buena. Se la imaginaba en ese instante mientras aleccionaba a Serge y Véronique, Véronique sofocando sus carcajadas, amenazando con que le entraría la risa floja a fuerza de empeñarse en actuar con naturalidad. No tenía, ni mucho menos, el talento de comedianta de Agnès, su aplomo ni su afición a las novatadas; se traicionaría enseguida.

La perspectiva de este gag, el placer que sentía al imaginarse su desarrollo y los posibles fallos, disipaban el fastidio que había experimentado hacía un rato. Visto de lejos, se extrañaba de su desasosiego, se reprochaba su mal humor; aunque no, ni siquiera éste respondía perfectamente al juego; casi le parecía, retrospectivamente,

que también lo había simulado. Se palpó el rostro, estiró el cuello para mirarlo en el retrovisor. Bueno, no era muy afortunado ese labio superior de color champiñón en medio del moreno, pero se lo tomarían a guasa, y después la parte blanca se broncearía, la parte bronceada palidecería y, sobre todo, volvería a dejarse crecer el bigote; el único motivo de furia, si se empeñaba de veras en encontrar uno, era que el automovilista de detrás acababa de aparcar en un sitio por el cual él había pasado sin fijarse, ocupado como estaba en contemplarse.

Serge y Véronique estuvieron a la altura. Ni guiños insistentes ni discreción ostensible; lo miraban a la cara, exactamente igual que de costumbre. Y eso que él los provocó, se las arregló, con el pretexto de ayudarla, para encontrarse solo en la cocina con Véronique y ponerla a prueba felicitándola por su buena cara. Ella le devolvió el cumplido: sí, se había puesto moreno; sí, había hecho bueno; estás en forma; tú no cambias; tú tampoco. Durante la cena, los cuatro hablaron de esquí, trabajo, amigos comunes, películas nuevas, con tanta naturalidad que el gag, a la larga, perdió su gracia, como esas imitaciones demasiado perfectas que, a fuerza de parecerse al original, inspiran más respeto que diversión. Un juego tan bien jugado le estropeaba el placer con que había contado; casi odiaba a Véronique, a quien consideraba, a priori, el elemento claudicante del complot y que no cedía. Nadie se agarraba a los cables cada vez más gruesos que él lanzaba, hablando del socialismo imberbe impuesto por el gobierno Fabius o de los bigotes pintados a la Gioconda por Marcel Duchamp, y, pese a la tensión implícita que aquella broma impecablemente seguida imprimía al desarrollo de la velada, se sentía triste como un niño que, en una comida familiar en honor de su premio de fin de curso, quisiera que la conversación girase sólo en torno a ese acontecimiento y sufre porque los adultos, tras haberle felicitado, no vuelven sin cesar sobre ello, hablan de otra cosa, lo olvidan. Con ayuda del vino, se sorprendió a sí mismo olvidando, por un breve minuto, que se había afeitado el bigote, que los demás fingían no haberse fijado y, cuando él se daba cuenta, echaba una ojeada al espejo de encima de la chimenea para convencerse de que no había soñado, de que el fenómeno, aparentemente olvidado por todos, persistía, sin embargo, así como la burla de la que era la víctima consentidora, la *vedette* harta de su papel de Dama de las Camelias. Esta persistencia le extrañó tanto más cuanto que, después de la cena, Serge, algo achispado, discutió con Véronique por un motivo fútil que además se le escapó. Tales discusiones se producían a menudo entre sus anfitriones; nadie les daba importancia. Véronique tenía mal carácter, y Agnès, que la conocía de siempre, se divertía abiertamente con sus furiosos encogimientos de hombros, sus repliegues hacia la cocina, adonde la acompañaba para echar leña al fuego. Esta pelea matrimonial, sin embargo, hacía olvidar la comedia de la indiferencia sobre el bigote cortado, lo cual en sí era comprensible; pero resultó más extraño cuando el incidente terminó. Porque la tensión no desaparecía del todo y

Véronique, picada, hacía ostensiblemente rancho aparte, por lo cual parecía lógico que se alejara escandalosamente de una broma cuya condición era la armonía general. Ahora bien, no lo hizo. Él buscó la manera de inducirla a denunciar un pacto que, entregada a su cólera, quizá hubiera olvidado por completo, pero sólo se le ocurrieron medios groseros que habrían rematado toscamente un gag para el que Agnès había previsto quizás un desenlace brillante. No obstante, al manifestar Véronique que estaba harta y deseaba que se marchasen para reñir en la intimidad, quedó muy claro que no había desenlace, que el gag no pasaba de ahí, no sería comentado por sus intérpretes, felicitándose mutuamente y riendo de buena gana, como él había esperado. Su decepción infantil se acentuó, volvió la irritación. Aunque encontrase una forma ingeniosa de poner el asunto sobre el tapete, ya no había la menor posibilidad de que su aparición, diferida demasiado tiempo, fuese acogida con otra cosa que una jovialidad recalentada, que probaba que el placer que habían podido sentir al representar aquella comedia se había desvanecido hacía tiempo, reemplazado por una indiferencia no simulada y para él frustrante.

Agnès, en el coche, tampoco volvió sobre el asunto. Lamentaba, sin duda, que su broma hubiera fracasado, hasta el punto de que en el descansillo todos coincidieron tácitamente en no reanimarla; pero no lo demostraba, comentaba alegremente la cena, el carácter de perros de Véronique, y se chacoteaba, como de costumbre. Y aunque no esperara de ella un despliegue de confusión, la negativa a evocar, aunque fuera incidentalmente, el pequeño acontecimiento de la velada le pareció casi agresiva, como si, ¡el colmo!, ella le guardara rencor porque su broma se había ido al traste. Detestaba estar enfadado con Agnès, hubiera querido amarla sin reticencia alguna, por breve y efímera que fuese, y, en realidad, el amor que se tenían corría parejas con un sentido del humor muy suyo que bastaba, en general, para que no estallasen conflictos. Tratándose de un capricho tan benigno, un mínimo de perspectiva habría debido evitarle toda irritación. Y a pesar de ello, la actitud de Agnès lo irritaba, y hasta despertaba una inexplicable angustia, la difusa impresión de haber sido cogido en falta que había experimentado al salir del cuarto de baño. Era ridículo, evidentemente; podía seguir jugando al juego cinco minutos más si eso divertía a Agnès, pero iba a terminar resentido con ella, lo adivinaba; conque más valía dejarlo. Sólo que le tocaba a ella dar el primer paso, y allá penas si, por haber tardado demasiado, no le quedaba nada mejor para salir del trance que un trivial «no estás mal, ¿sabes?»; bastaba con que lo dijese amablemente. Y, además, incluso si le parecía feo, lo importante era decirlo. Pero, al parecer, ella no quería. Qué cabezota, pensó.

Desde hacía dos minutos ella había dejado de hablar, miraba fijamente ante sí con un mohín enfurruñado, con pinta de reprocharle su falta de atención. La adoraba así, con la frente terca bajo el flequillo, de repente infantil. Su descontento desapareció de

pronto, barrido por una oleada de ternura un poco zumbona, la del adulto que cede a los caprichos de una chiquilla haciéndole notar que es más inteligente el que primero cede.

En un semáforo en rojo se inclinó hacia ella y siguió con los labios el contorno de su rostro. Cuando ella echó la cabeza hacia atrás para ofrecerle el cuello, observó que sonreía y pensó decir: «Has ganado». Prefirió frotar, retorciendo la nariz, su labio superior liso contra la piel, subiendo desde la clavícula al lóbulo de la oreja, y murmurar:

—La cosa cambia, ¿no?

Ella suspiró dulcemente, le puso la mano en el muslo mientras él se apartaba a regañadientes para pasar de punto muerto a primera. Tras haber cruzado la plaza, ella preguntó a media voz:

—¿Qué es lo que cambia?

Se mordió los labios, negándose a impacientarse.

—¡Me rindo!

—¿Cómo que te rindes?

—¡Por favor...! —imploró cómicamente.

—Pero ¿cómo? ¿Qué es lo que pasa?

Vuelta hacia él, lo examinaba con una curiosidad tan bien fingida, tierna, un poco inquieta, que temió realmente tomárselo a pecho si ella continuaba. Él había dado el primer paso, cedido en toda la línea; ella debía comprender que la cosa ya no le divertía, que tenía ganas de hablar tranquilamente. Esforzándose por seguir con el tono del adulto que hace entrar en razón a una cría testaruda, declaró con énfasis:

—Las mejores bromas son las más cortas.

—Pero ¿qué broma?

—¡Para ya! —La cortó con una brusquedad que lamentó al punto. Prosiguió más suavemente—: Stop.

—¿Qué es lo que pasa?

—Para ya, por favor. Te pido que pares.

Él había dejado de sonreír, ella también.

—Está bien. Párate —dijo ella—. Ahora mismo. Aquí.

Comprendió que ella hablaba del coche; torció bruscamente hacia el carril bus y apagó el motor para dar más peso a su orden terminante de acabar ya. Pero ella habló primero:

—Explícate.

Parecía tan desconcertada, y hasta disgustada, que se preguntó por un instante si no sería sincera, si no podía ocurrir que, por alguna razón increíble, no hubiera notado nada. Pero ninguna razón increíble venía a cuento, e incluso era grotesco plantearse la cuestión, y todavía más planteársela a ella.

—¿No has notado nada? —preguntó, de todas formas.

—No, no he notado nada, y me vas a explicar ahora mismo qué es lo que debería

haber notado.

Pues estamos bien, pensó él: el tono decidido, casi amenazador, de la mujer que va a armar una bronca, segura de tener razón. Más valía abandonar, ya se cansaría como los niños cuando uno deja de fijarse en ellos. Pero ella ya no tenía su voz de niña. Él vaciló, acabó por suspirar:

—Nada. —Y adelantó la mano hacia la llave de contacto. Ella se la retuvo.

—Sí. Cuéntame —ordenó.

Él ni siquiera sabía qué decir. Remachar el clavo; pronunciar las palabras que Agnès, movida por no sé qué chifladura, quería hacerle pronunciar a toda costa, parecía de repente difícil, vagamente obsceno.

—Pues, en fin, mi bigote —terminó de soltar, prolongando las sílabas.

Ya está. Lo había dicho.

—¿Tu bigote?

Frunció el ceño, mimando a la perfección el estupor. La hubiera aplaudido, o abofeteado.

—Por favor, para ya —repitió.

—Pero ¡para tú! —Ella casi gritaba—. ¿A qué viene esa historia de un bigote?

Él cogió su mano, sin dulzura, se la llevó a los labios, aplicó las falanges un poco tiesas, crispadas, al sitio del bigote. En ese momento los faros del autobús que llegaba por detrás los deslumbraron. Soltando la mano, arrancó, se desvió hacia el centro del bulvar.

—Circula tarde ese bus —observó tontamente, para hacer una pausa, pensando a la vez que se habían ido pronto de casa de Serge y Véronique y que, como ya había empezado, la pausa no servía de nada. Agnès, que ya tenía su bronca, volvía a la carga.

—Me gustaría que te explicases. Quieres dejarte crecer el bigote, ¿es eso?

—Pero vamos, ¡toca, caray! —gritó él, cogiéndole la mano, que volvió a apretar contra su boca—. Acabo de afeitármelo, ¿no lo notas? ¿No lo ves?

Ella retiró la mano, soltó una risita breve, burlona y sin alegría, que él no le conocía.

—Tú te afeitas todos los días, ¿no? Dos veces al día.

—Para ya, coño.

—Como gag resulta monótono —observó ella, secamente.

—Tu especialidad, ¿no?

No contestó, y él pensó que había dado en el clavo. Aceleró, decidido a enmudecer hasta que ella pusiera fin a aquella idiotez. Es más inteligente el que primero cede, se repitió; pero la frase había perdido su matiz de cariñosa reprimenda, se instalaba pesadamente en su cabeza, donde las sílabas martilleaban con una especie de imbecilidad rabiosa. Agnès seguía callada, y cuando la miró a hurtadillas, el desasosiego de su rostro le impresionó como una malignidad. Nunca la había visto así, odiosa y asustada. Nunca había representado una comedia con tanta vehemencia.

Ni una nota en falso, arte elevado al cubo. ¿Y por qué? ¿Por qué actuar así?

Permanecieron en silencio el resto del trayecto, también en el ascensor e incluso ya en el dormitorio, donde se desnudaron cada cual en su lado, sin mirarse. Desde el cuarto de baño donde se lavaba los dientes la oyó reír de una forma que estaba pidiendo una pregunta, y no la hizo. Pero por el sonido de la risa, sin hosquedad, casi sofocada, adivinó que ella quería dar marcha atrás. Y cuando volvió al dormitorio le sonreía, ya acostada, con una expresión de picara timidez, arrepentida y segura del perdón, que hacía casi inimaginable la que él había sorprendido en el coche. Ella lo sentía, y él, claro, se mostraría magnánimo.

—Seguro que Serge y Véronique ya se han reconciliado —dijo ella—. Podríamos hacer otro tanto.

—Es una idea —contestó, sonriendo a su vez, y se metió en la cama, la tomó en sus brazos, aliviado de que depusiera las armas y a un tiempo deseoso de no abusar de su triunfo. Con los ojos ya cerrados, estrechándose contra él, ella emitió un gruñido de placer y le apretó el hombro con la mano como para dar la señal del sueño. Él apagó la luz.

—¿Duermes? —dijo un poco más tarde.

Ella respondió inmediatamente, en voz queda pero clara:

—No.

—¿En qué piensas?

Rió suavemente, como antes de acostarse.

—En tu bigote, claro.

Hubo un momento de silencio; un camión pasó por la calle haciendo temblar los cristales; luego ella prosiguió, vacilante:

—Hace un rato, en el coche, ¿sabes...?

—¿Qué?

—Era raro, pero he tenido la impresión de que si continuabas... iba a tener miedo.

Silencio. Él tenía los ojos muy abiertos, seguro de que ella también.

—He tenido miedo —murmuró ella.

Él tragó saliva secamente.

—Pero eres tú la que has continuado...

—Por favor —imploró ella apretándole la mano lo más fuerte posible—. Me da miedo, te lo aseguro.

—Pues no empieces —dijo abrazándola, con la inquieta esperanza de frenar el mecanismo, que sentía a punto de ponerse otra vez en marcha. Ella lo sintió también; se desprendió de su abrazo con gesto violento, encendió la luz.

—Eres tú el que empiezas —gritó—. ¡No vuelvas a hacerlo nunca!

Vio que ella lloraba, con la boca hundida, la espalda sacudida por

estremecimientos. Imposible simular eso, pensó, turbado; imposible que no sea sincera. Imposible también que lo sea, a menos que esté perdiendo la razón. La agarró por los hombros, trastornado por sus temblores, por la contracción de sus músculos. El flequillo le tapaba los ojos; se lo echó hacia atrás, despejando la frente. Cogió su rostro entre las manos, dispuesto a todo con tal de que ella dejase de sentirse mal. Ella tartamudeó:

—¿A qué viene esa historia del bigote?

—Agnès —murmuró él—. Agnès, me lo he afeitado. No es grave; volverá a crecer. Mírame, Agnès. ¿Qué es lo que pasa?

Repetía cada palabra suavemente, canturreando casi mientras la acariciaba; pero ella se apartó de nuevo, con los ojos desorbitados, como en el coche: la misma progresión.

—Sabes perfectamente que nunca has llevado bigote. Déjalo ya, por favor —gritaba—. Por favor. Es estúpido. Por favor, me da miedo. Déjalo ya... ¿Por qué haces esto? —susurró para terminar.

No contestó, abrumado. ¿Qué podía decirle? ¿Que interrumpiera aquella farsa? ¿Para reanudar el diálogo de sordos? ¿Qué estaba pasando? Volvían a su memoria las bromas desconcertantes que ella gastaba a veces, la historia de la puerta tapiada... De repente, pensó en la cena en casa de Serge y Véronique, en su empeño en fingir que no veían nada. ¿Qué les había dicho ella? ¿Y por qué? ¿Qué quería?

Solían tener las mismas ideas al mismo tiempo. La cosa no falló, y en el momento en que ella abrió la boca comprendió que sacaría ventaja el que primero hiciera la pregunta. Ella, pues.

—Si te hubieras afeitado el bigote, Serge y Véronique lo habrían notado, ¿no? Imparable. Él suspiró:

—Tú les dijiste que hicieran como si nada.

Lo miró fijamente, con las pupilas dilatadas, boquiabierto, tan visiblemente horrorizado como si la amenazase con una navaja.

—Estás loco —silbó—. Completamente loco.

Cerró los ojos, apretando los párpados hasta hacerse daño, con la absurda esperanza de que, cuando los abriera, Agnès se habría dormido, la pesadilla habría pasado. La oyó moverse, apartar las sábanas; se levantaba. Y si estaba loca, si tenía una alucinación, ¿qué hacer? ¿Entrar en su juego, pronunciar palabras apaciguadoras, arrullarla diciendo: «Sí, sí, tienes razón; nunca he tenido bigote; te estaba tomando el pelo. Perdóname...»? ¿O demostrarle que estaba delirando? El agua corrió en el cuarto de baño. Cuando abrió los ojos, ella se acercaba a la cama con un vaso en la mano. Se había puesto una camiseta y parecía más tranquila.

—Oye —dijo—, vamos a telefonar a Serge y Véronique.

Una vez más se le adelantaba, consolidaba su ventaja haciendo una propuesta de forma tan razonable que lo colocaba en posición defensiva. Y si ella los había convencido de que participaran en el engaño, si habían persistido durante toda la

cena, nada garantizaba que no lo continuaran por teléfono. Pero ¿por qué? ¿Por qué? No lo entendía.

—¿A estas horas? —preguntó, consciente de cometer un error, de recurrir a un pretexto convencional y fútil para hurtarse a una prueba que preveía peligrosa para sí.

—No veo otra solución. —La voz de ella, de repente, recobraba su seguridad. Alargó la mano hacia el teléfono.

—Eso no demostrará nada —murmuró él—. Si les has avisado...

Lamentó, apenas formulada, esta precaución derrotista, y, deseoso de recuperar la iniciativa mediante un acto de autoridad, se apoderó él mismo del aparato. Agnès, sentada en el borde de la cama, lo dejó hacer sin protestar. Tras haber marcado el número, contó cuatro timbrazos; después descolgaron: reconoció la voz soñolienta de Véronique.

—Soy yo —dijo con brusquedad—. Siento despertarte, pero tengo que preguntarte una cosa. ¿Te acuerdas de mi cara? ¿La has visto bien esta noche?

—¡Jo! —Soltó Véronique.

—¿No has notado nada?

—¿Cómo?

—¿No has notado que ya no llevaba bigote?

—¿Estás de coña o qué?

Agnès, que había cogido el auricular supletorio, hizo un ademán que significaba claramente: «Ya lo ves.».., y dijo, impaciente:

—Pásamela.

Él le tendió el teléfono, desdeñando el auricular que ella le ofrecía a cambio, para marcar perfectamente el poco valor que atribuía a una prueba amañada por todas partes.

—¿Véronique? —dijo Agnès. Un momento, y después prosiguió—: Exactamente, te lo pregunto yo. Oye, supón que te haya hecho jurar que, pasara lo que pasara, dirías que él nunca llevó bigote. ¿Me sigues?

Agitó el auricular en dirección a él, como para ordenarle que lo cogiera, y, furioso consigo mismo, obedeció.

—Bueno —continuó ella—. Pues si te he pedido eso, considéralo anulado, olvídalos todo y contéstame francamente: ¿lo has visto alguna vez con bigote? ¿Sí o no?

—No. Evidentemente, no. Y además...

Véronique se interrumpió, se oyó la voz de Serge sobre un fondo de chirridos; luego, una especie de aparte, con la mano tapando el auricular, y por fin Serge cogió el aparato:

—Parece que os estáis corriendo la gran juerga —dijo—, pero nosotros estamos durmiendo. ¡Adiós!

Oyeron el clic. Agnès colgó lentamente.

—La gran juerga, en efecto —comentó ella—. ¿Lo ves?

La miró, perdido.

—Se lo has dicho.

—Llama a quien quieras: a Carine, a Paul, a Bernard, a alguien de tu estudio, a quien sea.

Se levantó, cogió una agenda de direcciones de la mesita baja y la lanzó sobre la cama. Él comprendió que si la cogía, la hojeaba, buscaba alguien a quien llamar, reconocería su derrota, aunque fuera absurdo, imposible. Algo, esa noche, se había estropeado, lo obligaba a probar la evidencia, y sus pruebas no eran convincentes. Agnès las había falseado. Ahora desconfiaba del teléfono, presintiendo, sin poder imaginar sus modalidades, una conspiración en la que él desempeñaba un papel, una gigantesca bufonada sin la menor gracia. Aun rechazando la extravagante hipótesis de que Agnès hubiera llamado a todos los amigos que figuraban en su agenda para hacerles jurar, con cualquier pretexto, que asegurarían que él nunca había llevado bigote, dijera lo que dijera ella, y aunque los urgiese a retractarse, adivinaba que al llamar a Carine, a Bernard, a Jérôme, a Samira, obtendría la misma respuesta, que era preciso rechazar esta ordalía, salir de ese terreno minado y dirigirse a otro donde él tuviera la iniciativa, una posibilidad de control.

—Oye —dijo—. Tenemos fotos por alguna parte. Las de Java, mira.

Salió de la cama, fue a hurgar en el cajón del escritorio y sacó el mazo de fotos de sus últimas vacaciones. En buen número de ellas figuraban los dos.

—¿Y bien? —preguntó tendiéndole una.

Ella le echó un vistazo, alzó la vista hacia él, se la devolvió. Él la miró: claro que era él, vestido con una camisa de batik, con el pelo pegado a la frente por el sudor, sonriente y bigotudo.

—¿Y bien? —repitió.

Ella cerró los ojos a su vez, los abrió; respondió con voz cansada:

—¿Qué pretendes probar?

Él quiso decir «para ya» una vez más, argumentar, pero recordó de repente, agotado también, que todo iba a comenzar de nuevo, a volver a la casilla de salida: es más inteligente el que primero cede, mejor darse por vencido, esperar que pase.

—De acuerdo —dijo, dejando caer la foto en la moqueta.

—Vamos a dormir —dijo Agnès.

De una cajita de cobre colocada en la mesilla de noche sacó un blíster de somníferos, tragó un comprimido y le dio otro, con el vaso de agua. Él la siguió a la cama y apagó la luz. No se tocaban. Poco después, ella rozó el dorso de su mano bajo las sábanas y él acarició la suya con la yema de los dedos unos instantes. Sonrió maquinalmente, en la oscuridad. En reposo, con la mente relajada, deslizándose hacia el sueño, no conseguía realmente guardarle rencor; se había pasado un pelo, pero era ella, a él le gustaba así, con su vena de loca, como cuando telefoneaba a una amiga diciendo: «Pero ¿qué pasa...? Pues tu puerta... Sí, sí, tu puerta... ¿Cómo? ¿No lo has visto...? Te lo aseguro; abajo, en vez de puerta, hay una pared de ladrillo... Pues no,

ya no hay puerta... Pues sí, te lo juro; estoy en la cabina de la esquina... Sí, ladrillos.»., etcétera, etcétera, hasta que la amiga, incrédula, pero así y todo preocupada, baja al vestíbulo del inmueble y sube enseguida a llamar a Agnès a su casa y decirle: «¡Ay, vaya gracia!» «Vaya gracia...», murmuró muy bajo, para sí, y se durmieron.

Se despertó a las once de la mañana, con la cabeza pesada y la boca pastosa, a causa del somnífero. Agnès le había dejado una nota sobre el despertador: «Hasta la tarde. Te quiero». Las fotos de Java yacían desparramadas en la moqueta, a los pies de la cama; recogió una y la miró un buen rato: Agnès y él, vestidos de claro, apretujados en un triciclo cuyo conductor, detrás de ellos, enseñaba en una sonrisa todos sus dientes rojos de betel. Trató de recordar quién había sacado la foto, sin duda un transeúnte al que se lo pidieron: cada vez que confiaba así su cámara a un desconocido temía vagamente verlo poner pies en polvorosa, aunque nunca se había producido tal cosa. Se pasó la mano por el rostro, como tumefacto por el sueño demasiado pesado. Sus dedos se demoraron en la barbilla, encontrando la familiar sensación de lija, y vacilaron antes de aventurarse hacia el labio superior. Cuando por fin se decidió, no experimentó la menor sorpresa, pues no se figuraba haber soñado la víspera; pero el contacto, aunque idéntico al de las mejillas, le resultó desagradable. Miró de nuevo la foto del triciclo y después se levantó y fue al cuarto de baño. Ya que se había despertado tarde, se lo tomaría con calma, se permitiría el lujo de tomar un baño en vez de su habitual ducha matinal.

Mientras corría el agua, telefoneó al estudio para decir que llegaría a primera hora de la tarde. No era ningún problema, paradójicamente, porque estaban en pleno aluvión de trabajo y se quedaban hasta muy tarde por la noche. Estuvo a punto de preguntarle a Samira por el bigote, pero desistió: ya estaba bien de niñerías.

No se afeitó durante el baño, sino delante del lavabo, teniendo buen cuidado de no tocar los pelos nacientes del bigote, que, decididamente, se dejaría otra vez. Ya estaba hecha la prueba de que no se gustaba sin él.

En la bañera reflexionó. Sin guardarle realmente rencor, no entendía bien la obstinación de Agnès en insistir en una bufonada cuya gracia, sinceramente, se agotaba al cabo de cinco minutos. Claro que, como él le había dicho, una de sus especialidades eran las bromas retorcidas. Aun sin hablar del asunto de la puerta tapiada, que a él le había parecido decididamente morboso, siempre le había extrañado su forma de mentir. Agnès, como todos, practicaba, llegado el caso, mentiras interesadas para disculparse por no ir a una cena o por no haber terminado un trabajo a tiempo; pero en lugar de decir, por ejemplo, que estaba enferma, que se le había estropeado el coche o que había perdido la agenda, sostenía con una

convicción totalmente desproporcionada mentiras evidentes, en vez de argumentos camelísticos pero verosímiles. Si un amigo había estado toda la tarde esperando su llamada, en casa, ella no decía que se le había olvidado, que comunicaba o que no contestaba, con lo cual podía suponerse, después de todo, que el teléfono estaba averiado, sino que aseguraba, mirando de hito en hito al amigo en cuestión, que lo había llamado, que había hablado con él, cuando él sabía que era rotundamente falso, y obligaba bien a imaginar que, como consecuencia de un error o por una misteriosa razón, un desconocido se había hecho pasar por el interlocutor que no era, bien a acusar a ese interlocutor de mentir, lo cual Agnès no dejaba de hacer implícitamente, contando con lo inverosímil de la explicación como muestra de su sinceridad. ¿Por qué, en efecto, inventar una disculpa tan descabellada? Esta estrategia desorientaba y después se jactaba de ella, además; iba por ahí contando ese género de hazañas, pero cuando una de sus víctimas, para confundirla, le recordaba esas confesiones, respondía que sí, que lo hacía a menudo, pero no en este caso; se lo juraba, no mentía, y se mantenía de tal forma en sus trece que uno estaba obligado, si no a creerla, por lo menos a capitular rezongando, porque si no la discusión podía eternizarse sin que ella se desviase un pelo de su tesis. El invierno anterior habían pasado un fin de semana en el campo, en casa de Serge y Véronique, en una casa con la calefacción bastante vieja, donde la única forma de conseguir una temperatura razonable en las habitaciones consistía en que cada radiador funcionara solamente a medias, porque si no saltaban los plomos. Agnès, friolera, había empezado evidentemente por poner al máximo el radiador de su cuarto, con lo que los plomos habían saltado, evidentemente. Insistió, pero después de tres cortes de corriente sucesivos y después de tres sermones en los que Serge le había recordado la necesidad de sacrificar parte de su comodidad al interés colectivo, parecía resignada. Los invitados del fin de semana habían pasado en la gran sala común una pacífica velada no turbada por ningún incidente, ni siquiera después de que Agnès se hubiera ido a acostar la primera. Todos esperaban dormir en un cuarto decentemente caldeado, y de ahí la consternación general al descubrir unos radiadores apagados y unas habitaciones heladas. No había lugar a dudas, la fechoría llevaba firma: tras haber disipado la desconfianza de sus camaradas de fin de semana, Agnès había cerrado a traición la calefacción de los otros para subir la suya al máximo, y dormía a sus anchas en un invernadero donde, al parecer, no se figuraba ni por un instante que acudirían a despertarla sus furiosas víctimas para pedirle cuentas. Hasta el final, y de forma más que inverosímil, alegó inocencia, indignándose de que la creyesen capaz de una acción tan fea. «¿Quién lo ha hecho, entonces?», repetía Véronique, exasperada. «No lo sé; en cualquier caso, yo no». Y no hubo modo de que diera su brazo a torcer. Habían terminado por reírse, y ella también, pero sin confesar, sin aportar siquiera una explicación de recambio, como una avería de la caldera o la intrusión de un ladrón que se hubiera entretenido toqueteando las llaves de los radiadores.

En realidad, si se consideraba fríamente, el asunto del bigote no era ni más ni

menos sorprendente que éste o que el de los ladrillos. La diferencia estaba en que los dos lo habían llevado más lejos, en que él le había pisado los talones hasta la hostilidad, y también en que esta vez la víctima era él. Normalmente ella lo hacía tácitamente cómplice de su mala fe sin paliativos, frente a la cual él demostraba una indulgencia afectuosa y hasta admirativa. Era raro, por otra parte, pensó, que en cinco años de vida en común no le hubiera dado nunca ese trato, como si a sus ojos representara un tabú. No tan raro, en realidad. Él sabía muy bien que había dos Agnès: sociable y brillante la una, siempre ante las candilejas, cuyos repentes y cuyo comportamiento imprevisible acababan por seducir a fuerza de naturalidad, y, aunque él no lo confesara, le enorgullecían enormemente; y otra a la que sólo él conocía, frágil e inquieta, también celosa, capaz de romper a llorar por una nadería, de acurrucarse en sus brazos, y a la que él consolaba. También sacaba entonces su otra voz, vacilante, casi empalagosa, que en público lo hubiera irritado, pero que atestiguaba, en la intimidad de la pareja, un conmovedor abandono. Al reflexionar sobre ello, en el agua que se iba enfriando, comprendía con disgusto lo que lo había trastornado más de la bronca de la víspera: por primera vez, Agnès había introducido uno de los numeritos de su circo mundano en el ámbito protegido de ellos dos. Peor aún, con objeto de darle más peso, había utilizado para montar el número el registro de voz, de entonaciones, de actitudes, reservado al terreno tabú donde en principio cesaban las comedias. Violando un convenio jamás formulado, lo había tratado como a un extraño, invirtiendo las posiciones en contra de él con todo el virtuosismo adquirido a fuerza de practicar ese deporte, y de una forma casi odiosa: recordaba su rostro destrozado de angustia, sus lágrimas. Había parecido verdaderamente asustada, lo había acusado verdaderamente, con toda convicción, de perseguirla, de asustarla de manera deliberada, sin razón. Sin razón, exactamente... ¿Por qué había hecho eso? ¿Por qué quería castigarlo? No por haberse afeitado el bigote, en cualquier caso. Él no la engañaba, no la traicionaba en nada, y el examen de su conciencia no lo tranquilizaba, pues implicaba que ella sancionaba una falta que él mismo ignoraba. A menos que hubiera querido atormentarlo gratuitamente o, más posiblemente, que no se hubiera dado cuenta. El mismo, por lo demás, sólo se daba plena cuenta ahora, con la cabeza despejada. También podía achacarse a esa embriaguez levemente perversa que se debe experimentar al manipular a alguien, al hacerle dar vueltas sobre sí mismo, cada vez más deprisa, hasta el momento de devolverle el equilibrio y decir: «¡Qué divertido!, ¿no?» Pero la verdad es que se había pasado al asegurarse contra él, aunque fuera sólo capa de broma, la complicidad de Serge y Véronique. Que éstos hubieran aceptado, por su parte, desempeñando su papel como ella les pedía, era comprensible; pensaban que estaban prestándose a un juego entre ellos dos, a una de esas burlas privadas a las que estaban acostumbrados, y no a la primera escaramuza sería de una especie de guerrilla conyugal. No, tampoco había que exagerar. Habían bebido un poco; se acabó; ella no volvería a empezar. Pero, de todas formas, sin exagerar, le dolía; era una traición, la primera. Volvía a pasar ante sus ojos su

expresión trastornada de la víspera, sus lágrimas teatrales, tan verdaderas como las verdaderas, y la fisura que éstas provocaban en su mutua confianza. Vaya, pensó; estoy exagerando otra vez, ya está bien.

Salió del baño, se sacudió, decidido a olvidar el incidente. Se prometió no reprochárselo nunca, aunque hubiera motivos de reproche... Pero no, nada de eso, ningún motivo, archivado, no se volvería a hablar del tema.

No obstante, mientras se vestía pensó que se había mostrado muy estúpido, no sólo por entrar en el juego, sino por haber carecido de reflejos en el momento de la llamada. Agnès se las había ingeniado para llamar primero a Serge y Véronique, y después, ante la objeción de que ella podía haberlos aleccionado, se había tirado el farol de proponer que llamasen a cualquier otro. Y él, como un imbécil, había tenido la impresión de una fatalidad que haría que todos lo negaran esa noche, cuando en realidad ella no había podido, materialmente, avisar más que a Serge y Véronique. Desde el momento en que, antes de salir a cenar, lo había visto con el bigote afeitado, no se habían separado sino diez minutos, mientras aparcaba. Ella había aprovechado ese lapso para adoctrinar a Serge y Véronique, pero era imposible que hubiera llamado por teléfono a todos sus amigos para darles la consigna. Se la había jugado. Y encima esta mañana, si ella quería, tenía todo el tiempo para poner de su lado, uno por uno, a todos sus conocidos. La idea, nada más nacer, le arrancó una sonrisa: el mero hecho de haberla tenido, de imaginarse a Agnès tejiendo una conspiración telefónica para mantener una broma ya frustrada... Vaya, se lo contaría; ella se reiría también y quizá, entre burlas y veras, comprendiera, sin que mediara ningún reproche, hasta qué punto le había afectado lo que ella creía una broma inocente. Aunque no; más valía que ella no saliera perdiendo, por poco que fuera; no se lo contaría, no volvería a hablar de eso; se había acabado.

Comprendió, al llegar al estudio, que no se había acabado. Inclínados sobre una maqueta, Jérôme y Samira levantaron la cabeza al oírlo entrar, pero no tuvieron ninguna reacción. Jérôme le hizo señas de que se acercase, y un instante después estaban los tres repartiéndose las tareas, porque el cliente quería que le presentaran el proyecto al lunes siguiente y no lo tenían ni a la mitad; deberían trabajar de lo lindo.

—Esta noche tengo una cena —explicó Samira—, pero me las arreglaré para pasar después por aquí.

La miró muy fijo a los ojos; ella sonrió, le revolvió cariñosamente el pelo con la mano y añadió:

—Oye, no tienes buena pinta; debes de estar abusando de tu cuerpo, ¿eh?

Después sonó el teléfono, ella cogió el auricular, y como Jérôme había salido de la estancia, se encontró solo, estúpido, con los dedos tanteando las aletas de la nariz. Se sentó a su mesa y empezó a examinar los planos, impidiendo que se enrollasen con la palma de la mano. Después los sujetó colocando ceniceros y cajitas en las

esquinas y trabajó. Contestó varias veces al teléfono, con la cabeza en otra parte, incapaz de construir con los pensamientos, muy precisos, que flotaban en su mente, una hipótesis que hubiera deseado tan coherente, funcional y anodina como el edificio público cuyo proyecto los movilizaba. ¿Les habría llamado Agnès también a ellos? Absurdo, y, sobre todo, no se imaginaba a Jérôme y Samira, desbordados de trabajo, dejando que les explicasen el papel que debían representar en una broma estúpida. O bien, como mucho, habrían dicho «de acuerdo», no hubieran vuelto a pensar en ello y, a su llegada, habrían exteriorizado su sorpresa, de todas formas. ¿O es que sencillamente no notaban nada? Frecuentes visitas al retrete en el curso de la tarde, estancias prolongadas delante del espejo que coronaba el lavabo, le garantizaron que, por distraídas y miopes que fueran, y además no lo eran, unas personas con las que trabajaba todos los días desde hacía dos años, a quienes veía a menudo en plan amistoso, fuera del estudio, no podían ignorar el cambio producido en su apariencia. Pero le contenía la ridiculez de hacer la pregunta.

Hacia las ocho, telefoneó a Agnès para decirle que volvería tarde.

—¿Qué tal? —preguntó ella.

—Muy bien. Hasta la coronilla de trabajo, pero bien. Hasta luego.

Casi no habló, salvo con Jérôme, un cuarto de hora, de la maqueta. El resto del tiempo, cada cual se quedó clavado a su mesa, el uno fumando como un descosido, el otro acariciando a contrapelo su labio superior. La falta de tabaco le pesaba más que de costumbre. Pero, una vez fumado su único cigarrillo diario, ahorrado hoy en el almuerzo que no había tomado, procuró convencerse. Conocía demasiado bien el ciclo que había echado por la borda sus anteriores resoluciones: primero pides chupadas a tu alrededor; después, de cuando en cuando, un cigarrillo entero; después, Jérôme llegaba a la agencia con una cajetilla de más, guiñando el ojo y diciendo: «Tuya es, pero deja de darme el coñazo», y, al cabo de una semana, ya compraba otra vez tabaco. Tras dos meses de abstinencia se aproximaba al final del túnel, aunque los pesimistas te dicen siempre que hay que esperar tres años antes de considerar ganada la batalla. Así y todo, un pitillo le calmaría los nervios, le ayudaría a concentrarse en el trabajo. Pensaba en él tanto como en su bigote, en la comedia que le estaban montando, llegaba a asociar el contacto del filtro con los labios, el sabor de la bocanada, con la resolución del trivial misterio que lo obsesionaba y, al mismo tiempo, con un renovado interés por los planos desplegados delante de él. Acabó pidiéndole uno a Jérôme, que, demasiado abstraído, le tendió la cajetilla sin bromear siquiera, y, por supuesto, no obtuvo ninguno de los beneficios que se prometía. La mente seguía los mismos derroteros.

Poco antes de las once, Samira, que se había eclipsado para ir a su cena, llamó pidiendo que le abrieran al cabo de diez minutos: el estudio daba al patio trasero de un edificio cuya puerta de entrada cerraba a partir de las ocho y no tenía ni interfono ni código. Pensó en la historia de los ladrillos y, aprovechando la ocasión, salió desperezándose a esperar a Samira en la calle. Llovía, el estanco de enfrente estaba a

punto de cerrar. Cruzó, entró agachándose bajo el cierre metálico medio bajado y pidió cigarrillos. Para Jérôme, claro, que pronto andaría escaso. El dueño contaba el dinero de la caja y, al reconocerlo tras una breve ojeada, lo saludó. Se miró al espejo, entre las botellas alineadas en los anaqueles; se dirigió a sí mismo una sonrisa cansada. El dueño, que levantaba la cabeza en ese momento, se la devolvió maquinalmente, con el cambio.

En la calle se fumó otro pitillo, furioso consigo mismo, y lo aplastó al ver llegar a Samira. Esta blandía una botella de vodka que había comprado al venir.

—Me da la impresión de que vamos a necesitarla —dijo.

Una vez salvada la puerta cochera, apretó el interruptor, pero debía de estar estropeado el automático, porque la luz no se encendió. En el momento de entrar en el patio, ya a la vista el ventanal iluminado tras el que se distinguía la espalda de Jérôme, inclinado bajo la lámpara de arquitecto, retuvo a Samira por el brazo.

—Espera.

Ella se quedó quieta, sin volverse. Quizá creía que él quería besarla; habría podido ponerle las manos en los hombros, acercar los labios a su nuca y probablemente se habría dejado.

—¿Te ha llamado Agnès? —preguntó con voz insegura.

—¿Agnès? No. ¿Por qué?

Giró sobre sí misma un cuarto de vuelta y lo miró, asombrada.

—¿Algo va mal? ¿Qué ocurre?

—Samira...

Respiró a fondo, buscando las palabras.

—Si Agnès te ha llamado, por favor, dímelo. Es importante.

Ella meneó la cabeza.

—¿Tienes problemas con Agnès? Tienes una cara muy rara.

—¿No notas nada?

—Sí, tienes una cara muy rara.

Era preciso violentarse y hacer la pregunta, explícitamente. Por ridículo que pudiera parecer. Samira se le había acercado, atenta, ya compadecida; era difícil creer que representase una comedia. Él hubiera querido decirles que pararan todos, que ya estaba harto. Se sentó en los primeros peldaños de la escalera del inmueble que daba a la calle, se cogió la cabeza entre las manos. El frufú del impermeable, el crujido de la madera lo informaron de que ella se sentaba a su lado. Dijo: «¿Qué es lo que va mal?» El interruptor del automático roto brillaba débilmente detrás de su hombro. Él se levantó, sacudiéndose.

—Se me pasará. Creo que me voy a ir a casa.

Y después:

—No le digas nada a Jérôme —dijo antes de empujar la puerta del despacho, haciéndose a un lado para dejarla pasar.

Fue en busca de su abrigo; dijo que no se encontraba bien, que volvería al día

siguiente para terminar. Jérôme rezongó sin escucharlo del todo; él le estrechó la mano. Besó a Samira apretándole con fuerza un hombro, como diciendo «no te preocupes, es sólo un bajón». Salió; se encontró en la calle desierta, el estanco estaba ahora cerrado. Al meter la mano en el bolsillo de la chaqueta tropezó con los cigarrillos comprados para Jérôme; dudó si regresar al estudio a dárselos, y no lo hizo.

Agnès, mientras lo esperaba, veía una película antigua en un programa de televisión. «¿Qué tal?», dijo. «Muy bien». Y se sentó a su lado, en el sofá. Como la película había empezado hacía casi una hora, ella le resumió el principio en un tono de perezosa diversión que él juzgó afectado. Cary Grant era un médico dinámico que se enamoraba de una joven embarazada, la salvaba del suicidio, le devolvía el amor a la vida y se casaba con ella. Sin embargo, celosos de su éxito, los otros médicos de la ciudad donde ejercía fraguaban una intriga contra él, hurgando en su pasado, en el que, al parecer, había ciertos episodios dudosos que podían provocar su expulsión del Colegio. Era difícil saber si las sospechas sobre él eran fundadas o no, con lo que resultaba vagamente sospechoso su idilio dulzón con la primera actriz: uno se preguntaba si la quería de verdad o si se casaba con ella para llevar a cabo una maquinación cualquiera. De todas formas, no parecía que las dos tramas tuvieran mucha relación. Él las seguía con una atención alelada, seguro, sin ceder al deseo de comprobarlo, de que Agnès lo observaba con el rabillo del ojo. Pronto hubo una escena de tribunal en la que se desveló el secreto de Cary Grant: según entendió, lo acusaban de haber ejercido la medicina en un pueblo cercano donde, para eludir la desconfianza de los habitantes con respecto al cuerpo médico, se hacía pasar por carnicero, hasta el día en que una de sus dieras, a quien cuidaba fingiendo que le vendía bistecs, descubría su título de médico, se indignaba con la superchería y él tenía que abandonar el pueblo para que no lo lincharan. «¡Qué chorrada!», rió ahogadamente Agnès, cuando se defendió explicando que vendía la carne a precio de coste, sin obtener ningún beneficio de esta actividad paramédica. Cary Grant, además, tenía una especie de guardaespaldas, un tipo anciano de gestos muy lentos que lo seguía a todas partes sin decir nada, incluso a la sala de operaciones. Su presencia confería a aquel melodrama médico un toque extravagante, como sacado de esas películas de terror en las que los sabios locos, aunque Cary Grant no tenía nada de sabio loco, están acompañados por un jorobado gesticulante que renquea bajo la tormenta mientras transporta cadáveres hurtados en el depósito. Hasta que el misterioso ayudante, acusado de ser un asesino, se ponía a contar tranquilamente, con todo lujo de detalles, que había tenido en tiempos un amigo y una amante, pero se había percatado de que su amigo era también el amante de su amante, y entonces se habían peleado, y, al verlo regresar a él al pueblo, solo y cubierto de sangre, como no habían encontrado el cuerpo de su amigo, lo habían condenado a quince años de

presidio. «Pero», se extrañaba el juez, «¿nunca se encontró el cuerpo?» «Sí», respondía educadamente el ayudante; «lo encontré yo, quince años después, al salir de la cárcel, detrás del ventanal de un restaurante donde comía una sopa, una sopa de guisantes, me parece. Le pregunté por qué no había dicho que estaba vivo y, como su respuesta no fue satisfactoria, lo golpeé hasta que murió, considerando que yo ya había pagado por ese acto y que era justo, pues, que lo realizara. Pero el tribunal no fue de la misma opinión y, esa vez, me ahorcaron». Fue ahorcado y después más o menos resucitado por Cary Grant, quien, rehabilitado por esta conmovedora explicación, así como por la índole no lucrativa de su comercio de carne, triunfaba modestamente, al final de la película, dirigiendo con ímpetu la orquesta de los gozosos enfermeros del hospital.

La palabra «fin» apareció, saludada por los aplausos del concierto, y después la locutora les deseó buenas noches. Se quedaron sentados en el sofá, sin embargo, uno al lado del otro, con los ojos clavados en la pantalla desierta. Agnès cambió a otro canal, pero no había nada. La película, sobre todo empezada, dejaba una impresión curiosa; se notaba que los distintos elementos que la componían no encajaban, que la historia realista y blanda de la madre soltera y del sonriente doctor no pegaba ni con cola con la del pueblo de locos donde linchaban al carnicero al darse cuenta de que era médico, donde la gente cometía asesinatos tras haber purgado la pena que los sancionaba, y casi le parecía como si, en vez de ver la película, la hubieran ido componiendo poco a poco los dos, sin ponerse de acuerdo, o, mejor dicho, esforzándose cada cual por socavar el trabajo del otro, como quien realiza un «cadáver exquisito» deseando que sea un fracaso para fastidiar a los demás participantes. Probablemente, reflexionó, era así como habían trabajado los guionistas, poniéndose chinitas. La nieve seguía cayendo en la pantalla, eso duraría toda la noche. Lamentó no tener vídeo para continuar.

—Bueno —dijo por fin Agnès, apretando el mando a distancia y haciendo desaparecer la nieve—, me voy a la cama.

Él se quedó un momento sentado en el sofá, mientras ella se desnudaba y desaparecía en el cuarto de baño. Esa noche no se había afeitado, no había comido nada en todo el día, tenía las manos sudorosas. Y, además, se había fumado tres cigarrillos. Le parecía, sin embargo, que todo volvía a estar en orden, que no se iba a hablar más del bigote y que, bien mirado, más valía así. Agnès cruzó el salón, desnuda. «¿Te vienes a dormir?», dijo desde el dormitorio. «Yo tengo sueño». ¿Por qué, a pesar de todo, no se explicaba ella? Si había llamado a todos sus amigos durante el día, sus motivos tendría, una bufonada colectiva, algo así como una sorpresa de cumpleaños, salvo que no era su cumpleaños. Había percibido, durante la película, que ella lo vigilaba, y ahora se iba a acostar tan tranquila. «Ya voy», respondió. Pero antes de reunirse con ella se dirigió a su vez al cuarto de baño, cogió el cepillo de dientes, lo volvió a dejar, se sentó en el reborde de la bañera, miró a su alrededor. Su mirada se detuvo bajo el lavabo, en el pequeño cubo de metal, cuya

tapa levantó con la punta del pie. Vacío, salvo un trozo de algodón que Agnès debía de haber usado para desmaquillarse hacía un momento. Evidentemente, ella había hecho desaparecer las pruebas. Fue a la cocina en busca de una bolsa de la basura llena, pero no había ninguna.

—¿Has bajado la basura? —gritó, consciente de que, por mucho que adoptara un aire inocente y natural, su pregunta parecería a la fuerza clara como el agua.

No hubo respuesta. Regresó al salón. Repitió la pregunta.

—Sí, gracias; no te molestes —dijo Agnès con voz perezosa, como si ya durmiera.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta de entrada, que cerró discretamente a sus espaldas, y bajó a la planta baja, hasta el hueco de debajo de la escalera de servicio, donde se dejaban los cubos de la basura. También vacío, la portera debía de haberlos sacado ya a la acera. Sí, claro, los había visto al volver del estudio.

Allí estaban aún. Empezó a hurgar en ellos, en busca de una bolsa que pudiera ser la suya. Destripó varias, de plástico azul, con las uñas. Qué curioso: es muy fácil reconocer nuestra basura, pensó al toparse con botellas de yogur líquido, con envases arrugados de platos congelados, basuras de ricos, de ricos bohemios que no suelen comer en casa. Esta comprobación le procuraba una vaga sensación de seguridad sociológica: la de estar perfectamente encasillado, localizable, reconocible, y lo vació todo en la acera, con una especie de alborozo. Pronto encontró la bolsa, más pequeña, que ponían en el cubo del cuarto de baño, y sacó de ella unos bastoncitos de algodón, dos tampax, un tubo de dentífrico vacío, un frasco de tónico para la piel, cuchillas de afeitar viejas. Y allí estaban los pelos, abundantes pero dispersos. No exactamente como había esperado, cuando se imaginaba un mechón bien compacto, algo así como un bigote que se aguantara por sí solo. Recogió la mayor cantidad posible, que apiló en el hueco de la mano. Cuando hubo reunido un pequeño montículo, menos de los que creía haber cortado, pero bastantes, subió a casa. Entró sin hacer ruido en el dormitorio, con la mano alargada como un cuenco, y, sentándose en la cama al lado de Agnès, aparentemente dormida, encendió la luz de la mesilla. Ella gimió suavemente y después, como la sacudía por el hombro, parpadeó, gesticuló al ver la mano abierta delante de su cara.

—¿Y esto? —dijo él bruscamente—. ¿Esto qué es?

Ella se apoyó sobre el codo, entrecerrando ahora los ojos a causa de la luz demasiado viva.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes en la mano?

—Pelos —dijo él, conteniendo una risa maligna.

—¡Oh, no! No, no empieces otra vez...

—Los pelos de mi bigote —prosiguió—. Puedes mirarlos.

—Estás loco.

Lo había dicho tranquilamente, como una comprobación. Ni rastro de la histeria de la víspera. Por un instante pensó que ella tenía razón; a los ojos de cualquier

persona ajena que los sorprendiera, él tenía pinta de loco furioso, inclinado sobre su mujer, aplastándole casi contra la cara una mano llena de pelos que había ido a recuperar en un cubo de la basura. Pero no importaba: él tenía la prueba.

—¿Y qué se supone que prueba eso? —preguntó ella, ya despierta del todo—. Que tú llevabas bigote, ¿no?

—Eso es.

Ella reflexionó un instante y después dijo, mirándole a los ojos, suave y firmemente:

—Tienes que ir a ver a un psiquiatra.

—Pero, ¡Dios mío!, la que debe ir al psiquiatra eres tú.

Iba de un lado a otro de la habitación con su mechón de pelos en el puño cerrado.

—¡Eres tú la que telefoneas a todo el mundo para que finjan no darse cuenta de nada! ¿Quién avisó a Serge y a Véronique? ¿Y a Samira? ¿Y a Jérôme...? —Iba a añadir «... y al dueño del estanco», pero se contuvo.

—¿Te das cuenta —preguntó lentamente Agnès— de lo que estás diciendo?

Se daba cuenta, sí. No se tenía en pie, por supuesto. Pero nada se tenía en pie.

—¿Y esto qué? —repitió, abriendo de nuevo la mano, como para convencerse a sí mismo—. ¿Y esto qué es?

—Pelos —contestó ella. Después suspiró—: Los pelos de tu bigote, ¿qué quieres que te diga? Y ahora déjame dormir.

Salió dando un portazo; se quedó un momento de pie en el centro del salón, mirando sus pelos; después se tumbó en el sofá. Sacó del bolsillo la cajetilla comprada para Jérôme; retiró los cigarrillos uno a uno para meter los pelos. A continuación se fumó un pitillo, atento a las volutas del humo, pero no le sabía a nada. Maquinalmente, se quitó la ropa, que tiró al suelo, en la moqueta, fue a buscar una manta al armario del pasillo y decidió intentar dormirse sin pensar en nada.

Era la primera vez que dormían separados: sus peleas, cuando las tenían, se desarrollaban en el lecho conyugal, como el amor, y no diferían mucho de éste. Esta separación nocturna lo trastornaba aún más que la mala fe hostil de que daba prueba Agnès. Se preguntaba si vendría a reunirse con él para hacer las paces, acurrucándose en sus brazos, para tranquilizarlo y dejarse tranquilizar por él diciendo «se acabó, se acabó», repitiéndolo mucho tiempo, hasta que los dos se durmieran, y entonces se acabaría de veras. Incapaz de dormir, se figuraba la escena: primero oiría la puerta del dormitorio, abriéndose muy despacito, sus pasos en la moqueta, que se acercarían al sofá, después ella entraría en su campo de visión, se arrodillaría a la altura de su rostro y él alargaría la mano para acariciarle los pechos y subir a lo largo del cuello, hacia la nuca. Ella se acostaría a su lado, repetiría «se acabó», y él se repetía todo esto, empezando por el principio, por el ruido de la puerta. Le parecía oír sus pasos hollar la moqueta, habría querido besarle los dedos de los pies, los talones, las pantorrillas, besarla toda entera. En esta versión incluso se levantaba para salir a su encuentro, a la pálida claridad que llegaba de la ventana. Estaban enfrente, de pie,

desnudos, luego el uno pegado al otro, y se había acabado. O también él se hallaba ya de pie, esperándola, muy cerca de la puerta. E incluso podría ir a buscarla, él, qué raro no haberlo pensado antes, iba a levantarse... Pero no, no podía, si lo hacía, todo empezaría otra vez, pensaría en la cajetilla vaciada de cigarrillos, haría preguntas, el cuento de nunca acabar. Pero si era ella la que venía, ella, ¿qué cambiaría con eso? La cajetilla llena de pelos seguiría estando allí, en la mesa baja, testigo de la grotesca escena que le había obligado a hacer; sería preciso que hablaran de ello. ¿Y si no volvieron a hablar más de ello, nunca más, si él se rindiera, dijera «de acuerdo, nunca he tenido bigote, si ése es tu deseo»...? No, claro; tampoco era eso. No había que decirlo; sólo no hablar más de ello. Él no volvería a hablar, ni ella tampoco. Ella vendría sólo a acostarse junto a él, a estar caliente junto a él. Repetía la escena de nuevo, la variaba, sentía su cuerpo, y exactamente eso es lo que pasó, no le sorprendió nada, ella había pensado, había deseado lo mismo que él, en el mismo momento, todo volvía a estar en orden. La puerta se abría muy despacito, sus dedos de los pies, sus talones rozaban la moqueta. Oía el tictac del despertador, era el único ruido de la estancia, con los alientos de los dos, leves, fundidos por fin, cuando, arrodillada delante del sofá, ella rozó sus labios, respiró más hondo cuando él cogió sus senos, paseó las manos a lo largo de los costados, sobre sus caderas, sobre sus nalgas, entre sus nalgas, y su aliento se convertía en una dulce queja, ella le barría el hombro con sus cabellos, le besaba el hombro, le mordía el hombro, él sentía correr por su hombro su saliva y sus lágrimas, y lloraba también, la atraía toda entera a sus brazos para que se tendiera, entrelazara sus piernas con las de él, se apartara y dejara gravitar los senos sobre su boca, se enderezara, arqueada, adelantara el vientre hacia su boca, que lo besaba ahora, besaba el interior de sus muslos, los tendones que unían los muslos con su sexo, donde él hundía la lengua lo más hondo posible, la sacaba un instante para chupar sus labios, hundida de nuevo con el gozo de oírla gemir por encima de él, alzar los brazos para abrirse mejor, echarlos hacia atrás, a la espalda, para coger en las manos el sexo de él, hacerlo ir y venir entre sus dedos mientras él la chupaba, la hacía gritar, gritaba también él en ella, seguro de que ella lo oía, de que sus quejas vibraban en el interior de ella como las cuerdas vocales en su boca, y la boca de él no podía estar en otra parte, jamás estaría en otra parte, pasara lo que pasara, él se lo repetía con la boca en ella, la nariz en ella, la frente en ella, los oídos abiertos a los gritos que se escapaban de ella, y ella gritaba: «¡eres tú, eres tú!», lo repetía, se lo hacía repetir al mismo tiempo que ella, en ella, cada vez más fuerte, era él, era ella, y, gritándolo, él quería verla gritando eso, sus manos soltaban las caderas, subían hacia el rostro, él apartaba el pelo, la miraba en la oscuridad, encima de él, con los ojos abiertos, la cogía de los hombros, la echaba hacia atrás contra su vientre, el sexo en la boca, el pelo entre sus piernas apuntaladas, formando ambos un puente cada vez más tenso, cada vez más arqueado encima del sofá, en la noche, y cayeron al suelo repitiendo «eres tú», se revolcaron, arrodillados ahora, cara a cara, alargando las manos para rozar los rostros, repasando sus contornos, las lágrimas corrían por las

manos, por las mejillas, ella dijo «ven», lo atrajo hacia sí, en sí, se tiraban del pelo, se mordían follando, juntos en su vientre, mordían las palabras entre sus dientes que brillaban en la sombra: «tú, eres tú, siempre tú», no decían nada más, siempre en el mismo tono, no tenían otra cosa que decir, lo hubieran dicho incluso mudos; sus ojos se abrían aún más que sus bocas para reconocerse, estar seguros, seguros de estarlo y de que el otro lo estaba, seguros de estar allí, y en ninguna otra parte, nunca jamás en otra parte, nunca jamás otro, sólo tú, tú, claro que eres tú, continuaron diciéndolo más despacito, mucho después de haber gozado, mezclados, sudorosos, hasta que suspirando, sonriendo, amándolo, ella alarga la mano, a tientas, hacia la cajetilla y él le sujeta la mano y dice que no.

Dócilmente, sin pedir explicaciones, ella interrumpió el gesto. Después hablaron, apretados uno contra otro bajo la manta, hasta la madrugada. Ella dijo, aunque él ya lo sabía, que no le estaba tomando el pelo. Lo juró, y él contestó que no tenía necesidad de jurarlo, que estaba seguro de ello, aunque ese tipo de cosas entrara en sus costumbres. En sus costumbres, sí; pero no con él, no así, no esta vez, era preciso que él la creyera, que ella lo creyera. Claro que se creían, ellos se creían de veras, pero, entonces, ¿qué creer? ¿Que se estaba volviendo loco? ¿Que se estaba volviendo loca? Se apretaban con más fuerza al atreverse a decir esto, se lamían, sabían que era preciso no parar de hacer el amor, de tocarse, si no, ya no podrían creerse, ni siquiera hablar de ello. A la mañana siguiente, si se separaban, todo corría el riesgo de recomenzar, no podía sino recomenzar. Flaquearían, a la fuerza, dudarían de nuevo el uno del otro. Ella dijo que, a primera vista, todo aquello parecía imposible, pero que quizá fuera una cosa que ocurría a veces. Pero ¿a quién? A nadie, no conocían a nadie, no habían oído hablar de nadie a quien le hubiera ocurrido eso de creer que llevaba bigote sin llevarlo. O bien, corrigió ella, de creer que el hombre a quien se ama no lo lleva cuando sí que lo lleva. No, nunca habían oído hablar de algo así. Pero no era la locura, ellos no estaban locos, debía de tratarse de un estado pasajero, de una especie de alucinación, quizás el comienzo de una depresión nerviosa. Iré a un psiquiatra, dijo ella. ¿Por qué tú? Si hay alguien enfermo —dijo él—, soy yo. ¿Por qué? Porque los demás piensan como tú, creen también que nunca he llevado bigote; conque el desequilibrado soy yo. Iremos los dos —dijo ella, besándolo—. A lo mejor, en el fondo, es una cosa corriente. ¿Tú crees? No. Yo tampoco. Te amo. Y se repitieron que se amaban, se creían, confiaban el uno en el otro, aunque fuera imposible ¿Qué más podían repetir?

Por la mañana, al preparar el café, tiró a la basura la cajetilla de cigarrillos que contenía los pelos cortados. Desnudo en la cocina, mirando resoplar la cafetera, temió lamentar más adelante el haber sacrificado su única pieza de convicción si el proceso se reanudaba, si los dos no estaban ya de acuerdo en afrontarlo juntos. Miedo también de preguntarse si ella no lo habría amado, tranquilizado, estrechado contra sí aquella noche para calmar su desconfianza e inducirlo a aquel gesto. Pero no había que empezar a pensar eso, era una locura y, sobre todo, una traición a Agnès.

Mientras tomaban el café, a la luz del día que entraba a raudales en el salón, evitaron el tema, hablaron de la película de la víspera. Hacia las once él tuvo que marcharse a su estudio, aunque fuera sábado: el proyecto tenía que estar listo el lunes. Jérôme y Samira le esperaban. A pesar de lo que le costaba pronunciar la palabra, le dijo a Agnès, en el mismo umbral, muy deprisa, que habría que pensar en lo del psiquiatra. Ella contestó que se ocuparía del asunto, con el tono de quien anuncia que encargará una comida china en el restaurante de la esquina.

«Te estás abandonando», dijo Jérôme al observar que no se había afeitado. No respondió nada, se contentó con sonreír. Salvo esa observación y una chanza distraída de Samira cuando le pidió un cigarrillo, el comienzo de la jornada se desarrolló sin incidentes notables. Si, como parecía demostrado ahora, padecía alucinaciones, quizás un principio de depresión nerviosa, más valía no poner a todos al corriente, evitar el provocar a sus espaldas susurros compasivos del tipo: «Pobre chico, no marcha bien en estos momentos.».. La cosa iba a solucionarse, estaba seguro; conque mejor que no se corriera la voz, que no le colgasen en el estudio un sambenito de enfermo del que le costaría desprenderse luego. Anduvo con cuidado, pues, de no meter la pata. Samira parecía olvidada de su extraño comportamiento de la víspera; a lo mejor lo atribuía a una pelea conyugal. Había hecho bien al no llevar el asunto más lejos, al no hacerle la pregunta fatal; aunque de momento se hubiera reprochado su cobardía. En cierto sentido, no le estaba saliendo mal: su desvarío, si desvarío había, seguía siendo discreto, ya que la incomprensible discordancia se refería a un hecho pasado, y, a menos que se evocara, y se guardaba muy mucho de hacerlo, nada en su apariencia presente podía traicionarlo. Al mirarse en el espejo, al palparse, veía el

labio superior adornado con unos pelos nacientes, los de un hombre sin afeitarse, no todavía los de un bigotudo, y quizá fuera desaliñado, pero en apariencia todos lo conocían, lo cual lo tranquilizaba. Empezaba a pensar incluso que la cosa podía no pasar de ahí, que no era necesario ir al psiquiatra: bastaba, en lo que a su ex bigote atañía, sumarse a la que parecía ser la opinión general, y no volver a hablar del tema. Claro que la opinión general no estaba muy ampliamente representada. Echando la cuenta de los testigos de cargo, estaban Agnès, Serge y Véronique, Jérôme y Samira, más cierto número de personas con las que se había cruzado forzosamente desde hacía menos de cuarenta y ocho horas y a quienes su rostro les resultaba familiar. Se esforzó por contarlas también: el dueño del estanco de enfrente, el recadero del estudio, que había pasado la víspera en dos ocasiones, y un vecino de su casa al que encontró en el ascensor; nadie le había hecho la menor observación. Sin embargo, razonó, si él mismo, al cruzarse con alguien a quien apenas conocía, observaba que se había afeitado el bigote, ¿le hablaría de ello enseguida, como si fuera una cuestión de Estado? Claro que no, y, atribuyese a la reserva o a la desatención, el silencio de aquellos comparsas nada tenía de extraño.

Mientras trabajaba, mordisqueando un rotulador, luchaba contra la tentación de hacer una prueba al menos con alguien que lo conociera bien, de formular la pregunta por última vez, antes de archivarla, o, mejor dicho, de informar al psiquiatra. Porque el problema volvería a plantearse fuera cual fuera la respuesta. Si el cobaya contestaba que no, que nunca había llevado bigote, eso no solamente confirmaba que estaba atravesando un acceso de locura, sino que también ponía esa locura en conocimiento de una persona más, siendo así que por ahora sólo Agnès estaba realmente enterada. Si el interlocutor contestaba que claro, siempre lo había conocido con bigote, qué pregunta más rara; entonces, a la fuerza, la culpable era Agnès. O la loca. No, culpable, puesto que había tenido que asegurarse la complicidad de los demás. Lo cual, en definitiva, equivalía a lo mismo, pues tal culpabilidad, una broma llevada tan lejos, tan metódicamente, hasta la conspiración, implicaba una forma de locura. Tanto si conseguía pruebas de su propio desvarío como del de Agnès, no iba a sacar de ello ningún beneficio, salvo una desagradable certeza en cualquiera de los casos. Certeza superflua, en realidad: le bastaba con examinar su documento de identidad para comprobar que, en la foto, llevaba un tupido bigote negro. Toda persona consultada sobre ese punto no podría sino confirmar el testimonio de sus ojos. Y por ende, desmentir a Agnès. Y por ende, probar que estaba loca o que trataba de volverlo loco. Pero, hipótesis escolástica, suponiendo que se hubiera vuelto loco, él, hasta el punto de pegar un bigote imaginario a diez años de su vida y a una foto de identidad, eso significaba que Agnès, por su parte, se hacía exactamente el mismo razonamiento, lo tenía por loco furioso, perverso mental o ambas cosas. Y a pesar de todo, a pesar de su escena extravagante con los pelos recuperados en la basura, había ido a reunirse con él en el sofá, le había certificado su amor, su confianza, en todo y contra todo, y eso merecía a cambio que él confiara en ella, ¿no? Sí, salvo que la

confianza no podía ser recíproca, obligatoriamente uno de los dos mentía o disparataba. Ahora bien, él sabía perfectamente que no era él. Conque era Agnès, conque su abrazo de esa noche era un engaño más. Pero si, es un suponer, no fuera ése el caso, entonces ella había estado heroica, sublime de amor, y él tenía que mostrarse a su altura. Pero...

Meneó la cabeza, encendió un pitillo, furioso por dejarse encerrar en ese círculo vicioso. Increíble, así y todo, que sea tan difícil hallar un árbitro para desempatarlos sobre un punto tan objetivo, una evidencia que debía imponerse a todo el mundo.

Pero, pensándolo bien, ¿dónde estaba la dificultad? ¿En el riesgo de que el árbitro estuviera vendido a la parte contraria? Bastaba, para soslayarla, con dirigirse al primero que llegara, a un transeúnte en la calle, a quien Agnès no hubiera podido embaucar. Lo cual, al mismo tiempo, reducía el otro problema, a saber: el carácter molesto de la pregunta. Hecha a un amigo, a un compañero de trabajo, le haría pasar por chiflado. Y a un desconocido, tres cuartos de lo mismo, pero sin consecuencias, el quid estaba en elegir a alguien a quien nunca volvería a ver. Recogió la chaqueta y dijo que salía a tomar el aire.

Eran las tres de la tarde. Un sol brillante, las tiendas cerradas, uno se creería en verano, o por lo menos en domingo. Siempre experimentaba una sensación de vacaciones al trabajar en el estudio durante el fin de semana, igual que al no trabajar un día de diario. Su profesión permitía este tipo de fantasías, que le hacían apreciar la organización libre y leve de su vida, y en ese instante le parecía más bien raro, dada esa levedad, que una extravagancia tal amenazara su equilibrio. Con la chaqueta sobre los hombros, bajó a paso lento la calle Oberkampf, casi desierta, y cuando, por fin, se encontró con un viejecito, con un capacho del que asomaba un manojito de puerros, sonrió al imaginarse su cara estupefacta si le pedía cortésmente que echara un vistazo a su carnet de identidad y dijera si llevaba o no un bigote en la foto. Creería que se burlaba de él, a lo mejor se indignaba. O bien, si no se lo tomaba a mal, respondería con una chanza a lo que supondría que era otra. Ese era también un riesgo que no había que menospreciar. Se preguntó cómo reaccionaría él en semejante circunstancia, comprobando con inquietud que, sin duda, diría cualquier cosa, por no encontrar una salida ingeniosa. Es cierto: ¿se puede contestar algo *gracioso* a una pregunta así? «¡Anda, si es Brigitte Bardot!» Flojo, muy flojo. La mejor solución, en realidad, sería exponer claramente su problema, pero no se veía haciéndolo. O bien dirigirse a alguien que, por vocación o profesión, se supone que no bromea. A un guardia, por ejemplo. Pero si se topaba con uno con malas pulgas, bien podía acabar en la comisaría por injurias a un agente de la autoridad. De hecho, ya puestos, ¿por qué no un cura? Ir a un confesionario, decir: «Padre, he pecado; pero el problema no es ése; quisiera sólo que a través de la celosía de madera echase usted una ojeada a esta foto.».. «Está usted completamente chalado, hijo mío». No; si quería

verdaderamente una instancia especializada en este tipo de preguntas, no tenía vuelta de hoja: el psiquiatra, y justamente pronto iba a ver a uno, Agnès se encargaba de ello. Todo lo que quería era preparar en cierto sentido la visita, saber a qué carta quedarse.

Tenía sed; torció hacia un café abierto en el bulevar Voltaire; después se arrepintió. Estaba seguro, si entraba, de no hacer la pregunta. Más valía quedarse fuera para poder separarse cuanto antes de su interlocutor, fuera cual fuera el resultado del intento.

Se sentó en un banco que miraba a la calzada, esperando que alguien iría a sentarse, entablaría conversación. Pero nadie llegó. Un ciego palpaba la columna del semáforo que regulaba la circulación en el bulevar y se preguntó cómo se las arreglaría para saber si estaba rojo o verde. Por el ruido de los coches, sin duda, aunque, como pasaban muy pocos, podía equivocarse. Se levantó, tocó con precaución el brazo del ciego, ofreciéndose a ayudarlo a cruzar. «Es usted muy amable», dijo el joven, porque era un joven con gafas verdes, bastón blanco y polo verdoso abrochado hasta el cuello, «pero me quedo en esta acera». Soltó su brazo y se alejó pensando que habría podido preguntárselo a él, por lo menos no corría el riesgo de que su vista lo engañara. De inmediato se le ocurrió otra idea, que le arrancó una sonrisa. ¿Serás capaz?, pensó, sabiendo ya que iba a hacerlo. Único problema: no tenía un bastón blanco. Pero, al fin y al cabo, ciertos ciegos lo desdeñan, sin duda por amor propio. Temiendo que sus ojos lo traicionaran, recordó que tenía en el bolsillo las gafas de sol y se las encasquetó. Eran unas Ray-Ban, dudaba haber visto nunca a un ciego llevándolas, pero en cierto sentido era lógico que un ciego que rechazaba la servidumbre del bastón blanco luciera también unas gafas pretendidamente decorativas. Dio unos pasos por el bulevar, vacilando adrede, con las manos ligeramente tendidas hacia adelante, el mentón muy alto, y se obligó a cerrar los ojos. Pasaron dos coches, una moto arrancó, bastante lejos, después un ruido se acercó. Tuvo que hacer un poco de trampa para identificar, entreabriendo los ojos. Hacia él avanzaba una joven que empujaba un cochecito. Cerró los ojos, tras haberse cerciorado de que el ciego de verdad se había marchado de las cercanías; se prometió no volver a abrirlos hasta que todo acabara, y tampoco reírse, y se acercó a tientas, de forma que cortaba la que presumía era la trayectoria de la joven madre. Con el pie tropezó con el cochecito, dijo «perdón, caballero», y, adelantando la mano hasta tocar la capota de tela plastificada, preguntó cortésmente: «¿Podría hacerme un favor, si es tan amable?» La joven tardó algún tiempo en contestar; quizás, a pesar de su voluntaria equivocación, no se había dado cuenta de que era ciego. «Por supuesto», dijo por fin, apartando un poco el cochecito para no aplastarle el pie, pero también para proseguir su camino. Él dejó la mano en la capota, con los ojos cerrados, y, echando a andar, fue directo al grano.

—Se trata de esto —dijo—. Como ve, soy ciego. He encontrado hace cinco minutos lo que me parece un carnet de identidad o un permiso de conducir. Me

pregunto si será de algún transeúnte que lo haya perdido o bien de un amigo al que acabo de ver. Quizá me lo metí en el bolsillo por error. Si quiere describirme usted el rostro de la foto, sabría a qué atenerme y podría obrar en consecuencia.

Se calló, empezó a hurgar en bolsillo para coger el carnet de identidad, con la impresión repentina, todavía confusa, de que algo no encajaba en su explicación. «Por supuesto», repitió, sin embargo, la joven, y, tanteando, él alargó el carnet en su dirección. Sintió que lo cogía, pero no dejaron de andar, sin duda, ella empujaba el cochecito con una sola mano. El niño que se encontraba dentro debía de estar durmiendo, porque no hacía el menor ruido. O bien no había niño. Tragó saliva, rechazando la tentación de abrir los ojos.

—Se equivoca usted, señor —dijo por fin la joven—; debe de ser su carnet de identidad. En cualquier caso, el de la foto es usted.

Habría debido ocurrírsele, sabía que su estratagema tenía un fallo, se darían cuenta de que era él. Aunque no tenía nada de raro; después de todo, bien podía haberse equivocado. Lo único era que en la foto no llevaba gafas de sol. La mención «ciego» ¿figura en los carnets de identidad?

—¿Está usted segura? —preguntó—. ¿El hombre de la foto lleva bigote?

—Claro —dijo la joven, y él sintió que deslizaba entre sus dedos colgados en el aire el rectángulo de cartón doblado. Jugándose el todo por el todo, insistió:

—¡Pues yo no lo llevo!

—¡Claro que sí!

Empezó a temblar, abrió los ojos sin querer. La joven seguía empujando el cochecito vacío, sin siquiera mirarlo. Era menos joven de lo que había creído de lejos.

—¿Está usted segura —dijo con voz temblona— de que en esa foto llevo bigote? Mírela otra vez.

Agitó el carnet de identidad delante de su nariz para incitarla a cogerlo, pero ella le apartó vivamente la mano y gritó de pronto, en voz muy alta:

—¡Basta ya! ¡Si sigue así llamaré a un agente!

El escapó corriendo; cruzó con el semáforo en rojo. Un coche paró en seco para no atropellarlo; oyó, a sus espaldas, chillar al conductor, pero siguió corriendo, hasta la plaza de la République; entró en un café, se desplomó en una banqueta, jadeante.

El camarero lo interrogó con la barbilla, pidió un café. Lentamente se iba recobrando, digería la noticia. Así que lo que, a causa de las dificultades de ejecución, había estado a punto de parecerle una farsa sin ninguna gracia, resultaba un experimento concluyente. Se esforzó por reconstruir el contenido exacto del careo. Cuando él había objetado que no llevaba bigote, la mujer del cochecito había respondido que sí, sin que pudiera saber si se refería solamente a la foto o también a él, que estaba delante de ella. Aunque quizá considerase un bigote los incipientes pelos negros que, desde hacía dos días, habían recommenzado a crecer en su labio superior. O quizá no viera bien. O él había soñado; nunca se había afeitado el bigote, éste seguía allí, bien espeso, pese al testimonio de sus dedos trémulos, de sus ojos,

que, cuando se volvió bruscamente hacia el espejo de detrás de la banqueta, registraron una imagen curiosamente oscura, verduzca. Se percató entonces, en el reflejo, de que seguía llevando gafas de sol, se las quitó, se examinó con luz otra vez normal. Claro que era él, mal afeitado, todavía sacudido por escalofríos, pero él. Conque...

Apretó los puños, cerró los ojos lo más fuerte posible para hacer el vacío, escapar de ese vaivén entre dos hipótesis a las que ya había dado cincuenta vueltas y que no llevaban a ninguna parte, salvo de la una a la otra, de la otra a la una, sin desvío de salida para volver a la vida normal. La cosa volvía a empezar otra vez, no podía dejar de calibrar la ventaja que acababa de obtener, la prueba que tenía para confundir... ¿Para confundir a quién? ¿A Agnès? Pero ¿por qué a Agnès? ¿Por qué hacía ella esto? Ninguna razón del mundo podía justificar semejante historia, a la vez absurda e irrecuperable. Ninguna razón, salvo la de la locura, que no necesita razones, o bien que tiene sus propias razones, y precisamente porque él no estaba loco, esas razones se le escapaban. ¡Y Serge y Véronique, pensó furioso, que habían alentado su desvarío! Pandilla de irresponsables, tenía que echarles un rapapolvo, que prevenirlos, que decirles que olvidaran para siempre ese género de idioteces si no querían verla acabar en una celda acolchada.

Oscilaba entre la cólera y un enternecimiento empalagoso hacia Agnès, pobre Agnès, Agnès, su mujer, frágil en todo, fina de cabos, canela fina, fino tabique también entre la mente vivaz y la sinrazón que comenzaba a devorarla. Los signos precursores resultaban claros, retrospectivamente: su mala fe chispeante, su afición exagerada a la paradoja, las historias de teléfonos, puertas tapiadas, radiadores, la doble personalidad, tan dueña de sí durante el día, con terceros, y sollozante de noche entre sus brazos, como una cría. Habría sido preciso interpretar antes estas señales de socorro, este exceso de brillo, y ahora ya era demasiado tarde, se iba a pique. No, quizá no demasiado tarde. A fuerza de amor, de paciencia, de tacto, él la arrebataría a sus demonios, remaría con todas sus fuerzas para sacarla a la orilla. Le haría daño si hacía falta, por amor, como se golpea a un nadador que se resiste, para evitar que se ahogue. Un impulso de ternura lo invadía, favoreciendo la eclosión de metáforas terribles y turbadoras que le recordaban, todas, su ceguera y su responsabilidad. Volvía a pensar en la noche anterior como en un desesperado llamamiento por su parte. Ella se daba cuenta de su estado, confusamente. Cuando hablaba de psiquiatra era para obligarlo a llevarla. Enredada en las mallas de la locura, se debatía, trataba de darle a entender: había inventado toda esa farsa desde hacía dos días, esa absurda historia del bigote, como quien aúlla o gesticula detrás de un vidrio opaco, insonorizado, para llamar su atención, para pedir auxilio. Y por lo menos, aunque sin entenderlo muy bien, él había sabido escucharla haciendo el amor con ella, asegurándole su protección, que estaría allí, siempre, él, y que siempre la ayudaría a seguir siendo ella. Era preciso continuar así, ser firme como una roca en la que ella pudiera apoyarse, no dejarse desorientar, arrastrar a su desvarío, porque si no todo

estaba perdido.

Compró una cajetilla, se fumó un pitillo, descartando un reproche que la situación hacía ridículo, y empezó a preparar un programa de salvamento. Ante todo, llamar a un psiquiatra, llamarlo él. Porque, por supuesto, al lanzar la idea como una botella al mar, al proponer encargarse del tema, ella contaba con embaucarlo. Se hacía ilusiones, sin duda; los psiquiatras no debían aceptar ese tipo de chanchullos como unos Serge y Véronique cualesquiera. Y además, bien mirado, lo más prudente sería dejarla actuar: su propia maniobra bastaría para traicionarla; el especialista comprendería mucho mejor de qué iba la cosa al oír la desvariar. Se lo imaginaba, anotando en su bloc las explicaciones de Agnès: «Mire: mi marido cree que llevaba bigote hasta el jueves pasado, y eso no es cierto». Sólo eso ya debería alertarlo, persuadirlo de que era ella la que padecía de... ¿de qué, exactamente? No entendía nada de enfermedades mentales, se preguntó, una vez más, cómo podría llamarse aquélla, si tendría cura... Recordaba que, en líneas generales, había neurosis y psicosis, que las segundas eran más graves, y aparte de eso... Fuera como fuera, había que preparar un pequeño dossier para el psiquiatra, que pudiera ayudarle en una segunda fase: fotos de él las había en abundancia, quizá testimonios de terceras personas sobre el carácter y los cambios de humor de Agnès. Pero, primero, dejarla tomar la iniciativa, era lo más sencillo.

Y a continuación, a propósito de terceras personas, avisar a los amigos. Tendría que pasar por ello para evitar que se reprodujesen las payasadas de Serge y Véronique. Sería difícil hallar la dosificación exacta de firmeza y discreción. No había que alarmarlos demasiado, de forma que Agnès no se sintiera tratada como una enferma; pero también debían captar la gravedad de la situación. Ponerse en contacto con todos, incluidos los amigos de ella, sus relaciones de trabajo, y, en la medida de lo posible, apartarlos. Atroz, realmente, telefonar a sus espaldas, pero no había otro remedio.

En cuanto a él, más valía que al menos de momento fingiera compartir sus puntos de vista para evitar nuevos conflictos, quizás una catástrofe. Iba a volver derecho a casa, llevársela a cenar fuera, como si no pasara nada; no hablar más del bigote, y si hablaba ella, convenir en que había sido una alucinación, que ya había pasado. Contemplanzinar, apaciguar. Aunque no demasiado, de todas formas, no fuera ella a deducir que ya no era necesaria la visita al psiquiatra. Insistiría él mismo en dejarse cuidar, trivializando el asunto, aunque una visita al psiquiatra sea más bien difícil de trivializar. Le pediría que lo acompañara, era casi normal; ella no sospecharía nada. O bien comprendería que él había comprendido. Probablemente habría que esperar al lunes, pero el lunes, sí, a primera hora.

Pagó el café, bajó al sótano de la cervecería a llamar al estudio. Ni hablar de volver allá, ni hoy ni mañana, y allá ellos con el proyecto de gimnasio, allá ellos con la presentación al cliente, el lunes. Cuando Jérôme empezó a protestar, a decir que leches, que no era un día como para, lo cortó en seco:

—Supongo —dijo— que te has dado cuenta de que Agnès no estaba bien; conque escúchame: me da igual el gimnasio, me da igual el estudio, me das igual tú y me ocupo de ella. ¿Entendido? —Y colgó.

Llamaría al día siguiente para disculparse y sermonear a Jérôme y Samira sin reprocharles demasiado su complicidad, disculpable, después de todo no podían saber, y él mismo había estado a punto de dejarse liar. Pero de momento tenía prisa por volver a casa para cerciorarse de que Agnès estaba allí. Pensó que a partir de ahora iba a tener miedo por ella sin parar, y, aunque inquietándole, esta perspectiva lo exaltó extrañamente.

Cuando llegó, poco antes de las cinco, Agnès acababa de regresar y hojeaba un juego de pruebas mientras oía en la radio una emisión sobre los orígenes del tango. Le dijo que había comido en los jardines de Bagatelle con Michel Servier, un amigo suyo a quien él no conocía mucho, y describió con gracia la muchedumbre que atestaba el restaurante al aire libre, ávida de aprovechar los primeros días buenos. Le hizo admirar incluso el ligero bronceado de sus antebrazos. Qué lástima, dijo él, que hubiera almorzado fuera; pensaba justamente llevarla a cenar al Jardín de la paresse, en el parque Montsouris. Temía sorprenderla al proponérselo, porque en general preferían no salir el sábado por la noche, pero ella se limitó a observar que, de todas formas, quizá hiciera un poco de frío para cenar en una terraza. En cambio, le apetecía cenar dentro, en el restaurante; conque de acuerdo.

El resto de la tarde transcurrió pacíficamente: ella, leyendo en el sofá y escuchando los tangos; él, hojeando *Le Monde* y *Libération*, que había tenido buen cuidado de comprar al volver, con la vaga idea de parecer natural, de hacer como si nada. Tenía la sensación, detrás de sus periódicos negligentemente desplegados, de ser un detective privado espionando a la guapa señora a quien su marido le ha encargado vigilar. Para disipar esa impresión se rió a carcajadas en varias ocasiones y, a petición de ella, le leyó «Chéris», los anuncios por palabras de *Libération*, donde figuraba, por tercera semana consecutiva, un joven homosexual deseoso de encontrar, para amistad y algo más, a un caballero entre sesenta y ochenta años, regordete, calvo y distinguido, parecido a Raymond Barre, Alain Poher o René Coty. Se preguntaron si la repetición del anuncio significaba que al joven le costaba encontrar la horma de su zapato o si, por el contrario, hacía un abundante consumo semanal de altos funcionarios rollizos de barriga embutida en severos ternos de rayas. Cruzados, añadió Agnès.

Durante todo ese tiempo, tres personas telefonearon, y siempre respondió él. La tercera era Véronique, que no aludió para nada a su llamada nocturna de la antevíspera, y, a él, la presencia de Agnès le impedía decirle lo que le interesaba. Agnès le hizo señas de que quería hablar ella, e invitó a Véronique y Serge a cenar al día siguiente. Él pensó que antes tendría que llamarlos, tenía intención de hacerlo, de

todas maneras. En ningún momento abordaron la cuestión del psiquiatra.

Al caer la noche se dirigieron al Jardín de la paresse, donde llegaron un poco antes de la hora de su reserva. Mientras esperaban, pasearon por el parque Montsouris. Unas boquillas llenas de agujeritos regaban con una fina lluvia el césped; una ráfaga de viento desvió el chorro y roció el traje de Agnès, él le pasó el brazo por los hombros y después la besó largamente, bajándose para acariciarle las piernas desnudas, por las que corrían gotas de agua fresca. Ella rió. Estrechándola contra sí, con las mejillas pegadas, él cerró violentamente los ojos, abrió la boca como para gritar, anegado por el amor que le tenía, por el temor de que ella sufriera, y, cuando se separaron el uno del otro, sorprendió en su mirada una tristeza que lo conmovió. Regresaron al restaurante de la mano, haciendo varias paradas para besarse de nuevo.

La cena fue alegre, asombrosamente natural. Hablaron de todo y de nada, Agnès se mostró ingeniosa, incluso mordaz, pero con el matiz de infantil abandono que distinguía ese brío del que reservaba para los demás. A él le costaba comer, sin embargo, con un nudo en la garganta por la impresión de que ambos se estaban dominando, de suerte que su tierna desenvoltura evocaba a sus ojos la exhibición de una pareja en la que la mujer se sabe condenada, sabe que el hombre a quien ama lo sabe también y se empeña en que nada se trasluzca, nunca, ni siquiera de noche, despierta entre sus brazos, segura de que él tampoco duerme y de que lucha como ella para reprimir sus sollozos. Y, al igual que esa mujer tendría a gala probar que la palabra «cáncer» no la asusta, Agnès, acariciándole la mejilla y después el labio superior, murmuró:

—Te está creciendo, ¿no?

Él aprisionó entonces su mano en la suya, la conservó apretada contra su rostro, resiguiendo con sus dedos el trayecto de los dedos de ella, como cuando acariciaban su sexo los dos, y pensó sin decir nada: «Sí, está creciendo, vuelve a crecer».

Poco después, en medio de una serie de bromas sobre la carta, ligeramente pretenciosa, y mientras inventaban por turno nombres de platos aún más pretenciosos, ella dijo atropelladamente que no había llamado aún al psiquiatra. Él se disponía a sugerir unos filetes de salmonetes sin espina, dudando para la guarnición entre puré de morillas «al estilo del chef» y un lecho de acederas al tuétano, y tuvo que esforzarse para no dejar caer el tenedor. No sabía de ningún psiquiatra, proseguía ella, pero pensaba que Jérôme, por su mujer... Sin pararse en el hecho de que a él se le había ocurrido la misma idea, interpretó su propuesta como indicio de un nuevo período de lucidez: al devolverle a él la iniciativa, porque Jérôme era más bien amigo suyo, ella sobrentendía que había comprendido sus dudas, y acaso renunciado a proseguir con el psiquiatra sus vanos tejemanejes, y aceptaba que él se encargara de ella. Apretó de nuevo su mano y prometió llamar a Jérôme cuanto antes.

Al recoger el cheque metido entre la cuenta, el camarero reclamó un documento de identidad, lo cual lo irritó. Cuando se lo devolvieron, Agnès dijo lo que él esperaba que no diría:

—Déjame ver.

Se lo alargó, luchando contra la idea de que ella abusaba un poco de su situación de incurable. Ella examinó con atención la foto, después meneó la cabeza, en señal de indulgente desaprobación.

—¿Qué pasa?

—Inventa algo mejor la próxima vez, cariño —dijo ella, lamiéndose el índice, que deslizó después por la fotografía.

Lo volvió luego hacia él, mostrando una manchita negra; lo lamió de nuevo, lo alargó hacia su rostro, tratando de introducirlo entre sus labios. Él le apartó la mano con un gesto brusco, como el de la mujer del cochecito hacía un rato.

—Stabilo Boss, en mi opinión —dijo ella—. Buena calidad; además, casi no sale. ¿No sabes que está prohibido falsear el carnet de identidad? Pero espera.

Sin soltar el carnet, rebuscó en el bolso, cogió una cajita de metal, de donde sacó una cuchilla de afeitar.

—Déjalo —dijo él.

A su vez, ella apartó su mano y se puso a rascar el bigote en la foto de carnet. Petrificado, la miraba actuar, desprender de su rostro invertido diminutas partículas negruzcas, rascando hasta que el espacio comprendido entre su boca y su nariz estuvo no gris como el resto de la foto, sino de un blanco granuloso, como desollado.

—Ahí tienes —concluyó—; ya estás en regla.

Recogió el carnet de identidad, consternado. Ella había arrancado del grano de la imagen su bigote, una aleta de la nariz, un jirón de boca y, por supuesto, nada probaba eso con respecto al rostro que reproducía la foto antes de ser mutilada. Estuvo a punto de decírselo, pero recordó su decisión de no entrar en su juego, por lo menos hasta el lunes, de no contradecirla. Ya era mucho, después de todo, que ella hubiera visto un bigote, confesado que sospechaba que él lo había pintado con un rotulador. En cierto sentido, era incluso mejor, mejor que la marcha atrás en el tema del psiquiatra, que calcaba demasiado la actitud de él: por lo menos ella aceptaba traicionarse, rompía la simetría capaz de hacer creer que ella era la que estaba en sus cabales, la contemporizadora, la conciliadora...

Y como de costumbre, como si le leyese los pensamientos, ella le cogió la mano y dijo:

—Perdóname. La culpa es mía.

—Vámonos.

Permanecieron silenciosos en el coche. Sólo en cierto momento ella rozó su nuca, repitió con voz apenas audible: «Perdón». Él estiró el cuello, amoldándose a la palma de su mano, pero ningún sonido pudo brotar de sus labios. Lo atormentaba la idea de que acaso ella hubiera mutilado o destruido todas sus fotos, todas las pruebas tangibles distintas del testimonio de los amigos, siempre en tela de juicio. Si no lo

había hecho ya, había que apresurarse a ponerlas en lugar seguro, aunque sólo fuera para el dossier del psiquiatra. Notaba que, tras una breve mejoría, ella trataba de recobrar la ventaja, preparaba una ofensiva para colocarlo en situación de acusado, en la situación de quien debe proporcionar pruebas y, si jugaba tan a las claras, si se descubría, eso significaba que se había guardado las espaldas, había echado mano a dichas pruebas. Aunque, sin duda, ya era inútil, le habría gustado entrar el primero en el piso, no haberla dejado sola en él; había sido una locura ausentarse. Le quedaba una esperanza: si delante del edificio, antes de que él fuera a aparcar el coche en el garaje, ella expresaba el deseo de subir primero, entonces él podría decirle no, tú te quedas, retenerla a la fuerza si era preciso. Pero no dijo nada, bajó al garaje con él, indicando que el daño estaba hecho. Pensar que está loca, se repetía, no guardarle rencor, amarla así, ayudarla a salir de esto...

Tuvo que hacer un esfuerzo, en la puerta del piso, para dejarla pasar. Tras pagar este tributo a la galantería, renunció a hacer como si no buscara nada, y, tras haber recorrido con la mirada las estanterías, la mesa baja, el tablero de la cómoda, abrió uno por uno los cajones del escritorio, que, empujados sin miramientos, emitieron un ruido de madera seca.

—¿Dónde están las fotos de Java?

Ella lo había seguido; estaba de pie delante de él, con la mirada fija. Nunca, ni siquiera cuando hacían el amor, había visto en su rostro tal expresión de desamparo.

—¿De Java?

—Sí, de Java. Quisiera ver las fotos de Java. Sólo eso —precisó sin la menor esperanza de ser creído.

Ella se acercó, tomó su rostro entre las manos, con un gesto que ella había debido, que él había debido de hacer mil veces y que ella quería ahora cargar de convicción, sin el lastre de peso muerto que le confería la costumbre.

—Amor mío —murmuró. Su boca temblaba, como si la mandíbula fuera a desprenderse—. Amor mío, te lo juro: no hay fotos de Java. Nunca hemos ido a Java.

Pensó que se lo esperaba, que también eso tenía que ocurrir. Ahora sollozaba, como la víspera, como la antevíspera, como al día siguiente, y eso no terminaría nunca: cada tarde, una escena parecida, cada noche, hacer el amor para reconciliarse, tratar de olvidarlo todo en la ferviente quietud de los cuerpos, cada mañana, adoptar una naturalidad ficticia, y cada tarde, volver a empezar, pues es imposible fingir sin tregua que no pasa nada. Se sentía cansado, no pensaba ya sino en acelerar el ciclo, en hundirse en la noche, en estrecharla entre sus brazos, y ya la estrechaba, arrullaba sus lloros, calmaba sus hombros, enferma de amor y de pena. Los espasmos enloquecidos de su cuerpo le decían que no mentía, que creía de veras, esa noche, no haber ido nunca a Java y que sufría demasiado para conseguir ocultárselo a él. Bueno, de acuerdo, no habían ido nunca allí, de acuerdo, él nunca había tenido bigote, de acuerdo, él había falseado su foto, de acuerdo en todo con tal de que se calmase, dejase de llorar, aunque fuera por poco tiempo. Los dos pedían merced, dispuesto

cada cual a sacrificarlo todo, a negar la evidencia, a pagar una tregua al precio que fuera; pero ella seguía llorando, seguía temblando, y detrás de ella, en la pared, mientras besaba sus cabellos, él veía la gran manta tejida que habían traído de Java. A la mierda la manta, a la mierda Java, a la mierda todo; para, para, para, amor mío, repetía dulcemente otra vez, como de costumbre.

Sonó el teléfono, el contestador se puso en marcha. Oyeron la voz segura, casi risueña, de Agnès soltando el mensaje mientras ella hipaba entre sus brazos, y después, tras la señal acústica, la de Jérôme, que dijo: «¿Qué es lo que pasa? ¿Puedes explicármelo? Llámame», y colgó. Agnès se soltó, fue a acurrucarse al sofá.

—Crees que me estoy volviendo loca, ¿verdad? —murmuró.

—Creo —dijo él, poniéndose en cuclillas a su altura— que hay algo que no va bien y que vamos a averiguarlo.

—Pero tú piensas que soy yo... ¡Dilo!

Un momento de silencio.

—Tú, o yo, o lo que sea —respondió sin convicción—. De todas formas, lo averiguaremos. Piensa que es como cuando uno está colocado: antes o después se acaba.

Ella lloraba más tranquilamente, con intermitencias.

—Sé que la culpa es mía, hace un rato, en el restaurante.

—Yo hubiera hecho otro tanto. No te reprocho nada.

Se preguntó si ella pensaría: «¡Menos mal!» Pero Agnès se limitó a decir:

—Tengo ganas de dormir. —Y se levantó.

Después, mientras se arreglaba la ropa, se dirigió al dormitorio, regresó con el blíster de somníferos y, como la antevíspera, le tendió dos comprimidos.

—Sola, prefiero —agregó.

La siguió con los ojos, y en el momento en que cerró la puerta se le ocurrió la idea, espantosa, de que la noche pasada habían hecho el amor por última vez. Casi al mismo tiempo le dio miedo que se hubiera guardado las otras pastillas para tragárselas todas, y quiso ir a buscarlas. Ella podía pensar lo mismo de él, pero allá penas. Llamó a la puerta, entró sin esperar la respuesta y arrambló con el blíster, dejado en la mesilla de noche. Estaba echada en la cama, todavía vestida. Al verlo adivinó enseguida, sonrió, dijo: «Prudente, ¿eh?» Y después agregó: «¿Sabes? Me temo que mañana también lo necesitamos». Le dieron ganas de sentarse al borde de la cama, de prolongar un poco esta pena compartida, pero comprendió que era inútil y salió cerrando la puerta a sus espaldas.

Sin ruido, empezó a registrar el salón en busca de fotos que hubieran podido escapársele a Agnès. Ponderando la tontería de haberla dejado sola el día entero, no se hacía casi ilusiones sobre el resultado de sus pesquisas. Además, tenía prohibida la entrada en el cuarto donde ella dormía, si es que dormía. Al cabo de un rato estuvo seguro de que las fotos de las vacaciones en Java, las de otras vacaciones, las de su boda, todo el capital de imágenes y recuerdos acumulado en cinco años de vida en

común había desaparecido, escondido a lo mejor, más probablemente destruido. Quedaban, desde luego, objetos para atestiguarlo: la manta de Java, aquella figurita que él le había regalado, en realidad cuanto contenía la estancia y que coincidía con el pasado que ella parecía deseosa de borrar. Pero esas pruebas no tenían el mismo valor, lo sabía perfectamente: un objeto, siempre podemos afirmar que es la primera vez que lo vemos, mientras que una foto es irrefutable. Y ni siquiera irrefutable, pues la absurda estrategia de Agnès consistía precisamente en refutar ese testimonio, en decir blanco donde todo el mundo veía negro, sin tomarse siquiera la molestia, a veces, de pintar de blanco los objetos en litigio. Esta postura, desde luego, era insostenible. Pero, desgraciadamente, el problema no estaba en confundir a Agnès, sino en curarla. No bastaba con atacar los síntomas, con enfrentarla con la evidencia, había que extirpar la raíz del mal, seguramente profunda, ramificada, que llevaba acaso años minando el cerebro de la mujer que amaba. Se acordó de un reportaje, visto por casualidad en la televisión, sobre un pueblecito del sudoeste, cuyos ingresos provenían esencialmente de alojar a locos. No se trataba, como había creído al principio, de un experimento psiquiátrico avanzado que aspirase a reinsertar a los enfermos en la vida social, sino de una simple medida económica. Un día de hospital de un loco medio le costaba demasiado a la Seguridad Social, los habitantes del villorrio necesitaban dinero, conque se les asignaba una suma muy modesta, algo así como seiscientos francos al mes, por aparcar a uno, dos, tres enfermos incurables, pero pacíficos, en unas casitas, una especie de alpendres adonde les llevaban la sopa a las horas de las comidas. También, y éste era el principal trabajo, velaban por que tomasen sus medicinas, y se las apañaban para sacar un pequeño beneficio de los gastos de manutención. Los locos parecían apacibles, sus anfitriones, nada descontentos con aquellos ingresos de inquilinato que tenían la ventaja de caer todos los meses, con seguridad, sin correr el riesgo de agotarse, porque sus huéspedes se quedaban hasta la muerte. Cada cual se dedicaba a sus ocupaciones, uno de los enfermos, desde hacía veinte años, escribía sin cesar la misma frase pomposa y carente de sentido, otra acunaba a unos bebés de celuloide, les cambiaba los pañales cada dos horas, se declaraba feliz... Al ver el reportaje había pensado: es horrible, desde luego, pero como se considera horrible el hambre en Etiopía, sin figurarse a Agnès sentada en los peldaños de una cabaña, al fondo del jardín, repitiendo con voz dulce que su marido nunca había llevado bigote, y pasaban los años, repitiendo siempre lo mismo, convirtiéndose en una mujer madura, en una anciana. La imaginaba, Dios sabe por qué, con traje de niña. Y él, poco a poco, se iría apartando de ella, con el amor transformado en piedad, en remordimientos. Ella no iría, desde luego, a una de esas aldeas para enfermos necesitados, le proporcionaría las casas de reposo más lujosas, pero sería parecido: con el tiempo se instalaría la indiferencia, ella se convertiría en una carga, un peso sobre la conciencia, nunca amortiguado por la certeza de que, no obstante, hacía cuanto podía, iba a verla todos los meses, pagaba todos los meses su pensión, y, cuando muriera, él, sin confesárselo, se sentiría

aliviado... No podía desechar esta imagen de Agnès vieja, desvariando suavemente, con traje de chiquilla. Oh, no, no, pensaba, con un nudo en la garganta. No, desde luego, no era tan grave, no hasta ese punto. Íbamos a cuidarla, a sacarla de eso. La ex mujer de Jérôme, en una época, pasaba de la anorexia a la depresión nerviosa, y había acabado por recuperarse. Qué raro, incluso, que, habiendo conocido eso, Jérôme no se hubiera dado cuenta más pronto, con la llamada de conspiradora que debió de hacerle Agnès, o incluso antes, mucho antes; acaso, para protegerse, se negara a ver esas cosas. Tenía que telefonarle, en todo caso, explicárselo todo, pedirle consejo. Hacer que le recomendase un psiquiatra serio, el que había solucionado lo de Sylvie.

Lo mejor hubiera sido bajar enseguida, llamar desde una cabina para que Agnès no sorprendiera su conversación. Por otra parte, le repugnaba dejarla sola ni siquiera cinco minutos. Desenrollando el cable, se llevó el teléfono a la cocina, prometiéndose hablar muy bajo. No hubiera podido, por lo demás, pronunciar ciertas palabras en voz alta. Tras marcar el número, lo dejó sonar un buen rato: Jérôme no estaba en casa, o había descolgado. Colgó con precaución, como si eso pudiera ahogar el clic. Mañana, pensó, aunque preguntándose en qué momento, pues estaba decidido a no alejarse de Agnès, y, en realidad, la mejor solución era aprovecharse de su sueño. Iba a tener un margen de maniobra muy reducido.

Volvió al salón arrastrando el teléfono; se sentó en el sofá, tanto más desamparado cuanto que no veía muy bien qué podía hacer en las próximas horas. No se llama a un psiquiatra un sábado en plena noche, SOS Médicos no sería de ninguna ayuda, no, iba a tener que esperar al lunes, y la perspectiva de todo lo que podía ocurrir de aquí al lunes le espantaba, como si, por mucho tiempo larvada, la locura de Agnès se desbocara, amenazara con crecer en unas horas como esos nenúfares que duplican sin cesar su volumen en las demostraciones geométricas. Sacó de la cartera el carnet de identidad rectificado, espantado también con la idea de que era la única foto suya de la que disponía aún. No, no exactamente: ella no habría tocado su pasaporte, por lo menos, y además siempre quedaba el recurso de pedir a los amigos fotos en las que él apareciera, no debían de faltar. Como quien cuenta ovejas, se puso a redactar una lista de las imágenes suyas que podían circular y resultarle accesibles. Mientras encendía un cigarrillo, el último de la cajetilla comprada al mediodía, recordó un incidente ocurrido tres días antes, en el Pont Neuf. Por descuido había entrado en el campo de una foto en el preciso instante en que un turista japonés, al retratar a su mujer sobre el fondo de Notre Dame, apretaba el disparador. Normalmente procuraba evitar ese tipo de tropiezos, esperaba a que sacasen la foto para pasar, o bien se deslizaba por detrás del fotógrafo. Una vez había llevado sus escrúpulos hasta detenerse para no entrar en el campo de un par de gemelos. Se había disculpado en el Pont Neuf, el japonés había hecho un ademán indicando que no era grave, y le habría gustado ahora poseer esa foto, accidental, u otras sacadas en el curso de su vida sin que él tuviera nada que ver, sin que él fuera el tema, como si el carácter fortuito de su presencia reforzara su autenticidad. Pero, sobre todo, la del

japonés, sacada el miércoles o el jueves, la última, sin duda, en la que llevaba bigote... Siempre podía poner un anuncio en un periódico de Tokio, pensó sin alegría. Y, más razonablemente, conformarse con fotos que habían sacado sus amigos, que poseían sus padres, de las que debían tener duplicados las burocracias, negativos en los laboratorios. Pero también era imposible llegar a ellas enseguida. Esta noche no podía sino contemplar la foto de su carnet de identidad, raspada con la cuchilla, lamida para eliminar imaginarios rastros de rotulador...

Se quedó en suspenso, frunció el ceño, después, lamiéndose el dedo, lo pasó por la foto, sobre la mancha más oscura, correspondiente a los hombros de la chaqueta. El índice siguió limpio. Evidentemente, reflexionó, las fotos no transpiran. El experimento, sin embargo, denunciaba la premeditación de Agnès, en la que no había pensado de momento: sabiendo perfectamente que el raspado de la cuchilla no demostraba nada de nada, lo había precedido de la prueba del dedo mojado, más concluyente, y para que lo fuera había tenido, a la fuerza, que mancharse previamente el índice con rotulador.

Está loca, dijo en voz baja, completamente loca. Con una locura perversa, además, dañina. Pero la culpa no era de ella, debía ayudarla. Incluso si intentaba sacarle los ojos, no en una foto, sino de verdad, tendría a la vez que protegerse a sí mismo y que protegerla a ella. Eso era lo más horroroso, no tanto el que ella quisiera suprimir el pasado, su bigote o Java, sino que todas esas maniobras se dirigieran contra él, estuvieran calculadas, aspiraran a ponerlo contra ella para que no pudiera, no quisiera acudir en su ayuda. Para que terminase abandonándola, desalentado. La metáfora del profesor de natación que golpea por su bien al aspirante a suicida volvió a revolotear en su mente, pero lo calmó menos que en el café, por la tarde. Se preguntó si estaría dormida de veras: no la había visto tomar los somníferos. De puntillas, se encaminó a la puerta del dormitorio, que abrió cuidando de que no rechinase, luchando por apartar una imagen atroz, más atroz aún que la de la viejecita vestida de muñeca: una Agnès despierta, sentada en la cama con su traje de chaqueta, que había previsto cada uno de sus gestos, lo esperaba con una sonrisa de demoníaco triunfo, con labios babeantes, como la cría poseída de la película *El exorcista*. Pero parecía dormir tranquilamente. Se acercó al cuerpo hecho un ovillo, bajo las mantas, el cuerpo de la mujer amada, temiendo sorprender el relámpago de un ojo abierto, al acecho.

No.

Permaneció unos minutos de pie, mirándola a la luz difusa procedente del salón, y después salió, aunque nada tranquilizado. Pasó la noche tumbado en el sofá, con las manos cruzadas en la nuca, sin dormir. Repetía los planes elaborados por la tarde, decidido a seguirlos pese a la fiebre creciente de la noche: entrar en el juego de Agnès, llamar a Jérôme sin que se enterase, llamar a un psiquiatra, y lo calmaba un poco imaginar cómo iba a sortear todas las dificultades de ejecución de ese programa, cómo, sin dejarla sola, se aislaría para telefonar. En cierto momento, el piloto rojo

del contestador, que habían olvidado consultar al volver a casa, atrajo su atención. Escuchó los mensajes, con el volumen al mínimo, la oreja pegada al altavoz. Jérôme, aparentemente inquieto; después su padre, que, como todas las semanas, les recordaba el almuerzo del día siguiente; una agregada de prensa que quería hablar con Agnès, de nuevo Jérôme, la vez que no habían descolgado. Anotó el nombre de la agregada de prensa, borró los mensajes. Se adormiló poco antes del alba, consciente de que apenas había dormido desde hacía dos días, no se había afeitado ni siquiera la barba e iba a tener que estar en buena forma para afrontar lo que le esperaba.

El teléfono sonó en el momento en que se preguntaba en sueños si se decía un bigote o unos bigotes. Alguien a quien no conseguía identificar respondía que se podía decir de las dos maneras, como un pantalón o unos pantalones, y después prorrumpía en una risita seca, haciéndole pensar que se trataba de una observación de psiquiatra y que no tardarían en venirle con historias de castración. Esta coincidencia hizo que la voz de Jérôme, al otro extremo del hilo, no le sorprendiera y que recobrarla instantáneamente su lucidez.

—Bien, ¿me explicas qué está pasando?

—Un segundo, no cuelgues.

Para que Agnès no lo oyera pensaba cerrar la puerta del dormitorio, abierta ahora; pero al echar una ojeada se dio cuenta de que ella no estaba. Ni en la cocina, ni en el cuarto de baño, ni en el aseo, que inspeccionó a toda prisa.

—¿Agnès está en tu casa? —preguntó, por si acaso, al coger de nuevo el auricular.

—No. ¿Por qué?

Dudó un segundo entre correr, a donde fuera, en su busca, o aprovechar su ausencia para hablar con Jérôme. Se decidió por la segunda solución, convencido de que había que actuar sin demora, para que no lo sorprendiera ella a su regreso. Si es que volvía, si no estaba muerta o encerrada en un armario, espiándolo.

—Oye —dijo con una voz cuya claridad le extrañó—, Agnès no está nada bien. ¿Conoces tú algún psiquiatra serio?

Silencio al otro lado del hilo. Luego:

—Sí, creo que sí. ¿Qué es lo que tiene?

—¿No te telefoneó ella? ¿Anteayer?

—No —dijo Jérôme.

—¿No te telefoneó para decirte...? —vaciló.

—Para decirme ¿qué?

—Para decirte —se lanzó al agua— que yo no había llevado nunca bigote.

Nuevo silencio.

—No entiendo —acabó por decir Jérôme.

Silencio otra vez.

—Seamos francos —prosiguió—: te habrás fijado en que me he afeitado mis

bigotes, ¿no?

Extrañamente, lo alarmó el uso que acababa de hacer del plural. Jérôme rió suavemente, como en el sueño.

—Ni tus bigotes, ni tu bigote. ¿Es eso lo que no va bien?

Se aferró al brazo del sofá. El tiovivo empezaba a girar en el otro sentido; había que pararlo, bajarse a toda costa. Para ello, conservar la calma.

—Sí, eso es —logró articular—, ¿estás en el estudio?

—¿Tú qué crees...?

—Pregúntale a Samira, entonces.

—Samira está en el bar, pero te aseguro que puedo decírtelo yo solito. Y me gustaría que te explicases.

—¿Me juras que ni Agnès ni ningún otro te ha pedido que me digas eso?

—¿Que diga que tienes bigote?

—No, que nunca lo he tenido. Oye, Jérôme, tienes que decirme lo que ella te ha contado, sea lo que sea. Es grave. Sé que parece absurdo, pero no se trata de una broma.

—Admitirás que me cueste creerte; pero, si quieres, te juro solemnemente que Agnès no me ha llamado y que tú no tienes bigote. Sí, un poco, desde ayer. Y, por otra parte, ya te lo señalé.

Abandonó el tono guasón, su voz se dulcificó:

—Si no he entendido mal, Agnès y tú estáis convencidos de que llevabas bigote. ¿Es eso?

—Sólo yo —confesó, casi feliz de dejarse ir, de contestar las preguntas como un alumno a un maestro que sabe la respuesta y lo corregirá si se equivoca.

—¿Y Agnès?

—Agnès dice que no.

Pensó en hablar de Java, pero Jérôme prosiguió:

—Oye, si no estás de guasa...

—No lo estoy.

—Entonces creo que efectivamente algo no va bien.

Y no en Agnès. Has trabajado mucho estos últimos tiempos...

—Tú también.

—Yo también, pero no tengo alucinaciones, hasta nueva orden. Pienso que atraviesas una especie de, quizá no de depresión, sino de bajón, y que, efectivamente, debes ir a ver a un psiquiatra. Puedo indicarte uno. ¿Cómo ha reaccionado Agnès?

—Agnès...

Oyó la llave girar en la cerradura de la puerta de entrada.

—Creo que acaba de llegar —dijo precipitadamente—. Te llamo luego.

—No, pásamela —ordenó Jérôme.

Pero él colgó.

—He traído cruasanes —dijo Agnès al entrar—. Hace bueno. ¿Quién era?

Había oído el clic.

—Nadie —masculló sin mirarla.

El teléfono sonó de nuevo. Quiso descolgar, pero ella se le adelantó. Él sabía que era Jérôme.

—Sí —dijo Agnès—, sí, me vienes al pelo... No... Ya sé... Claro que sí, lo sé...

Le sonreía mientras hablaba, como si todo volviera a la normalidad. Cuando quiso apoderarse del auricular, ella colocó firmemente la mano encima, y dirigiéndose a él:

—¿Puedes darme algo para escribir?

Obedeció, le trajo un rotulador y un bloc que ella cogió, acariciándole la mano de paso.

—Sí —prosiguió ella—. ¿Cómo dices...? ¿Sylvain qué...? Sí, anoto.

Con el teléfono encajado entre la barbilla y el hombro, escribía en el bloc: «Sylvain Kalenka. ¿Con dos kas?» Y después un número de teléfono.

—¿Hoy? ¿Incluso en domingo...? Bueno..., Jérôme, has estado magnífico. Gracias. Te llamaré.

Colgó. Y ahora la continuación, pensó él.

—Voy a preparar el café —anunció ella.

La siguió a la cocina, la miró moverse, apoyado en el marco de la puerta. Sus gestos eran precisos, eficientes. El sol daba de lleno en las baldosas.

—Entonces, ¿soy yo? —dijo él por fin, con los ojos bajos.

—Esa impresión tengo, sí.

Ella no conseguía disimular su alivio. Como si ahora, después de la llamada de Jérôme, todo estuviera claro, a punto de arreglarse. Él estaba loco, eso es, lo iban a cuidar. Y eso lo aliviaba también, en cierto sentido, la perspectiva de dejarse ir, de ponerse en manos de Agnès, de Jérôme, del psiquiatra Sylvain Kalenka, a quien perdonaba de antemano sus aires de enterado, sus observaciones sobre el plural de los bigotes, de los pantalones, el complejo de castración.

La cafetera resoplaba, ella tiró el filtro al cubo, vaciado la vispera, después colocó las tazas en la bandeja que él llevó al salón. La grasa calaba ya la bolsa de los cruasanes, en la mesa baja.

Pero, pensó él, si era así, ¿por qué el arbitraje de Jérôme revestía tanta importancia para ella? En los dos días que él llevaba desvariando ya debía ella de saber a qué atenerse. No había podido albergar las dudas que explicaban, en el caso de él, las actitudes perturbadoras, contradictorias, de Jérôme y Samira, de la mujer del cochecito; habría debido estar segura desde el principio y atenerse, basada en esa seguridad, a una línea de conducta. Y, sin embargo, no había parado de cambiar. El también, claro, pero él estaba loco. Si un loco se pone a negar la evidencia, le toca aportar pruebas de lo que sostiene y, como no las hay, arremeter contra las que lo desmienten, permitirse caprichos. En cambio, la reacción normal del interlocutor en sus cabales consiste en oponerle, con constancia y convicción, testimonios fáciles de

recoger. Carearlo con terceros, enseñarle fotos. Ahora bien, entre la llamada nocturna a Véronique y el momento en que Jérôme, por propia iniciativa, se había inmiscuido en el asunto, Agnès no había consultado a nadie, aparentemente. Y en lugar de utilizar las fotos, las había escondido. En realidad, en la actitud de él, loco o no, había coherencia. No así en la de Agnès. Aunque quizá fuera la locura, justamente, la que le hacía pensar eso...

Ella le alargó una taza de café, que él dejó en la bandeja, sin echarle azúcar.

—Las fotos —dijo.

—¿Qué fotos?

Ella bebió un sorbo de café lentamente, mirándolo por encima de la curvatura de la taza.

—Las de Java.

—No hemos ido a Java.

—¿Y de dónde viene eso, entonces?

Señaló la manta que cubría la pared. Recordaba hasta los menores detalles de la larga sesión de regateo en la aldea, el placer que ella había exteriorizado cuando por fin cerraron el trato, y hasta las pocas palabras indonesias que habían aprendido durante el viaje: «*selamat siang, selamat sore, terimah kasih.*»... Pero, por supuesto, se ha visto a locos que en su desvarío hablan lenguas que desconocían totalmente.

Respondió con voz neutra, como si recitara una lección, como si él ya hubiera hecho esa pregunta cinco minutos antes:

—Nos la trajo Michel.

—¿Y las otras fotos, entonces?

—¿Las quieres realmente?

Ella meneó la cabeza, con pinta de reprocharse su complacencia con una chiquillada; pero se levantó, fue al dormitorio, de donde volvió con un montón de fotos que dejó en el suelo, cerca de la bandeja. Por lo menos no las había destruido. Las cogió una por una, sin hacer el menor esfuerzo para acordarse de los lugares, de las circunstancias en que se habían realizado las fotos: en el campo, en casa de los padres de Agnès, en Guadalupe... Faltaban las de Java, claro; pero en todas las que tenía en las manos llevaba bigote. Le alargó una.

—Quiero solamente oírte decir que no tengo bigote en esta foto. Y después se acabó.

Ella suspiró.

—Dilo —insistió—. Que quede claro, al menos.

—No, no tienes bigote en esta foto.

—¿Ni en ninguna otra?

—Ni en ninguna otra.

—Bien.

Echó la cabeza hacia atrás, hacia el borde del sofá; cerró los ojos. Estaba claro, en efecto: lo único que podía hacer ya era cuidarse. Y, en cierto sentido, comprendía que

ella hubiera escondido las fotos para evitarle hurgar en la herida. En su lugar... Pero ayer mismo él se ponía en su lugar, seguro de que la enferma era ella, y no él. Y ella, durante todo ese tiempo, e incluso ahora, se hacía exactamente los mismos razonamientos: está loco, pero le quiero, le ayudaré a salir de ésta. Recordando las angustias propias, la compadecía. Y se sentía amado, también, con una especie de rabia.

—Si quieres que no vayamos a almorzar a casa de tus padres... —dijo ella dulcemente.

—Prefiero no ir, tienes razón —respondió sin abrir los ojos.

—Voy a llamarlos.

La oyó descolgar el teléfono, hablar con su madre, y admiró una jovialidad que sabía falsa, aunque el final de la incertidumbre la aliviase. Dijo que él tenía que rematar un trabajo importante para el día siguiente, que se pasaría el día en el estudio, desde donde seguramente le telefonaría. Pensó que su madre quizá llamase al estudio, sin más, sólo para decirle hola, y que debería avisar a Jérôme, o pedirle a Agnès que lo hiciera. Pero no, no era necesario, Jérôme tenía suficiente presencia de ánimo para no meter la pata. Se preguntó qué pensarían todos, Jérôme, Sandra, Serge, Véronique, de lo que le ocurría. Cuantas menos personas estuvieran al tanto, mejor sería para todos. Evitar que el asunto trascienda, establecer un cordón sanitario: ya había pensado en eso.

Recordó que Agnès había invitado a Serge y Véronique para esa noche. A pesar de una llamada un poco rara, ellos no sabían nada, sin duda. La perspectiva de la cena, de tener que vigilarse sin cesar para no ponerles la mosca detrás de la oreja, lo asustaba.

—Ya que estás en ello —dijo—, ¿por qué no anulas lo de Serge y Véronique? No me apetece mucho.

No hubo respuesta. Repitió su petición, seguro de que ella no protestaría. En su estado, la necesidad de estar solo era evidente. Agnès permanecía detrás de él, de pie cerca del sofá; la neutralidad forzada de su voz lo alertó; pero en realidad, desde el momento en que se había prolongado su silencio, ya había comprendido.

—¿Anular qué?

Todo se disgregaba. Hizo un esfuerzo para articular, martilleando las sílabas:

—Serge y Véronique Scheffer, nuestros amigos. A quienes has invitado para esta noche. Cenamos en su casa el jueves, cuando empezó todo. Serge está destinado en el Ministerio del Medio Ambiente, Véronique estudia lenguas orientales, tienen una casa de campo en la Borgoña, hemos ido allí a menudo, tú estropeaste los radiadores, incluso. Son nuestros mejores amigos —terminó en un soplo.

Se puso en cuclillas delante de él, con las manos sobre sus rodillas, y empezó a agitar la cabeza de izquierda a derecha, con un gesto de negación curiosamente mecánico. Al mismo tiempo decía «no», al principio murmurándolo, después cada vez más alto, pensó que iba a darle un ataque de nervios y estuvo a punto de

abofetearla, pero ella se calmó, se contentó con mordisquearse los labios contemplando la moqueta.

—Tú no conoces a Serge y Véronique, ¿verdad?

Ella meneó la cabeza.

—Entonces, ¿con quién pasamos la noche del jueves?

—Pues... los dos solos —balbuceó ella—. Fuimos al cine.

—¿Y qué vimos?

—*Péril en la demeure*.

—¿Dónde?

—En Montparnasse, no recuerdo en qué cine.

Ella removía obstinadamente con la cuchara en su taza vacía. Arrastrado por la lógica policíaca de sus preguntas, estuvo a punto de pedirle que le enseñara las entradas, aunque, claro, nadie guarda las entradas del cine, ni siquiera durante la proyección, nunca hay un control. Habría que guardarlo todo, todo, no descuidar ninguna prueba. Como la tribu animista, en la aldea donde habían comprado la manta: se perdía la tradición, pero antaño, según les habían dicho, los habitantes recogían cuidadosamente los recortes de las uñas, los excrementos, los cabellos, los pelos cortados, cuanto formaba parte de ellos y les permitiría entrar en el paraíso en su total integridad, no mutilados...

La pista del cine no llevaba muy lejos. Estaba seguro de no haber visto *Péril en la demeure*, sólo expresado la intención de verla uno de aquellos días, fiándose de una crítica. Presintió que a partir de ese momento todo se aceleraría, que cualquier pregunta que hiciese, o incluso sin preguntas, toda observación referida a un pasado común amenazaría con provocar un nuevo desprendimiento. Iba a perder a sus amigos, su profesión, el empleo de sus horas..., y la vacilación le torturaba: ¿valía más proseguir la investigación, descubrir la amplitud del desastre, o hacer el avestruz, callarse, no decir nada más que acarrear una nueva desposesión?

—¿Qué soy yo? —aventuró.

—Arquitecto.

Por lo menos eso estaba a salvo.

—Jérôme existe, entonces... Y acaba de llamar hace un rato para dar la dirección del psiquiatra...

—Sí —admitió ella—, el doctor Kalenka.

—Y tú —prosiguió, animado por el éxito—, ¿tú sí que trabajas en el departamento de prensa de la Editorial Belin?

—Sí.

—¿Y te llamas Agnès?

—Sí.

Ella sonrió, apartando el flequillo que le tapaba los ojos.

—Y acabas de telefonar a mis padres hace diez minutos para decir que no iríamos a almorzar...

Notó su vacilación.

—A tu madre, sí.

—Teníamos que ir a almorzar a casa de mis padres, como todos los domingos.
¿No es eso?

—Tu padre murió —dijo ella—. El año pasado.

Se quedó un minuto boquiabierto, hecho polvo, extrañado de que las lágrimas no corrieran, y de repente la catástrofe era de naturaleza diferente: sufría menos esta vez al comprobar una nueva pérdida de memoria, por atroz que fuera, que al enterarse de la muerte de su padre, al saber que no lo volvería a ver, que no lo había visto, en realidad, desde hacía un año. Recordaba, sin embargo, la comida del domingo pasado. E incluso su voz, la víspera, en el contestador. Su voz que él había borrado.

—Lo siento muchísimo —murmuró Agnès, poniéndole tímidamente la mano en el hombro—. A mí también me duele. —Y él no sabía si lo que le dolía era la muerte de su padre, la sofocante pesadumbre que él experimentaba o lo que estaba ocurriendo entre ellos dos. Se estremeció para que ella retirase su mano, cuyo contacto, de pronto, lo exasperaba. También hubiera querido que retirase lo que había dicho, como si hubiera matado a su padre al decirlo. Unos minutos antes aún vivía.

—Hace un momento —rezongó— tú has dicho «a casa de tus padres», no «a casa de tu madre».

Ella contestó que no muy dulcemente, meneó la cabeza otra vez, y a él le pareció que el catálogo de gestos, de actitudes, se reducía entre ellos de forma monstruosa: menear la cabeza, cerrar los ojos, pasarse la mano por la cara... Eran gestos corrientes, pero que se repetían demasiado, aplastaban a todos los demás como las paredes de un cuarto que se acercan hasta aprisionar a su ocupante, triturarlo en su tenaza. Y el movimiento se aceleraba: Serge y Véronique, las vacaciones en Java, de las que Agnès aún se acordaba la antevíspera, habían desaparecido en veinticuatro horas. Y ahora bastaban unos minutos para tragarse a su padre, sin que él se hubiera vuelto de espaldas, sin que el espacio de una noche, de una ausencia, hubiera separado el instante en que Agnès, estaba seguro, había dicho «tus padres», «¿quieres que telefonee a tus padres?», de aquel en que su padre quedaba borrado del mapa. El horror se había producido ante sus ojos, sin que pudiera hacer nada, e iba a recomenzar. Le habría gustado hacer preguntas, volver a hacer incluso las que lo habían tranquilizado unos minutos antes, pero ya no se atrevía, persuadido de que esas ganancias iban a escapársele si las apostaba de nuevo, de que entonces ya no sería arquitecto, Agnès ya no sería Agnès, diría llamarse Martine o Sophie, y no ser su mujer, no saber qué hacía él allí... No había que preguntar nada más, rechazar la tentación de ese tobogán, hasta la llegada del psiquiatra. Para sobrevivir. No telefonar a su madre, no comprobar nada más, interrumpir un interrogatorio del que se encargaría el doctor Kalenka, era su oficio; él excavaría en su pasado, le haría un resumen... La fatiga ahora lo sumergía, y una especie de resignado desaliento. Se levantó; sus piernas casi no lo sostenían.

—Voy a tratar de dormir un poco. Llama a ese psiquiatra, por favor.

Se dirigió al dormitorio, cerró la puerta a sus espaldas. Sin que pudiera expresarlo, le obsesionaba la sensación de que disminuían los gestos posibles, le parecía haber hecho eso ya; claro que lo había hecho, pasar del salón al dormitorio, cientos y miles de veces, pero no era parecido, no había entonces este mareo de ti vivo estropeado, que chocaba contra un tope, que volvía a girar en el otro sentido sin que él pudiera bajarse ni respirar. Al aislarse, también, pensaba dejarle el campo libre a Agnès: que pudiera telefonar a Jérôme, o también al psiquiatra Sylvain Kalenka, sin sentirse vigilada. Organizar una conjura amistosa para salvarlo. Durante ese tiempo era preciso dormir, recuperar, recobrar un poco de lucidez para abordar la visita en las mejores condiciones posibles. Dejarlo todo, no pensar más en ello, aunque sólo fuera durante unas horas. Dormir. Agnès lo despertaría despacito cuando fuese hora de acudir a la cita, como en su infancia, cuando, tiritando de fiebre, lo llevaban en coche al médico, envuelto en una manta, semiinconsciente. Aunque de medicina general, el médico de la familia había practicado varias veces la separación de hermanos siameses, y esta curiosa especialidad le valía la consideración de su padre, quien siempre hablaba de él diciendo «una eminencia»... La voz de su padre se instalaba en su oído, y recordaba frases escuchadas recientemente, y la idea de que esas frases no habían podido ser pronunciadas sino en su mente perturbada le arrancaba una mueca, pues no podía llorar. Tragó un somnífero, sin agua, y luego la mitad de otro, para tener la seguridad de dormirse. Después se desvistió, se tumbó, desnudo, en la cama que conservaba aún la huella del cuerpo de Agnès. Hundió la cabeza en la almohada, murmuró el nombre de Agnès varias veces. El sol se filtraba a través de las persianas venecianas, no se oía el menor ruido, salvo el remoto, muy remoto, de una lavadora que debía de estar funcionando en alguna parte del edificio. La lenta y blanda torsión de la ropa, observada a través del cristal, era una imagen sosegante. Le habría gustado hacer otro tanto, lavar y secar largamente su cerebro enfermo. Agnès, como él la víspera, seguramente no saldría de casa, velaría por él teniendo cuidado de no turbar su sueño. Le habría gustado que un ruido ligero, de cuando en cuando, le señalara su presencia, y, al no oír nada, le entró miedo de que se hubiera marchado o de que ya no existiera tampoco ella. Entonces ya no quedaría nada. La angustia le hizo levantarse, entreabrir la puerta. Estaba sentada en el sofá del salón, el busto muy tieso, los ojos clavados en el vídeo, ante sí. El crujido de la puerta le hizo volver la cabeza, él vio que estaba llorando.

—Por favor —dijo él—, no desaparezcas. Tú no.

—No. Duerme —se limitó a responder, sin particular intensidad, y era mejor así. Cerró la puerta otra vez, regresó a la cama.

Dormir ahora, no pensar. O, puesto que había que pensar en algo, para dormirse, decirse que pronto, muy pronto, se encontraría en manos de la ciencia. Que iban a saber lo que tenía. ¿A quién se parecería el doctor Kalenka? La fantasía popular representaba tradicionalmente al médico del alma con los rasgos de un caballero de

cierta edad, sagaz y con perilla, provisto de un rasposo acento de Europa central, y como la fantasía popular seguramente era falsa, o por lo menos anticuada, él se lo imaginaba todo lo contrario: un tipo bien plantado, directo, con pinta de presentador de la tele, o más bien de policía joven, como son ahora: chaqueta holgada, o cazadora, y corbata de punto. Imaginar su aspecto con todo detalle le ayudaría a dormirse. Pero ¿qué sería exactamente? ¿Psiquiatra, psicoanalista, psicoterapeuta? Como sabía que los psicoanalistas no eran obligatoriamente médicos, esperaba que Sylvain Kalenka fuera psiquiatra: en un caso como el suyo no había que tropezar con un tipo que pretendiera hacerle hablar, contar su infancia durante dos años, mientras movía la cabeza y fingía que todo eso le resultaba muy interesante, sino con un partidario de curas más enérgicas, un peso pesado eficaz, diplomado, quien, al cabo de un cuarto de hora, diría sin vacilación: ya está, eso es, su enfermedad lleva tal nombre, se cura con tal medicina, la conozco, no es usted el primero. Las palabras tranquilizadoras de amnesia parcial o transitoria, de depresión nerviosa, de descalcificación, danzaban en su cabeza, donde seguía resonando el «eminencia» respetuoso de su padre. Y Jérôme, con toda seguridad, no habría recomendado a un charlatán ni a un cualquiera. Pero, por mucha eminencia que fuera, ¿sería posible que no desconcertara al doctor Kalenka un paciente convencido de haber llevado bigote durante diez años, de haber pasado sus vacaciones en Java, de tener aún padre, unos amigos que se llamaban así y asá, cuando su esposa le explicaría pacientemente que no, que siempre había sido lampiño, que nunca habían ido a Java, que su padre había muerto el año pasado y que eso lo había afectado mucho? Quizá hubiera que buscar ahí el origen de su crisis, una crisis retardada, tanto más violenta cuanto más tiempo había estado incubándose.

Rió ahogadamente, con la aprensión clásica del enfermo que, en la sala de espera del médico, teme ver esfumarse los síntomas que se disponía a exponerle. ¿Y si, delante del doctor Kalenka, todo volviera a estar en orden, si se acordase repentinamente de no haber llevado nunca bigote, de haber enterrado a su padre el año pasado? ¿Y si, por el contrario, al examinar las fotos, Kalenka le daba la razón, veía el bigote y lo juzgaba loco por sumarse a la opinión de Agnès, admitiendo una aberración que una simple ojeada bastaba para disipar? Su padre estaría vivo, entonces, podría telefonarle, explicarle lo que le ocurría a Agnès... Se debatía débilmente, ahora, entre la convicción de que acariciar ese sueño era peligroso, malsano, y la de que el placer que le proporcionaba lo ayudaría a dormirse. ¿De dónde salía, a fin de cuentas, su docilidad? ¿De las afirmaciones de Agnès y de Jérôme? Reflexionando sobre ello, sentía despuntar una especie de excitación, la del detective enfrentado con un enigma aparentemente insoluble y que descubre de repente que, desde el principio, lo analiza con un enfoque falseado, que un brusco cambio de perspectiva va, ¡caliente, caliente!, a revelar le la clave. ¿Qué hipótesis había examinado en realidad? En primer lugar, estaba loco. Pero, de hecho, aun con todas las apariencias en contra, sabía muy bien que no. Señal de locura, claro,

siempre se puede decir eso, pero no, no, sus recuerdos eran demasiado precisos. Conque su padre vivía, sus amigos existían, él se había afeitado el bigote. Admitiendo eso, segunda hipótesis: Agnès estaba loca. Imposible, los otros no hubieran entrado en su juego. Al principio sí, quizá, creyendo que era una broma, pero no a continuación, no Jérôme, cuando había quedado claro que el asunto excedía esas proporciones benignas. En tercer lugar: Agnès estaba gastándole una broma, sin más, la llevaba muy lejos y se había asegurado la complicidad de los otros. Idéntica objeción: al ver que la cosa se ponía fea, habrían dejado de participar. Por otra parte, y a causa de Sylvie, Jérôme no bromeaba con este tipo de cosas, y, de todas formas, en pleno aluvión de trabajo, le interesaba que su socio acudiera al estudio y no que languidciera en su casa creyéndose majara. Quedaba una cuarta posibilidad, que no había considerado hasta ahora. Era que se tratase de otra cosa que una broma, aunque fuera de pésimo gusto, de algo mucho más grave, y que había que encarar muy de frente, al menos a título de hipótesis: un plan dirigido contra él, tendente a volverle loco, a inducirlo al suicidio o a hacerlo encerrar en una celda acolchada.

Se enderezó en la cama, temiendo de pronto, tras haberlo esperado, que el somnífero hiciera su efecto. Se había tomado una dosis de caballo, sin dormir, o casi, desde hacía cuarenta y ocho horas, y casi sin comer, se sentía muy débil. Sin embargo, aunque sus pensamientos se movieran en una especie de ganga algodonosa, ganaban en agudeza, avanzaban como la punta de un cúter, cortando la niebla, le parecía oírlos rechinar al construir su razonamiento. Absurdo, desde luego, inverosímil, tan absurdo e inverosímil como esas películas policíacas en las que el suspense disimula los fallos de construcción, como *Las diabólicas* o *Canción de cuna para un cadáver*, en las cuales los conspiradores, al mismo tiempo que montan sus apariciones pseudosobrenaturales, se pasan el tiempo tranquilizando a su infeliz víctima, diciéndole: «Estás muy cansada, querida, descansa, todo pasará...». Exactamente lo que le decían, o mejor dicho, lo que se decía a sí mismo. ¿Y si hubieran contado con eso, con la certeza de que una idea tan absurda, tan inverosímil, no tenía más de una posibilidad entre un millón de pasarle por la cabeza? *Las diabólicas*, si no recordaba mal, estaban inspiradas en un suceso real... Y, prueba de que no era tan absurda, la idea había estado a punto de no ocurrírsele, se iba a dormir tan confiado, abandonándose a un espejismo. Pero ya se le abrían los ojos, era preciso velar, no soltar prenda, examinar tranquilamente el problema partiendo del principio de que, si no existía más que una sola explicación, ésta era obligatoriamente la buena, por monstruosa que fuera. Reanudó el inventario de sus argumentos. No estaba loco, primer punto claro. Y ahora, aparte de Serge y Véronique, a quienes habían podido hacerles tragar lo de la broma, aparte de Samira, a quien Jérôme había podido condicionar, ¿quiénes quedaban? Agnès y Jérôme. Jérôme y Agnès. Combinación clásica: el marido, la mujer y el amante, inútil buscar más. Objeción: si ellos estuvieran liados, se habría dado cuenta, habría habido indicios. Pero no, no necesariamente, y todo el plan se basaba en su ceguera. Otra objeción: Agnès habría

podido pedir el divorcio. Él hubiera sufrido atrocemente, pero ella era libre, no habría podido retenerla, y la clave no estaba en ninguna herencia, en nada que justificara el interés de ella por quedarse viuda. Sin embargo, ésa es una objeción que se puede hacer a la mayoría de los crímenes pasionales, y la gente los comete de todas formas. La idea de que Agnès, su mujer, y Jérôme, su mejor amigo, conspiraban contra él, sólo podía imponerse a costa de un retorcimiento mental insensato, pero, amén de dibujar una situación muy difundida, ese retorcimiento, una vez operado, lo explicaba todo. Admitido ese móvil, los hechos encajaban. Serge y Véronique, en la primera fase, eran cómplices sin saberlo, creían participar en una bufonada típica de Agnès, y a continuación los eliminaban. No físicamente, claro, simplemente expulsándolos del juego, impidiéndole comunicarse con ellos de una u otra manera. Una vez llevada a cabo esta preparación psicológica, Jérôme entraba en escena, no volvía a salir ya, se ocupaba de todo, lo aislaba insidiosamente de los demás, asumiendo el papel de amigo abnegado, siempre ahí cuando las cosas no van bien, y centrando sobre sí toda su confianza. Y se sacaba de la manga al doctor Kalenka. No un psiquiatra de veras partícipe de su complot, ciertamente, sino un ayudante, encargado de terminar de sembrar la confusión en su mente. O bien, y eso era más verosímil, porque mejor no ser ciento y la madre para cometer un crimen perfecto, no existía en absoluto el tal doctor Kalenka. Agnès, ahora mismo, o mañana, lo llevaría a una casa, sin duda a un piso alto, no habría placa en la puerta, o quizás una placa falsa, por perfeccionismo, y la puerta daría al vacío, a unas obras en construcción, Jérôme se encontraría en un rincón, lo empujaría, y llegarían a la conclusión de que atravesaba una fase depresiva, y se había suicidado. No, eso no se tenía en pie, muy pocos estaban informados de la supuesta depresión, hacían falta más testimonios de la inocencia de los dos, en el supuesto de que sospecharan de ellos, pero toda su estrategia tendía a apartar posibles testigos... Este fallo del razonamiento lo irritó. Luego pensó que la meta no era tanto hacerlo pasar por loco como volverlo efectivamente loco y esperar que lo internaran, o bien que se suicidara. Así considerado, el plan aguantaba mejor. E incluso era imparable. Bastaba con que Agnès, a solas, persistiera en negar sus recuerdos y certezas, en provocar nuevos desprendimientos, fingiendo estar espantada, y con que Jérôme la ayudase interviniendo en los momentos psicológicos. Nadie le impedía comunicarse con nadie, era él quien, asustado, no se atrevía a hacerlo.

Y si lo hacía, si llamaba a su padre, o a Serge y Véronique, si iba a verlos, la confianza que le inspirarían sería destruida esa misma noche por Agnès. Lo cogería en sus brazos, repitiendo dulcemente que su padre había muerto, tendría un ataque de nervios; Jérôme, como por casualidad, llamaría en ese preciso instante, confirmaría, contaría el entierro y sería como con la mujer del cochecito, un golpe en el vacío, un intento tan vano como los furiosos coletazos de un pez cogido en la red. Ni siquiera un careo, una cena, por ejemplo, con Agnès y su padre, serviría de nada, una vez de regreso a casa, por fin solos. Se preguntaría sin cesar si estaba perdiendo la razón, si veía fantasmas, si le mentían y por qué, era mucho más sutil y a la vez más sencillo

que *Las diabólicas*. Dentro de unos días ese trabajo de zapa daría sus frutos. Él ya se parapetaba, renunciaba a la más fácil de las comprobaciones, no se atrevía a preguntar nada a nadie. Dentro de unos días, con tino, sin la menor violencia y hasta sin complicidad externa, Agnès y Jérôme lo habrían convencido totalmente de su locura, vuelto loco como quien no quiere la cosa. Y si él los acusaba, si demostraba que los había calado, eso sería una prueba más; ya estaba viendo sus rostros incrédulos, hechos polvo. Le dejaban realizar todo el trabajo, trastornarse por sí solo. Y por ello, ahora que había comprendido, le correspondía la iniciativa, tenía que contraatacar, en el terreno de ellos, que preparar un plan tan retorcido como el suyo para cogerlos en su propia trampa.

No obstante, quizá se precipitaba en demasía al descartar el riesgo de una agresión física. El chanchullo era tan complicado, debían de haber previsto tan bien su desarrollo, que, en los cinco minutos transcurridos desde que lo había adivinado, podía habersele escapado un elemento decisivo. Muy bien podía ocurrir que el golpe de gracia fuera inminente, completamente imprevisible, y que él hiciera demasiado tarde el razonamiento que permitiría esquivarlo. Dos soluciones, pues: o bien lo dejaba llegar, se comportaba como si no se hubiera percatado de nada, seguía obedientemente a Agnès a casa del supuesto doctor Kalenka, y corría entonces un riesgo tanto más enorme cuanto que no se lo imaginaba; o bien emprendía la huida, derribaba de un golpe su frágil castillo de naipes y se aseguraba una posición de repliegue. Se sentía lo bastante lúcido para comprender que la falta de sueño, el somnífero, quizá también las drogas que le habían hecho ingerir podían afectar a su juicio, sus reflejos, y que, por lo tanto, se imponía la solución prudente. Al menos mientras recobraba las fuerzas, mientras construía un plan de defensa con la cabeza despejada. Dicho esto, se hacía ilusiones, sin duda, cuando creía sorprenderlos: el chanchullo, una vez más, estaba demasiado bien trabado para que no hubieran previsto la hipótesis de su huida. E incluso lo más horroroso era esto: saber que lo que descubría solamente ahora, y encima no con todo detalle, ellos llevaban días, semanas, acaso meses, programándolo, y estaban preparados para cualquier eventualidad. Era preciso, pues, antes de nada, reducir esa ventaja, y de momento no importaba mucho que él diera al traste con todo el plan o que eligiera una sola de sus posibles modalidades. Empezar la huida, pues. De inmediato, no importa cómo, al precio que sea. Sólo tenía que atravesar el salón para encontrarse en el vestíbulo. Ningún ruido, desde su retirada al dormitorio, lo había alertado: Agnès estaba sola, pues, únicamente tendría que enfrentarse con ella, y si adivinaba que él se había dado cuenta de todo, mala suerte. Se levantó, titubeó, la cabeza iba y venía sobre sus hombros como la de un pelele. Aspiró una bocanada de aire y se dispuso a ponerse la ropa. Calzoncillo, calcetines, pantalón, camisa, chaqueta, zapatos por último; afortunadamente se había desnudado en el dormitorio. Cerró los ojos un instante para concentrarse, con la impresión de estar en una película de guerra, a punto de abandonar un refugio para lanzarse a terreno descubierto, bajo una ráfaga de balas.

Inútil adoptar un aire desenvuelto y decir que iba a comprar tabaco, más valía arremeter.

Respiró por última vez, muy hondo, después abrió la puerta y cruzó el salón corriendo, sin mirar a su alrededor. Sólo entrevió a Agnès en el momento de volverse a cerrar la puerta de entrada: sentada aún en el sofá, abría la boca para gritar, pero él ya estaba en el descansillo, en la escalera, bajando los peldaños de cuatro en cuatro, la sangre latía en sus sienes, apenas oía la voz de Agnès, inclinada sobre la barandilla, que lo llamaba, gritaba su nombre, él ya corría por el hall, por la calle, qué mala pata, no tenía las llaves del coche, corrió sin detenerse hasta el cruce de Duroc, el corazón le latía, había gente en las terrazas de los cafés, indiferente, apacible, era una tarde de domingo de primavera. Se lanzó por la escalera del metro, saltó por encima de las barreras, siguió corriendo hasta el andén, adonde llegó en el momento en que aparecía el tren. Subió, se apeó dos estaciones más adelante, en La Motte-Picquet. A causa de una punzada en el costado, que despertaba con retraso, volvió al aire libre con pasos de ancianito, doblado en dos. Se preguntó si Agnès habría intentado correr tras él o si habría telefonado inmediatamente a Jérôme. Figurársela anunciando que había un contratiempo le hizo reír burlona y suavemente. Aunque quizá también ella riera, diciéndose que todo estaba desarrollándose según lo previsto.

Bajo el puente del metro aéreo buscó una cabina con los ojos, monedas en los bolsillos de la chaqueta; encontró varias, la punzada se le pasaba. La cabina, colmo de la suerte, funcionaba. Marcó el número de sus padres. Comunicaba. Esperó, volvió a marcar, dejó sonar un buen rato, sin respuesta. Pensó, mientras esperaba, en llamar a la policía, pero no disponía de bastantes argumentos, se le reírían en la cara. Y, sobre todo, quería ver a su padre, no para cerciorarse de que estaba vivo, eso ya lo sabía, sino simplemente para verlo, hablar con él, exactamente igual que si acabaran de sacarlo de su error tras haberle anunciado equivocadamente su muerte en un accidente de aviación en el que todavía no habían identificado a todas las víctimas. Como seguían sin contestar, decidió acercarse al bulevar Emile Augier. Comprobó que llevaba bastante dinero encima para coger un taxi, se dirigió a la parada de la esquina de la calle del Commerce y se dejó caer en el asiento. Si sus padres no estaban en casa, los esperaría hasta que volvieran, en el rellano. No, no en el rellano. Jérôme y Agnès habrían deliberado, pensarían que iría allí, y para ellos sería un juego de niños acorralarlo. Veía ya la ambulancia estacionada delante del edificio, los forzudos enfermeros a quienes dirían que no hicieran caso de sus protestas; al ver cómo su presa se les escapaba, podían jugarse el todo por el todo, quemar las naves, precipitar las cosas provocando un embrollo tal que él se encontraría dentro de una camisa de fuerza y muy pronto realmente loco de atar. Materialmente, sin embargo, había pocas posibilidades de que llegaran antes que él a casa de sus padres. Si estaban fuera, se refugiaría en un café, en La Murette, telefonaría a intervalos regulares hasta que descolgaran.

El taxi había cruzado el Sena, rodeaba la Casa de la Radio para tomar por la calle

de Boulainvilliers. Se miró en el retrovisor: pálido, rasgos tensos, una barba de tres días que le comía la cara. Dos días, corrigió mentalmente. Dos días sin dormir y atiborrado de somníferos, estaba aguantando bien.

—¿Qué número? —preguntó el taxista al llegar a La Mulette.

—Ya le diré dónde ha de parar...

Coño, pensó, no se acordaba del número. El número de la casa de sus padres, donde había vivido toda su infancia. Le ocurría a menudo con los amigos, se las arreglaba muy bien para encontrar casas cuyo número nunca había sabido, pero sus padres... Era absurdo. La fatiga, los somníferos, pérdidas de memoria parciales... El taxi bordeaba a marcha lenta el ancho bulevar en curva; él reconocía las verjas, en el medio, que ceñían la vía férrea por la que en tiempos pasaba el trenecito, las altas fachadas burguesas, bien revocadas. En su infancia estaban llenas de mugre, se acordaba de cuando habían pintado, los andamios y las lonas que durante un mes, o quizá más, habían cegado las ventanas, privando a los inquilinos de una luz que no era el menor encanto de su elevada posición...

El piso. Tampoco se acordaba del piso.

—Pare —dijo.

Pagó, se apeó, con las manos sudorosas. Reflexionó. Una cosa era segura: sus padres vivían en el lado derecho del bulevar Emile Augier, viniendo de La Mulette, ya que no había lado izquierdo: el lado izquierdo se llamaba bulevar Jules Sandeau. Y también sabía el código de la puerta cochera. Le dieron ganas de apuntarlo para tener la seguridad de no olvidarlo, pero no llevaba encima nada para escribir y no se atrevía a parar a un transeúnte. Además, no pasaba nadie. Recorrió la acera. Ni siquiera podía decirse que todos los edificios se parecieran, había diferencias, aunque datasen de la misma época, imposible no encontrar el bueno, había vivido en él diez años, volvía por allí una vez a la semana y, además, era arquitecto. Cuando casi llegó a la avenida de Henri Martin comprendió que se había pasado de largo, y desanduvo el camino redoblando su atención. A pesar de ello, se encontró en La Mulette. Entró en una cabina, qué suerte no haber olvidado el número de teléfono desde hacía un rato. En el momento en que marcaba resonó la sirena de una ambulancia, no muy lejos, su mano se crispó sobre el auricular, nadie contestaba. Y sus padres, lo sabía, no figuraban en la guía, y hasta se enorgullecían un poco de haber pagado para ello. Asustado, reanudó sus pesquisas, siguió de nuevo el bulevar, parándose en cada puerta. Ya no se oía la ambulancia, pero el número del código, que se repetía temeroso de mezclarlo con el del teléfono, no le servía de nada. Casi todas las casas ostentaban teclados idénticos: las nueve primeras cifras, más dos o tres letras. Tecleó de todas formas, desesperado, en varios, llamó a una portera que lo mandó a paseo diciendo que no existía nadie con ese apellido, el suyo, en su casa, y se encontró de nuevo en la avenida Henri Martin. Repitió el trayecto por la otra acera, ganas de perder el tiempo, porque ni siquiera era el bulevar Emile Augier. Se cruzó con una señora que se parecía a su madre, pero tampoco era su madre. De esta catástrofe no

podían considerarse responsables Jérôme ni Agnès, sino solamente su fatiga, quizá también una droga que le habían hecho tragar, o bien ya se habían salido totalmente con la suya y se había vuelto loco de veras.

De vuelta en La Muette, se sentó en un banco y se esforzó por llorar, con la esperanza de calmar así sus nervios, de recobrar una lucidez que sentía flaquear. Estaba en pleno París, en un barrio apacible, una tarde de primavera, y querían volverle loco, matarlo, y no tenía ningún sitio adonde ir. Debía escapar, deprisa, antes de que ellos llegaran. Sabía que su confusión bastaría para confirmar cuanto ellos dijeran, si decidían que lo encerrarán de inmediato, sin esperar nada más. ¿Y si él se les anticipaba? ¿Si se iba a buscar a la policía, o un hospital, y lo contaba todo? Pero, cabalmente, la perspectiva de contarlo todo, de soltar lo que, a los ojos de cualquier persona sensata, no podía parecer sino una sarta de absurdos, de ver al policía, delante de él, telefonar a Agnès pidiéndole que fuera a recogerlo... No, no era posible. Ningún refugio, nadie en quien confiar. De haber tenido una amante, una doble vida..., pero su vida estaba ligada con la de Agnès, sus amigos eran los de ella, ella había debido de aleccionarlos, llamar a alguno equivalía a entregarse a uno de sus ganchos, a meterse en la boca del lobo. Era preciso huir pronto, dejar a sus espaldas a su padre quizá moribundo —¿por qué pensaba eso?—, conseguir una tregua. ¿Un hotel? También peligroso, buscarían por ese lado, lo atraparían al despertar. Más lejos, interponer distancia, tiempo, entre aquella pesadilla y él. Abandonar la ciudad, el país, sí, era la única solución.

Pero ¿cómo? Llevaba encima cincuenta francos, ni talonario, ni pasaporte, ni tarjeta de crédito. Tenía que pasar por su casa. Rió sarcástico: ir al hotel, a uno de los quinientos o mil hoteles de París, le parecía meterse en la boca del lobo. ¿Y volver a casa era factible, en cambio? Ridículo, salvo que... Salvo que debían de esperarlo en cualquier sitio menos allí, debían de haberse lanzado en su busca, y bastaba con telefonar para cerciorarse de que estaban fuera. En su situación no había la menor posibilidad de que no descolgaran. En fin, muy pocas posibilidades, era un riesgo que había que correr. Se levantó, quiso hacer antes de marcharse un último intento para encontrar la casa de sus padres, pero no, el tiempo apremiaba, paró un taxi, mandó que lo llevase al cruce de Duroc. Su plan, en su sencillez, le parecía luminoso, casi se reía con él.

Llegado a su destino, se precipitó al café de la esquina, observando al pasar que la población de la terraza raleaba ya. La tarde se acercaba a su fin, el aire refrescaba. En el mostrador preguntó por el teléfono, el camarero le dijo que estaba reservado a los clientes.

—Pues hágame un café, lo más asqueroso posible, y tómese lo a mi salud.

El otro, con cara de perro, le alargó una ficha, él dejó un billete en el mostrador y bajó al sótano, felicitándose por su salida, que le parecía atestiguar la seguridad de sus reflejos. La cabina apestaba, buscó su número en la guía, después lo marcó. Agnès descolgó enseguida, pero él ya lo había previsto, no iba a dejarse desmoralizar,

todo lo contrario.

—Soy yo —dijo.

—¿Dónde estás?

—En La Mulette. En casa..., en casa de mi madre. —Rió para sus adentros. Era una buena réplica—. Ven enseguida.

—Pero ¡estás loco! Tienes una cita dentro de una hora con el doctor Kalenka, en la avenida del Maine.

—Justamente. Coge el coche y ven a buscarme. Estaré en el café de la esquina, en La Mulette. Te espero.

—Pero...

Ella se calló. Podía oírla reflexionar al otro extremo del hilo. Respirar, en todo caso.

—De acuerdo —dijo—. Pero, por favor, no te muevas de ahí.

—No, te espero.

—Te amo —gritó ella mientras él colgaba.

Murmuró «guarra», dio un puñetazo al tabique de la cabina, después subió a toda prisa a la planta baja, se colocó detrás de una columna desde donde, sin arriesgarse a que lo descubrieran desde fuera, vería pasar el coche. A causa de las direcciones prohibidas, no podía evitar aquella esquina. Mientras ella bajaba, volvió al mostrador y pidió otra ficha. Lamentaba un poco haber estado antipático con el camarero; si por casualidad éste se la negaba, su plan quedaba gravemente comprometido. Pero el otro ni siquiera pareció reconocerlo y, apretando la ficha en la palma húmeda, regresó a su puesto de observación. Según lo previsto, vio pasar el coche, que se paró en el semáforo. Desde donde estaba, y a pesar de los reflejos en el cristal, reconocía el perfil de Agnès, aunque sin poder captar su expresión. Cuando dobló por el bulevar de los Inválidos bajó otra vez al sótano, marcó de nuevo su número, dejó sonar en vano. Con las prisas se le había olvidado conectar el contestador. Y Jérôme no estaba allí. Y, en el peor de los casos, si estaba y no descolgaba, se sentía con fuerzas para romperle la cara.

Salió del café, corrió hasta su casa pensando que, dos horas antes, corría exactamente en sentido contrario, que entonces era un fugitivo y que ahora dominaba la situación, que había maniobrado como un caudillo para introducirse sin peligro alguno en el campo enemigo. Nadie en el apartamento. Corrió al escritorio, abrió el cajón donde se encontraba su pasaporte, que recogió, así como sus tarjetas de crédito: American Express, Visa, Diner's Club. Encontró incluso dinero. Agnès no habría debido descuidar esos detalles, es así, pensó con satisfacción, como se van a pique los planes mejor organizados. Quiso dejar una nota sarcástica, «os la he dado con queso» o algo por el estilo, pero no encontró la fórmula. Cerca del teléfono distinguió el mando a distancia del contestador y se lo echó al bolsillo, y después salió del piso. Antes incluso de llegar al cruce encontró un taxi y pidió que lo llevaran al aeropuerto de Roissy. Todo se desarrollaba a la perfección, como un atraco minuciosamente

planeado. Ya no tenía nada de sueño.

La circulación era fluida, llegaron sin problemas al paseo de circunvalación y después a la autopista. Durante el trayecto se divirtió descartando, en nombre de la lógica y de la verosimilitud, los obstáculos que podían impedir su partida. En el supuesto de que, al descubrir la desaparición del pasaporte y las tarjetas de crédito, Agnès y Jérôme adivinasen sus intenciones, nunca les daría tiempo a detenerlo antes de subir al avión. Y en cuanto a transmitir la descripción a la policía de los aeropuertos, era una medida fuera de su alcance. Casi lamentaba haberles sacado tanta ventaja, privándose del espectáculo de sus siluetas minúsculas que corrían por la pista mientras despegaba el avión, del furor que experimentarían al verlo escapar por los pelos. Se preguntó cuánto tiempo tendría que esperar para salir, para conseguir una plaza en un vuelo cuyo destino le daba igual, con tal de que fuera lejos. El hecho de llegar sin equipaje, de pedir un billete para cualquier parte le procuraba una especie de embriaguez, una impresión de libertad regia que creía exclusiva de los héroes del celuloide, apenas alterada por la sospecha de que en la vida las cosas no son tan sencillas. Pero, después de todo, no había nada que temer. Y la embriaguez aumentó cuando el taxista preguntó: «¿Roissy uno o dos?» Se sintió rico en una capacidad de elección planetaria, libre de decidir a su antojo, enseguida, si prefería volar a Asia o a América. En realidad, no sabía muy bien a qué regiones del mundo o a qué compañías correspondían las divisiones del aeropuerto, pero esta ignorancia entraba en el orden normal de las cosas, no le molestaba en absoluto, y dijo al azar: «Roissy dos, por favor». Volvió a hundirse en el asiento sin la menor inquietud.

A continuación todo fue muy deprisa. Consultó la pantalla de salidas, concediéndose una hora de margen, el tiempo para adquirir el billete; podía elegir entre Brasilia, Bombay, Sidney y Hong Kong, y, como por encanto, quedaban plazas para Hong Kong, no se necesitaba ningún visado, la azafata de la ventanilla no pareció sorprendida, dijo sólo que iba a andar muy justo para facturar el equipaje. «¡No tengo equipaje!», declaró orgulloso, alzando los brazos, algo decepcionado, sin embargo, de que ella no pareciera más asombrada. El control de pasaportes no planteó problemas y el indiferente ir y venir de la mirada del empleado de su fotografía con bigote a su rostro a punto de volver a tenerlo disipó sus últimas aprensiones: todo estaba en regla. Menos de media hora después de su llegada a Roissy se dormía en la terminal de salida. Alguien, poco más tarde, le tocó en el hombro y le dijo que era la hora; él alargó su tarjeta de embarque, se arrastró hasta su asiento, donde, en cuanto se sentó y se abrochó el cinturón, se durmió de nuevo.

Volvieron a tocarle en el hombro en la escala de Bahreín. Tardó unos instantes en recordar dónde estaba, su destino, que huía, y se dejó llevar sin darse muy bien cuenta por el tropel de pasajeros soñolientos obligados a bajar por un reglamento cualquiera, aunque no cambiasen de avión, para aguardar en una sala de tránsito. Era un largo pasillo cortado por una fila de tenderetes brillantes donde vendían productos *tax free*, que, por un lado, daba a la pista del aeropuerto y, por otro, a una extensión donde la vista se orientaba mal, porque era de noche, porque las luces de la sala se reflejaban en los cristales y también porque no había nada que ver, salvo unas construcciones bajas, hacia el horizonte, sin duda otros edificios del aeropuerto. La mayoría de los hombres y mujeres adormilados en los asientos llevaban el traje árabe, debían de esperar otro avión. Se sentó aparte, dividido entre el deseo de sumirse de nuevo en el sueño, de regresar luego a su asiento, como un zombi, de dormir hasta Hong Kong sin hacerse preguntas, y la sensación difusa de que era preciso recapitular y que, pasada la excitación de la partida, no resultaría fácil. La idea de encontrarse en Bahreín, al norte del golfo Pérsico, huyendo de un complot fomentado por Agnès, le parecía ahora tan incongruente que todos sus pensamientos, todavía confusos, tendían menos a examinar la situación que a cerciorarse de su realidad. Se levantó, se dirigió a los lavabos, donde se echó agua fría a la cara, mirándose largamente al espejo. A sus espaldas, la puerta se abrió, dando paso a otro viajero, y se apresuró a meterse en el bolsillo el pasaporte, que acababa de sacar para ponerlo ante el espejo y comparar. Luego volvió a la sala de tránsito, caminó un momento para aclararse las ideas, zigzagueando entre las dos filas de asientos que separaban el bloque troceado de las tiendas libres de impuestos por las que fingió interesarse, mirando las etiquetas de las corbatas, los *gadgets* electrónicos, hasta que una vendedora se le acerca, dice: «*May I help you, Sir?*», y él se bate en retirada. Al volverse a sentar se fijó, en el cráter de un cenicero de pie, en una cajetilla de Marlboro vacía y, sobre todo, recortada de una manera que le pareció familiar, aunque necesitó un esfuerzo para recordar lo que evocaba aquel destrozo. Se acordó: dos o tres años antes, un rumor había circulado por París, y quizá por otras partes, no sabía muy bien, de origen tan misterioso como esas bromas que nacen, se propalan y después desaparecen sin que nunca se sepa quién ha podido lanzarlas, y ese rumor afirmaba que la firma Marlboro estaba conchabada con el Ku Klux Klan, cuya publicidad clandestina garantizaba por medio

de ciertas señas de identificación incorporadas al dibujo de la cajetilla. Esto se demostraba esgrimiendo ante todo que las líneas que separaban los espacios rojos de los espacios blancos formaban tres K: una en el frente, otra detrás, otra en la parte de arriba, y, además, que en el fondo del envase interior había dos puntos, uno amarillo y otro negro, lo cual significaba: «*Kill the niggers and the yellow*». Fuera o no cierto, esta explicación había tenido durante algún tiempo el valor de un juego de sociedad y con frecuencia se veían, en los veladores de los cafés, cajetillas recortadas que atestiguaban que alguien se había dedicado al numerito. Estos vestigios, poco a poco, se habían ido haciendo más escasos, porque los iniciados, demasiado numerosos, ya no encontraban a nadie a quien iniciar, porque se habían hartado, y, sobre todo, porque no todas las veces salía bien. Agnès, que en esa época no perdía oportunidad de hacer la demostración, deducía incluso de sus fracasos, cada vez más numerosos, a la hora de encontrar los puntos amarillo y negro, la prueba irrefutable de la autenticidad de la anécdota: como el secreto del mensaje se había difundido, los capitostes de Marlboro habían, según ella, renunciado a ponerlo en circulación de aquella forma, y lo que quedaba por descubrir era adonde habían podido trasladarlo. Sin nada que hacer, examinó la cajetilla con minuciosidad, aunque sin éxito, después se levantó, fue a comprar en una tienda un cartón que pagó con su tarjeta American Express. Fumó un cigarrillo, después otro. Frente a su asiento, en el planisferio salpicado de relojes que indicaban la hora en diferentes regiones del mundo, faltaba España, inexplicablemente sustituida por un mar de un azul intenso que se extendía de los Pirineos a Gibraltar. Eran las seis y catorce en París.

A las seis y cuarenta y seis, en el mismo huso horario, una voz femenina difundida por los altavoces, con una leve saturación, rogó a los viajeros con destino a Hong Kong que volvieran al avión. Hubo un roce de pies bajo la luz amarilla, un hombre despertó sobresaltado y se encasquetó unas gafas oscuras para buscar a su alrededor la tarjeta de tránsito, que había resbalado bajo el asiento. Un poco más tarde, las luces titilaron en las ventanillas, las lámparas del techo de la cabina se apagaron. Los pasajeros se envolvían en mantas de cuadros escoceses, rojos y verdes, que sacaban de bolsas de plástico. Algunos, para leer, encendían la lamparilla, era de noche en pleno cielo; él estaba despierto, y eso era también lo real.

El avión aterrizó en Hong Kong a media tarde. Se quedó sentado, mientras a su alrededor los pasajeros se agitaban, agarraban sus bultos de mano, la azafata recogía los auriculares de plástico abandonados en los asientos, y bajó el último, a regañadientes. Se había acostumbrado a la vida despaciosa de la cabina; la sucesión regular de las comidas, de las películas, de los anuncios por el altavoz no había embotado realmente su lucidez, pero no le ofrecía ninguna resistencia, un poco como una habitación donde estuviera previsto que alguien se golpeará sin cesar la cabeza contra las paredes y que, por humanidad, hubieran rellenado de goma. Sonrió al reflexionar sobre el sentido de esta idea, que se le había ocurrido con toda naturalidad: en suma, aspiraba a la celda acolchada, sin confesárselo ni creerse loco por ello, simplemente para estar a cubierto. Y a partir de ahora se acababa, se exponía en terreno descubierto.

Un vaho de calor enturbiaba las siluetas acristaladas de los edificios que se dibujaban tras las construcciones del aeropuerto. Al viajar sin equipaje pudo cruzar muy pronto las ventanillas de la aduana, el control de pasaportes, y se encontró en el vestíbulo de llegadas, rodeado de personas que corrían, empujaban carritos, agitaban pancartas, se palpaban con vehemencia, hablando muy alto, una sílaba gutural, otra cantarina, no entendía nada, por supuesto. Se quitó la chaqueta, se la echó al hombro. ¿Qué hacer ahora? ¿Coger un billete de vuelta? ¿Telefonar a Agnès para pedirle perdón? ¿Salir del aeropuerto, echar a andar todo recto hasta que pasara algo? Permaneció un momento inmóvil en medio del bullicio, y después, como si esas acciones fueran tan obligatorias como las formalidades de llegada, entraron en un ciclo de gestos que había que realizar después de aquéllas y que aplazaban, por lo tanto, el momento de tomar una decisión, fue de ventanilla en ventanilla hasta encontrar la de American Express, y consiguió, en dólares de Hong Kong, el equivalente de 5.000 francos. Los distribuyó por los bolsillos de su pantalón, que se le pegaba a los muslos. Después, por consejo de un empleado a quien había interrogado en inglés, se dirigió a una oficina de turismo y reservó una habitación en un hotel de categoría media, elegido en una guía. Le dieron un vale para el trayecto en taxi, lo cual resultó útil porque el taxista no entendía inglés. El coche se metió por un dédalo de calles hormigueantes de gente, bordeadas por rascacielos ya viejos, decrepitos, erizados de tendederos y de aparatos de aire acondicionado que goteaban

hasta el punto de formar charcos en las aceras destrozadas por los martillos neumáticos. Algunos de aquellos edificios parecían en trance de demolición aunque sin haber sido desalojados previamente, había otros en construcción, vallas por todas partes que protegían las obras, grandes andamios de bambú, hormigoneras entre las que zigzagueaban peatones y coches haciendo aullar las radios al ritmo de un embotellamiento paradójico cuya película se proyectase a todo correr. El taxi desembocó por fin en una avenida más ancha, después lo dejó delante del Hotel King, donde había reservado y donde el recepcionista le hizo llenar una ficha antes de llevarlo a su habitación, en la planta dieciocho. Con el frío creado por el aire acondicionado, una gran caja empotrada en el muro húmedo, descubrió que sudaba profusamente. Trató de regular el aparato, que, después de que él giró un botón, jadeó y luego se transformó en un poderoso resuello y, por último, interrumpió toda manifestación de actividad, de suerte que escuchó el guirigay de la calle. Detrás de una persiana metálica, la ventana estaba sellada. Con la frente apoyada en el cristal, observó un momento la circulación de allá abajo, y luego, como volvía el calor, se desnudó, se dio una ducha rechazando tercamente la cortina de plástico que se pegaba contra él. Envuelto en una toalla de rizo volvió a la habitación, se tumbó en la cama y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

Ya está. ¿Y ahora?

Ahora, o bien se quedaba acostado en aquella cama hasta que se le pasara, aunque sabía que no se le pasaría, o bien regresaba de inmediato al aeropuerto, se instalaba en un asiento hasta el primer avión para París, aunque le faltaba valor para hacerlo, o bien decidía que, al igual que había necesitado un techo para dormir, necesitaba ahora una muda de ropa, un cepillo de dientes, una navaja de afeitar, bajaba a comprar todo eso y se encontraba, dentro de poco, en la misma posición, acostado en la cama, preguntándose: ¿y ahora?

Permaneció sin moverse, sin medir el tiempo, hasta que se hizo de noche. Entonces decidió llamar por lo menos a Agnès. Tenía un teléfono en la habitación, pero no consiguió ni línea directa —de todas formas, ignoraba el prefijo para llamar a Francia— ni hablar con recepción. Volvió a vestirse, su ropa olía a sudor, y fue a la planta baja. El recepcionista, que hablaba inglés, accedió a marcar el número por él, pero al cabo de un buen rato asomó desde la oficina situada detrás del mostrador diciendo que no contestaban. Extrañado de que Agnès, al salir, no hubiera conectado el contestador, insistió en que el otro repitiese su intento, que no tuvo mayores resultados, y salió.

Nathan Road, la grande y ruidosa avenida a la que daba su hotel, estaba iluminada como los Campos Elíseos en Navidad; la circulación se efectuaba bajo arcos de farolillos rojizos que representaban dragones. Caminó sin rumbo entre una multitud densa e indiferente, entre el olor un poco soso de la cocina al vapor, a veces de pescado seco. A medida que avanzaba, las tiendas eran más lujosas, vendían, sobre todo, material electrónico libre de impuestos y muchos turistas iban de compras. En

un extremo de la avenida, que había terminado de bajar, una gran plaza daba a la bahía, al otro lado de la cual se extendía un espejante caos de rascacielos escalonados en la ladera de una montaña cuya cumbre se perdía en la bruma nocturna. Recordando las fotos vistas en las revistas, pensó que esta ciudad espectacular era Hong Kong, y se preguntó dónde se encontraba él. Aprovechándose, una vez más, de poder confesar una ignorancia que nada tenía de anormal, hizo la pregunta a una europea de pantalones cortos, del tipo trotamundos, que debía de ser holandesa o escandinava, pero que dijo de todas formas: «*Here, Kowloon*», y el nombre le resultaba vagamente familiar, había debido de leerlo en alguna parte. Comprendió, al mirar el plano desplegado por la trotamundos, que una parte de la ciudad se encontraba en la isla, frente a él, y otra en el continente, algo así como Manhattan y Nueva York, y que él había elegido su hotel en la porción continental, esto es, en Kowloon. Un servicio de transbordadores enlazaba las dos orillas, y la gente los cogía, en apariencia, como el metro. Mezclándose con la muchedumbre, se dirigió al embarcadero, compró un billete, esperó a que el transbordador se deslizara contra el muelle, que los pasajeros bajaran, y subió cuando el empleado dio paso.

El trayecto le gustó tanto que, una vez llegado a la otra orilla, pensó en no desembarcar, volver a marcharse en sentido contrario sin abandonar su sitio, y como el empleado le hizo señas de que había que bajar, obedeció, pero cogió enseguida un ticket y recommenzó. Después de tres idas y venidas, familiarizado con la maniobra, se dio cuenta de que, en vez de comprar un ticket cada vez, era más rápido y práctico meter en una ranura una pieza de cincuenta centavos, que accionaba el torniquete automático, y se las arregló, cuando compró su último ticket, para que le devolvieran una provisión de monedas suficientemente abundante para no abandonar ya el barco hasta la hora del cierre, sobre la que no se informó. Descubrió enseguida otra particularidad del transbordador, que era su total reversibilidad: la delantera era la dirección hacia la que iban, la trasera, aquella de la que se alejaban, pero fuera del agua habría sido imposible distinguir la proa de la popa. Los respaldos de los asientos, incluso, se deslizaban por unas hendiduras laterales, de forma que se pudieran orientar en el sentido deseado, y, espontáneamente, con un movimiento de la mano, la gente les daba la vuelta para ponerlos en dirección contraria a sus predecesores. Cuando iban hacia Hong Kong, todos, incluso con la nariz metida en el periódico, miraban hacia Hong Kong, y lo mismo en el caso de Kowloon. De esta costumbre, que después le pareció evidente, se percató a raíz de un incidente: acababa de volver a subir al barco y, en broma, ocupaba el asiento que había debido abandonar dos minutos antes. Al levantar la cabeza se dio cuenta de que había olvidado correr el respaldo y se encontraba, pues, a contracorriente, frente a todos los otros pasajeros. Estos, por lo demás, no parecían preocuparse en absoluto, ni siquiera el trío de colegialas de calcetines blancos a quienes esperaba ver desternilladas de risa; lo miraban sin ironía ni animosidad, como si hubiera sido un elemento más del paisaje urbano al que el transbordador se acercaba. Se quedó cortado un instante, pero

la indiferencia general le dio inmediatamente después una sensación de sosiego e interrumpió el ademán de reversión que iniciaba, permaneció en su sitio e incluso se echó a reír. Solo contra todos, solo sosteniendo que tenía un bigote, un padre, una memoria que le expoliaban, pero aquí, aparentemente, esa singularidad no se notaba, cuanto exigían de él era que bajase del transbordador una vez en el muelle, libre de volver a subir a él pagando su peaje. Se le ocurrió la idea, loca pero embriagadora, de que muy bien podía quedarse en Hong Kong, no volver a dar noticias suyas ni esperar ninguna de Agnès, de sus padres, de Jérôme, olvidarlos, olvidar su profesión y encontrar lo que fuera para subsistir aquí, o en otro lugar, en cualquier caso, donde no lo conocieran, donde nadie se interesara por él, donde ignoraran siempre si había llevado o no bigote. Pasar la página, empezar desde cero, viejo y vano estribillo de todos los amargados del planeta, pensó, salvo que su caso personal era algo distinto. En el supuesto de que regresara y que, en vez de meterlo en el manicomio, llegaran al acuerdo tácito de pasar página, de volver a empezar todo como antes, en el estudio y en casa, la vida quizá se reanudaría, pero envenenada para siempre. Envenenada no sólo por el recuerdo de este episodio, sino, sobre todo, por el miedo constante a sus secuelas, el riesgo de ver resurgir el horror en el repliegue de una conversación.

Una alusión inocente a recuerdos comunes, a una persona o un objeto, y le bastaría con ver a Agnès palidecer, morderse los labios, con notar un silencio prolongado, para saber que ya estaba, que la cosa recomenzaba, que el universo se disgregaba de nuevo. Vivir así, en terreno minado, avanzar a tientas a la espera de nuevos desprendimientos, ningún ser humano podría soportarlo. Comprendía que era esta perspectiva la que lo había inducido a huir, mucho más que la ridícula hipótesis de un complot contra él. En su fiebre de la víspera, no se daba cuenta muy bien, pero era evidente: tenía que desaparecer. No forzosamente del mundo, pero en cualquier caso del mundo que era el suyo, que conocía y que lo conocía, pues las condiciones de vida en ese mundo estaban ya socavadas, gangrenadas por el efecto de una monstruosidad incomprensible y que era preciso renunciar a entender o afrontar entre los muros de un manicomio. Él no estaba loco, el manicomio le horrorizaba, aunque no le quedaba sino la huida. A cada nueva travesía se exaltaba más, comprendía que había escogido la única salida posible y que sólo un instinto de conservación apenas consciente pero vivo lo había disuadido, en el aeropuerto, de coger un billete para París, de volver a meterse en la boca del lobo. Su lugar ya no estaba entre los suyos, pensó, consciente de hacer vibrar una cuerda de sentimentalismo heroico que reforzaba su decisión, lo mismo que las metáforas referentes a las páginas que es inútil pasar cuando el único recurso es cambiar de libro, e incluso de actividad. Adivinaba ya, sin embargo, que le sería difícil mantener esta exaltación que amenazaba con derrumbarse por sí sola, una vez abandonado el transbordador. El mundo, de momento, se resumía en aquel leve balanceo, en el rielar del agua oscura, en el crujido de los cables de acero, en el chirrido de las verjas que se abrían para el desembarco de unos y el embarco de otros, en aquel vaivén inmutable y regulado en

el que se dejaba ir, fuera de alcance, en la tibieza del atardecer. Pero no podía pasarse el resto de su vida en el transbordador que enlazaba Kowloon con Hong Kong, pararse ahí, en esa imagen, como se para la película donde Charlot, perseguido por la policía de dos estados limítrofes, brinca eternamente, con los pies en escuadra, a un lado y otro de la frontera. Después de esa imagen hay un fundido a negro, luego la palabra fin se inscribe en la pantalla, y no existe, en la vida, un equivalente de este final suspendido. Aunque sí: uno puede pararse. Acodado en el empalletado, en la popa provisional del barco, observaba desde la salida la poderosa estela, seguía con la mirada la curva espumosa hasta la hélice cuya trepidación casi podía sentir bajo el suelo de la cubierta. Bastaría con dejarse caer, era fácil. En unos segundos, las zumbantes palas lo destrozarían. A nadie le daría tiempo a intervenir, los pasajeros de cubierta, poco numerosos a esa hora, lanzarían gritos, se agitarían, mandarían detener el transbordador y, en el mejor de los casos, ¿qué encontrarían? Despojos de carne mezclados con las basuras del puerto, con peces muertos, con banastas, unas ropas hechas pedazos. A lo mejor el mando a distancia, su pasaporte, buscando bien. Y ni eso: no iban a dragar toda la bahía de Hong Kong para identificar a un turista desconocido. Nada le impedía, además, para rematarlo, destruir su pasaporte antes de saltar, eliminando así todo rastro de su pasado. Aunque no, había llenado la ficha del hotel. Sería muy fácil atar cabos, en realidad: dos días después, el cónsul de Francia en Hong Kong tendría el privilegio de anunciar el accidente a su familia. Se lo imaginaba muy bien al teléfono, si es que era por teléfono como se cumplía con aquel penoso deber. Y Agnès al otro lado del hilo, con los dientes apretados, las pupilas dilatadas... Pero sería menos horrible, para ella, pensándolo bien, que esperar semanas, meses, años, sin noticias, olvidar poco a poco, no hay más remedio, sin jamás saber lo que había ocurrido. Recordar solamente, todo el resto de su vida, esos tres días de horror, las frases pronunciadas por teléfono cuando su última llamada, supuestamente desde La Mulette. Ella había gritado: «Te amo», antes de colgar, y él había pensado «basura» o «guarra», la había odiado cuando en realidad era sincera, cuando en realidad lo amaba... El recuerdo de ese último grito, condenado a carecer de eco, lo emocionó hasta las lágrimas. No atreviéndose a gritarlo, canturreó en voz baja: «Te amo, Agnès, te amo, sólo a ti te amo...», y también era cierto, aún más cierto porque la había detestado, porque se había mostrado indigno de la confianza que ella no había dejado de manifestarle. Ella nunca había flaqueado, no. Habría dado lo que fuera por tenerla en sus brazos de nuevo, estrechar su rostro, repetir «eres tú», oírlo de su boca y nunca jamás cesar de creerle. Ocurriera lo que ocurriera, incluso contra toda evidencia, incluso si ella apoyaba un revólver en su sien, en el instante en que apretara el gatillo, cuando su cerebro se derramara fuera del cráneo roto, él pensaría: «Me ama, la amo, y sólo eso es cierto».

Tres días antes, o cuatro, teniendo en cuenta el desfase horario, había hecho el amor con ella por última vez.

El transbordador, acaso por vigésima vez, atracó en el lado de Kowloon y, en vez

de bajar entre los últimos, como había cogido la costumbre, se precipitó a la pasarela, dispuesto a coger un taxi para el aeropuerto, a volver enseguida. Pero, al subir la escalera metálica, el contacto en su puño cerrado de la pieza de cincuenta centavos que apretaba en previsión de la siguiente travesía le hizo aflojar el paso. Dio vueltas a la moneda entre los dedos, dudando si echarla a cara o cruz, aunque en realidad ya había tomado la decisión. Una vez más, delante del torniquete, deslizó cincuenta céntimos en la ranura y bajó lentamente la escalera opuesta a la que acababa de subir, esperó delante de la reja mientras el transbordador terminaba de vaciarse. No podía regresar, una nueva tentativa no serviría de nada. Tomaría el rostro de Agnès entre sus manos, lo acariciaría, ¿y después? Y después sería parecido, más doloroso aún tras la esperanza de una mejoría. O acaso Agnès lo viera acercarse y dijera: «¿Quién es usted?» Él gritaría: «Soy yo, soy yo; te amo», y el mal habría empeorado aún más en su ausencia, ella no lo reconocería, ni siquiera se acordaría de que él había existido.

Durante esta travesía no despegó los ojos de la estela y lloró. Lloró por Agnès, por su padre, por sí mismo. Prosiguió con sus idas y venidas. Sobre el agua, a veces, una rebelión más viva le arrancaba la promesa de bajarse a la vez siguiente, de coger un taxi, un avión, o por lo menos de llamar por teléfono, pero en el embarcadero preparaba de nuevo su moneda. El empleado, de vez en cuando, le dirigía una pequeña señal con la mano, teñida de una simpatía perpleja. Tuvo que conseguir más suelto, y compró una botella de Sprite de la que bebió unos tragos, después la dejó rodar entre sus pies.

Por fin se produjo lo que temía. Cuando desembarcó, en el lado de Hong Kong, un candado cerraba la verja de embarque. Con ademán de impotente interrogación se la señaló al empleado, quien respondió riendo: «*To-morrow, to-morrow*», y mostró siete dedos, la hora de apertura, probablemente.

¿Y ahora?, pensó, sentándose en los escalones húmedos del malecón.

Ahora, siempre podía regresar a su hotel, en la orilla opuesta. Sin duda sería fácil encontrar una barca que aceptara servirle de taxi, pero no tenía ganas. Tampoco tenía ganas de aventurarse por la ciudad que se alzaba a sus espaldas, cuyas luces se reflejaban en el agua pringosa de la bahía. ¿Y entonces? ¿Quedarse en el malecón, esperar al amanecer y volver a coger el transbordador? ¿Recomenzar mañana, y los días siguientes? A pesar de lo absurdo del proyecto, ningún otro se le pasaba por la cabeza, y se sorprendía examinando las condiciones materiales, haciendo cálculos. Quedándose en el barco desde las siete hasta medianoche y durmiendo de noche en el malecón, ¿cuánto tiempo podría aguantar? La travesía costaba 50 centavos, efectuaba unas cuatro a la hora, o sea 2 dólares por hora, a razón de diecisiete horas diarias, equivalía a 34 dólares al día, aunque quizás existieran abonos. Calculando 6 dólares de comida, hamburguesas, sopas o tallarines baratos, salía por 40 dólares de Hong Kong diarios, unos 40 francos si no había entendido mal el cambio. Multiplicados por 365 días, 14.600 francos al año, ni siquiera 15 talegos, era lo que ganaba al mes en

París y apenas el doble del presupuesto asignado para la manutención de los locos en el sudoeste. Bastaría con que, de vez en cuando, fuera a sacar dinero con una de sus tarjetas de crédito y, a ese paso, el plazo sería prácticamente ilimitado. Salvo que al cabo de cierto tiempo el banco se extrañaría; Agnès habría avisado de su desaparición a los servicios responsables de las tarjetas de crédito, con lo que no tardaría en encontrar su rastro. Se la imaginaba aterrizando en Hong Kong, loca de inquietud, encontrándolo en el transbordador, y él, entonces, le explicaría tranquilamente que la vida le resultaba demasiado penosa, que sólo la soportaba en esas condiciones, cogiendo el transbordador todo el día, que sólo gracias a eso su alma recobraba la paz y que, si ella lo amaba, lo único que podía hacer por él en adelante consistía en liberarlo de sus tarjetas de crédito, en abonarle cada año el dinero necesario, es decir, unos quince mil francos, en una cuenta que le abriría en un banco local, y en dejarlo solo. Ella lloraría, lo abrazaría, lo sacudiría, pero acabaría cediendo, ¿qué otra cosa iba a hacer? De vez en cuando, con frecuencia al principio, cada vez menos a continuación, viajaría a Hong Kong, vendría a reunirse con él en su transbordador, le hablaría dulcemente cogiéndole la mano, evitando pronunciar ciertas palabras. Kowloon-Hong Kong, Hong Kong-Kowloon, a la larga se acostumbraría a verlo vivir así. Quizá no estuviera sola, quizás hubiera rehecho su vida. Al hombre que la acompañaba, y que se quedaría discretamente en el muelle, se lo explicaría todo, le señalaría aquel vagabundo alelado, convertido para los usuarios del transbordador en una especie de curiosa mascota, pronto mencionada en las guías turísticas, *The crazy Frenchman of the Star Ferry*, y diría: «Ya ves, es mi marido». O bien no se lo contaría a nadie, sus amigos ignorarían siempre el motivo de sus peregrinaciones solitarias a Asia. Y él, el marido, menearía suavemente la cabeza. Al final del día, querría persuadirlo de acompañarla a su hotel, una noche al menos, y él diría que no, siempre dulcemente, extendería su esterilla en el malecón, nunca habría salido de allí, de la ciudad no conocería sino el corto camino que lo separaba del banco al que acudiría todos los meses a renovar su provisión de moneditas. Absurdo, desde luego, pensaba, pero ¿qué se puede esperar de un hombre a quien le ha ocurrido lo que a mí? En resumidas cuentas, prefería eso a que lo encerraran, a la locura controlada y aherrojada por cualquier doctor Kalenka y su horda de enfermeros musculosos. Prefería vivir en el transbordador que en el villorrio del sudoeste adonde acabaría yendo a parar, tras todo un recorrido de curas sofisticadas y de lo mejorcito en casas de reposo. Porque ésa era, al final, la suerte que le esperaba si regresaba a Francia. Sabía, sin embargo, que estaba en sus cabales, aunque la mayoría de los locos mantienen esa misma convicción, por nada del mundo darían su brazo a torcer, y él no ignoraba que a los ojos de la sociedad una desgracia como la suya no podía significar sino la demencia. Siendo así que en realidad, ahora se daba perfecta cuenta, las cosas eran mucho más complejas. No estaba loco. Agnès, Jérôme y los demás, tampoco. Sólo que el orden del mundo había sufrido un desajuste a la vez abominable y discreto, inadvertido para todos salvo para él, lo cual lo colocaba en la situación del

único testigo de un crimen, a quien por consiguiente es preciso matar. Y aun cuando, en su caso, no volvieran a producirse más cosas sospechosas, no por ello ya todo estaba en orden, y más valía, decididamente, mejor que el manicomio, la prórroga repetitiva, tétrica, pero libremente elegida, de la vida en el transbordador. No regresar nunca jamás, rechazar la tentación, seguir escondido como el testigo a quien la mafia eliminará. Haría entender esa necesidad a Agnès: su desaparición no era una chifladura, sino una obligación vital; era preciso que, desde lejos, sin tratar de volver a verlo, ella lo ayudara a salir del paso lo menos mal posible. Que pusiera fin a las investigaciones emprendidas, que no se opusiera legalmente a sus tarjetas de crédito, y que más adelante le enviara dinero para garantizar su supervivencia. Y ahora ¿cómo iba a acoger tales consignas? ¿Cómo reaccionaría él en su lugar? Se confesó con amargura que sin duda haría lo imposible para repatriarla, contra su voluntad, confiarla a los mejores psiquiatras, y eso era cabalmente lo que no había que hacer. Era preciso que se sometiera, que comprendiera. Sentado en los escalones, frente a las luces de Kowloon, a los gigantescos anuncios de Toshiba, Siemens, TDK, Pepsi, Ricoh, Citizen, Sanyo, el ritmo de cuyos parpadeos se sabía ahora de memoria, se esforzaba por construir frases, hallar el tono justo para facilitarle el esfuerzo sobrehumano de no ver en su exigencia un testimonio adicional de locura, sino, muy al contrario, una reacción razonable, muy meditada. El bigote, su padre, Java, Serge y Véronique, todo eso ya no tenía importancia, de nada servía insistir en ello, en adelante lo único que contaba era la actitud material que convenía adoptar frente a esta conmoción sin remedio. Era preciso que ella comprendiera, sería duro, y que lo ayudara, pero también él tendría que poner algo de su parte. No podía menospreciar la vitalidad desajustada de su mente, ignorar que lo que pensaba en ese instante ya no lo pensaría dentro de dos días, o de dos horas. La evidencia absoluta de sus conclusiones le había cegado por completo cuando creía culpables a Agnès y Jérôme. Sabía ahora que se había equivocado, que por fin veía claro, pero pronto, a qué engañarse, su cerebro volvería a oscilar, a correr de un tope a otro. Ya le bastaba con pensar que no volvería a hacer el amor con Agnès para que la máquina infernal despertara, para que se viera tentado a abandonar todas sus resoluciones, a regresar, a estrecharla entre sus brazos figurándose que la vida continuaba. El transbordador le gustaba, le había gustado de entrada porque brindaba un marco a sus vacilaciones pendulares, porque bastaba con tener suficientes monedas para seguir el movimiento, vacilar, rebelarse, aunque sin actuar. Pues una vez elegida la única solución razonable, a saber, huir al otro extremo del mundo, todo el problema estribaba en atenerse a ella, en no moverse, no obrar, no realizar más que en la mente el movimiento inverso. Fuera del transbordador que se encargaba de él, el mundo no oponía suficiente resistencia a sus veleidades. Habría sido preciso quemar las naves, colocarse en una situación material o física tal que el regreso le estuviera vedado para siempre. Ahora bien, aunque tirara sus tarjetas de crédito, su pasaporte, le bastaría con cruzar el umbral del consulado para que lo repatriaran de inmediato. A falta de

poder tapiar esas puertas de salida, nada le aseguraba que su determinación no flaquearía, que una ola mental más fuerte no arrastraría su convicción presente para sustituirla por otra, y hasta hacerle reírse de lo que consideraría entonces como una chifladura. Ningún poder del mundo podía defenderlo de esa versatilidad, ni siquiera el ritmo tranquilizador de las travesías en transbordador, del cual presentía que pronto iba a cansarse. Por lo menos los locos del villorrio, o de los manicomios, tenían como aliado el atontamiento provocado por las medicinas: éste regulaba el péndulo, circunscribía su movimiento, como un transbordador interior nunca cansado de ir y venir, apaciblemente, en sus cerebros embotados. El motor no estaba gripado, carburaba con las píldoras, las grageas, las cápsulas cotidianas, más seguras aún que las piezas de cincuenta centavos porque siempre había alguien para administrarlas. Se acordaba incluso de la confesión de una aldeana que explicaba ingenuamente al reportero que la ventaja, con aquellos enfermos, consistía en que eran incurables, y por tanto en la seguridad de quedárselos de por vida, de tener hasta su muerte la modesta mina arañada de su manutención. Casi los envidiaba por estar tan descargados de toda responsabilidad, fuera de alcance.

Más tarde el cielo palideció, ruidos, esbozos de agitación turbaron la calma nocturna del malecón. Adivinó movimientos en la penumbra. Un hombre con pantalones cortos y camiseta, a unos metros de él, dibujaba una mancha clara, móvil, lanzaba los brazos hacia adelante, hacia atrás, se agachaba, se levantaba. Aparecieron otros. En todas partes, a lo largo del muelle, siluetas cada vez más claras se contorsionaban con lentitud, tranquilamente, casi en silencio. Oía resoplidos profundos y regulares, a veces un crujido de articulación, una frase lanzada a media voz, a la que respondía entonces el eco de otra frase, teñida de una expresión que le parecía jovial. Un viejecito con chándal, que acababa de acercarse a él para hacer gimnasia, le dirigió una amable sonrisa y, con un gesto, le invitó a imitarlo. Él se había levantado, ejecutaba torpemente los movimientos que el viejo le enseñaba, entre las risas ahogadas de dos mujeres gordísimas, ocupadas en tocarse los pies con la punta de los dedos, con una cadencia muy ágil, sin precipitaciones. Al cabo de un minuto rió a su vez, dio a entender a sus compañeros de ejercicio que no estaba acostumbrado, que lo dejaba. El viejo dijo «*good, good*», una de las mujeres mimó un aplauso y, mientras lo miraban levemente irónicos, se alejó, subió una escalera, se halló pronto en un ancho paso elevado de hormigón que se prolongaba en una explanada bordeada de bancos. Por doquier gimnastas de todas las edades ejecutaban sin prisa sus movimientos. Se tumbó en uno de los bancos, dando la espalda a la bahía. El embarcadero del transbordador, visible más abajo de la balaustrada, seguía con las verjas cerradas. Por encima de él, un pequeño cenador compuesto por tubos metálicos de un azul pálido enmarcaba un edificio muy alto, cuyas ventanas redondas parecían tuercas, y otro aún inacabado, revestido hasta media altura de cristales de

espejo. Los pisos superiores desaparecían tras andamios de bambú y lonas verdes. Entre estos dos bloques, grúas, trozos de otros edificios se recortaban contra la masa verde oscura del Pico, cuya cima no podía ver por mucho que alzara los ojos, perdida entre una bruma resplandeciente. El sol pegaba ya en los cristales, en las placas metálicas, los tubos metálicos, un ajetreado tumulto empezaba a subir desde el puerto y, por vez primera, la idea de estar en Hong Kong provocó en él una especie de excitación. Se quedó echado una media hora más, mirando cómo salía el sol en todos los reflejos erigidos por la ciudad.

Cuando se volvió hacia la bahía, reconoció su transbordador que avanzaba lentamente, entre cargueros y sampanes, siguió con los ojos su estela hasta el embarcadero de Kowloon y, al verlo tomar el camino de regreso, era como si hubiera estado a bordo. La reanudación del ir y venir le inspiraba una sensación de seguridad tan grande que se sorprendió pensando: después de todo, no tengo prisa. Pensó también que por la mañana todo era más fácil.

Se levantó, bordeó el paseo donde la pacífica gimnasia matinal dejaba ya su puesto al movimiento más desordenado y presuroso de la gente que corre a su trabajo. En medio del barullo, sin embargo, burócratas severamente vestidos interrumpían a veces su marcha, dejaban en el suelo el portafolios para dedicar veinte o treinta segundos a estirar los brazos, doblar las rodillas, sacar el pecho, de pronto muy tranquilos. De él nadie hacía caso. A través de la multitud, compacta, desembocó en un patio, al pie del edificio en construcción y se dio cuenta de que las plantas inferiores, terminadas, albergaban ya oficinas. Un banco: sonrió, recordando su proyecto de vida en el transbordador. Más adelante, una oficina de correos, sin abrir aún: se prometió regresar después, para telefonar a Agnès. En fin, ya vería, quizá valiera más una larga carta.

Abandonando el paso elevado, bajó a la ancha avenida por encima de la cual cruzaba y que no se podía atravesar de otra manera, siguió la acera atestada. Hacía ya mucho calor. En el mismo momento en que se daba cuenta de ello, el sudor se le enfrió en los hombros, se paró en seco, como si sus pies echasen raíces en la alfombra roja desenrollada en la acera, y comprendió que pasaba delante de un hotel cuyo aire acondicionado mantenía un microclima, incluso en la calle. Se puso la chaqueta, entró. El vestíbulo estaba glacial, otro mundo de repente. Sillones de piel, mesas de cristal ahumado, plantas verdes, ceñido todo por una galería y tiendas de lujo. Las paredes, decoradas con bajorrelieves de bronce que evocaban un conglomerado de fusibles achicharrados y con un fresco horroroso de inspiración vagamente asiática. Un cartel indicaba la dirección de varios restaurantes y de un coffee-shop donde, abotonándose la chaqueta, decidió desayunar.

Comió y bebió con mucho apetito, después pidió que le trajeran recado de escribir. Pero delante de la hoja de papel, mientras meditaba la primera frase de la carta a Agnès, se dio cuenta de que sus temores de la noche eran fundados, tanto más fundados cuanto que los inspiraba una especie de incredulidad retrospectiva. Su

proyecto de pasarse la vida yendo y viniendo de Kowloon a Hong Kong, sus cálculos presupuestarios, el hecho sobre todo de haber considerado esta solución como la única alternativa al internamiento en un villorrio del sudoeste le parecían, como había previsto, tan ridículos ahora como la sospecha de una conspiración urdida por Agnès contra él. En medio del naufragio de sus razonamientos nocturnos, de una decisión a la cual había jurado atenerse, subsistía empero la inquietud en torno a lo que podría ser su regreso. La plena luz, el discreto entrechocar de cubiertos del coffee-shop del Hotel Mandarín relegaban el asunto del bigote y sus repercusiones hacia una zona de duda, casi de olvido, pero, al mismo tiempo que su presencia en este coffee-shop lo tranquilizaba, le obligaba a recordar que se habían producido acontecimientos irreductibles, que había cruzado una frontera y quizá superado un punto de no retorno. A fuerza de no tener respuesta, la pregunta para él se había desplazado del «¿por qué?» al «¿cómo?», pero ese «cómo», en cuanto ya no se trataba de poner un pie delante del otro, o monedas en una ranura, o alimentos en su boca, también empezaba a flotar, prescindía de su sustancia de palabra que se suponía que desembocaba en una línea de conducta para no ser sino un punto de interrogación, un «y entonces ¿qué?», un «¿y ahora?», a cuyos efectos paralizantes uno sólo podía oponerse paso a paso, fijándose metas inmediatas, obstáculos menores que él se felicitaba de superar porque ocultaban, mientras movilizaban su atención, el obstáculo gigantesco de la elección entre partir y quedarse. De momento todo seguía abierto. Pero si escribía a Agnès, era preciso tomar una decisión. O bien se contentaba con tranquilizarla, decir no te preocupes, atravieso una crisis, pronto te enviaré noticias más concretas. Aplazarlo otra vez. Lo mejor, entonces, sería telefonar, que por lo menos sepa que sigue con vida y no haga que lo busquen.

Renunciando provisionalmente a su carta, se sirvió, sin embargo, del papel con membrete del hotel para anotar los números de teléfono de su casa, de sus padres y del estudio, para tener la seguridad de no olvidarlos. Deslizó la hojita doblada en cuatro en el bolsillo interior de la chaqueta y, tras haber pagado el desayuno, se dirigió a las cabinas telefónicas que había vislumbrado en un recodo del hall. Un empleado le proporcionó el prefijo de Francia y lo anotó asimismo. Luego marcó sucesivamente los tres números, pero sin conseguir respuesta. Según sus cálculos, eran las once de la noche en París, lo cual explicaba el silencio del estudio, pero no entendía muy bien, una vez más, por qué Agnès, al salir, no había conectado el contestador. De haberlo hecho, él habría podido, gracias al control remoto, escuchar los últimos recados, hacerse una idea de la atmósfera que reinaba en su ausencia. A condición, claro, de que el mando funcionara aún a semejante distancia. Se había hecho ya la pregunta cuando habían comprado el aparato: ¿existía una frontera más allá de la cual dejaba de actuar el impulso sonoro? A priori, no había motivos. Y, además, podía informarse fácilmente sobre ese punto: en Hong Kong no faltaban tiendas de material electrónico. Dicho esto, la respuesta no alteraría en absoluto el problema mientras Agnès no hubiera puesto el contestador en marcha. Acabaría por

hacerlo, a menos que estuviera estropeado, o bien... Sonrió sin alegría: a menos que Agnès le asegure cuando hablen, si es que hablan aún un día, que nunca han tenido contestador. Recordaba muy bien, por supuesto, la forma del aparato, la época en que lo habían comprado, los miles de mensajes grabados, borrados, entre ellos el de su padre que les recordaba la comida dominical; por supuesto, podía seguir con el dedo en el bolsillo las aristas metálicas del mando a distancia, pero ¿qué probaba eso? Había vuelto a marcar su número, lo dejaba sonar. Sin soltar el auricular, del que seguía escapándose una tonalidad monótona, sacó el aparatito, leyó con atención las instrucciones impresas en la placa: «1) Marque su número de teléfono. 2) En cuanto empiece el mensaje saliente, apoye el control remoto sobre el micrófono del teléfono y envíe la tonalidad durante dos o tres segundos. 3) La casete de mensaje saliente se detiene, se rebobina la casete de mensaje entrante y usted escucha los mensajes grabados...» Maquinalmente, rozó la tecla colocada en el canto del mando a distancia, apoyó sin levantar el dedo hasta que la estridencia débil pero continuada del bip taladró insoportablemente los oídos de un chino corpulento, ocupante de la cabina contigua, quien empezó a aporrear el cristal con vehemencia. Como desilusionado, aflojó la presión, se metió el control remoto en el bolsillo, colgó y salió. Más aún que el silencio al otro extremo del hilo, le abrumaba la inutilidad de un accesorio gracias al cual contaba con tantear el terreno, con sorprender las reacciones provocadas por su huida. Se sentía despojado, traicionado: suponiendo que la propia existencia del contestador no desapareciera por el escotillón como la de su bigote, su padre, sus amigos, ¿sería posible que Agnès lo hubiese desconectado deliberadamente al comprobar la desaparición del mando a distancia? ¿Que ella hubiera sacrificado una posibilidad de tener noticias suyas sólo para privarlo del uso del chivato? ¿Dónde estaba ella? ¿Qué hacía? ¿Qué pensaba? ¿Seguía hablando, comiendo, bebiendo, durmiendo? ¿Efectuando los gestos de la vida cotidiana, pese a aquella insoportable incertidumbre? ¿Se acordaba, por lo menos, de que él había desaparecido? ¿De que él había existido?

En el espejo grabado que recubría la pared, detrás de la fila de cabinas, había podido observarse a placer, mientras oía resonar los timbrazos sin respuesta: chaqueta arrugada, demasiado abrigada, camisa gris de roña y de sudor, pelo enmarañado y barba de tres días. Decidió, para calmarse, comprar ropa de recambio. Cruzó el hall para llegar a un patio bordeado por lujosas tiendas donde, sin prisas, eligió una camisa ligera, con grandes bolsillos en el pecho que le ahorraban llevar chaqueta, un pantalón de algodón, un par de calzoncillos, sandalias de cuero y, por último, un elegante neceser de afeitar, todo lo cual le costó un precio increíble, aunque le traía sin cuidado y, pensándolo bien, decidió incluso trasladar sus cuarteles al Hotel Mandarín. El hecho de meterse en gastos fastuosos le daba la impresión de tomar una decisión. Además, como no tenía nada especial que hacer en Kowloon, esta mudanza lo apartaría un poco de las tentaciones del transbordador. Tampoco tenía mucho más que hacer «*on the Hong-Kong side*», pero bueno...

Clara, espaciosa, confortable, su nueva habitación tenía dos camas gemelas, la ventana daba no a la gran avenida paralela al muelle, sino a una calle transversal cuyo estrépito quedaba filtrado por los cristales dobles y herméticos. En cuanto se marchó el botones, se desvistió, se dio una ducha y se afeitó la barba, manejando con precaución la navaja barbera, a cuyo uso no estaba acostumbrado. El bigote ya parecía algo, y este rebrote despertó en él la curiosa esperanza de que la vuelta de su anterior aspecto acarrearía la desaparición y hasta la anulación retrospectiva de todos los misterios provocados por su iniciativa. De un golpe recuperaría su integridad física, mental, biográfica, no subsistiría el menor rastro del desorden. Regresaría de Hong Kong, persuadido con toda la razón de haber realizado un viaje de negocios por cuenta del estudio, tendría en su portafolios, porque se compraría uno, los documentos que atestiguaban su trabajo, los contactos que había establecido. Agnès lo recibiría cariñosamente en el aeropuerto, sabría la hora exacta de su regreso. Ella no se acordaría de nada, él tampoco, todo habría vuelto a estar en orden. A continuación no se produciría ninguna incoherencia, el misterio se borraría por sí solo, en realidad jamás se habría producido. Eso es lo mejor que podría suceder y, pensándolo bien, no era ni más ni menos imposible que lo que había sucedido. Podía incluso, pensó, dar un empujoncito a los poderes que, tras haberse burlado de él, consentirían en que todo siguiera en su sitio. Ayúdame, que el cielo te ayudará... Sí, pero ayudarse, en su caso, significaba reunir documentos que probaban la realidad y la utilidad de su viaje de negocios, telefonar a Jérôme para ultimar la ficción justificando su repentina partida, pedirle que preparase psicológicamente a Agnès para que creyese que lo había soñado todo, en resumen, recomenzar la farsa, dar nuevas pruebas de su locura y, más o menos, convocar él mismo la ambulancia que lo recogería al bajar del avión... No, sólo el cielo, si podía llamarse el cielo a eso, estaba en condiciones de ayudarlo: no se trataba, sobre todo, de falsear la realidad, sino de realizar un milagro, de hacer que no hubiera ocurrido lo que había ocurrido. Borrar ese episodio de sus vidas, y sus consecuencias, pero también borrar el rastro de la goma, y el rastro de ese rastro. No falsear, no olvidar, sino no tener ya nada que falsear ni olvidar, porque si no el recuerdo volvería, ineluctablemente, los destruiría... No, verdaderamente, la única ayuda que estaba a su alcance, si quería obtener la misericordia del cielo, era dejarse crecer el bigote, esforzarse por ello, confiar en ese remedio. Echado en la cama, rozaba con el dedo el labio superior, acariciaba el pelo renaciente, su única oportunidad.

A media tarde hizo un nuevo intento de telefonar a Agnès y a sus padres, sin mayor éxito. Luego se puso la ropa nueva, enrolló el bajo del pantalón, sin dobladillo, y repartió lo que poseía en los bolsillos traseros y pectorales: el pasaporte, las tarjetas de crédito, el dinero en metálico, la hoja con los números de teléfono. Dudó si llevar encima el mando a distancia y, como le pesaba, acabó por calzarlo entre cuenco y brocha en el estuche de cuero que contenía los avíos de afeitar, que dejó en el cuarto

de baño. Salió y, por los pasos elevados de las avenidas, se dirigió al embarcadero. El cielo estaba gris, hacía un calor húmedo. Al reconocerlo, el empleado del transbordador agitó el brazo en señal de bienvenida, pero él desembarcó en Kowloon y no tomó el barco hasta media hora después, tras haber pagado su cuenta en el Hotel King y recuperado lo que quedaba del cartón de cigarrillos. Curiosamente no había fumado, ni se le había pasado por la cabeza, desde su llegada a Hong Kong.

De regreso a la isla, caminó sin rumbo, tratando de seguir los muelles, lo cual resultó imposible a causa de las numerosas vías insalvables, de las obras de construcción, de las vallas donde buscaba en vano brechas para entrever la bahía. Por la disposición de los anuncios publicitarios, en lo alto de los rascacielos suspendidos sobre él, reconoció barrios que desde el embarcadero del transbordador, la noche antes, le habían parecido muy alejados del centro. En otro hotel de lujo, el Causeway Bay Plaza, intentó una vez más telefonar, pero seguía sin haber nadie. Al atardecer, volvió al Mandarín en taxi, se tomó un Singapore Sling en el bar y después subió a su cuarto para mirarse en el espejo del cuarto de baño, afeitarse de nuevo, como un convaleciente que se cerciora de sus fuerzas. Cuanto más lisas estaban sus mejillas, más resaltaba la tira ya negra de su labio superior. Sabía que la noche, como de costumbre, sería dura de pelar, que ideas contradictorias, obstinadas, exclusivas, se lanzarían al asalto de su cerebro, que él querría sucesivamente, seguro de no variar más, volver a coger el transbordador, salir corriendo hacia el aeropuerto, tirarse por la ventana, y que el deporte consistía en no hacer nada de eso, de forma que por la mañana se encontrase con vida, con el bigote creciendo, y habiéndose contentado con soñar con actos irremediables. Lo que más miedo le daba, bajo los efectos de una nueva chifladura, era afeitarse el bigote y tener que empezar luego a partir de cero. Entrevió una serie de días y noches ritmada por una alternación de afeitados, de esperanzas de rebrote, vanamente eternizada en la espera, la indecisión, la sucesión, mejor dicho, de decisiones contrarias. Las ideas negras regresaban, estaba previsto, claro, el quid estaba en aguantar. Aguantar, nada más.

Pensó en emborracharse, pero era demasiado peligroso. Tras haber llamado a París una vez más, preocupado por qué diría si por azar Agnès descolgase, bajó en busca de una farmacia donde conseguir somníferos, pero cuando encontró una abierta, y hubo explicado lo que quería con gran alarde de ridícula mímica, manos cruzadas bajo una almohada imaginaria y potentes ronquidos, la vendedora adoptó un aire reprobador y le explicó que se necesitaba receta. Cenó, sin hambre, tallarines y pescado, en un restaurante al aire libre, caminó un buen rato, para fatigarse, cogió un tranvía. Acodado en una ventana desprovista de cristales, fumando pitillo tras pitillo a pesar de la prohibición, que nadie respetaba, contempló el desfile de las fachadas de los edificios, las luces, los anuncios, los barrios que se sucedían, animados o desiertos, los tranvías que llegaban en sentido contrario, tan cerca que le era preciso, cada vez, retirar rápidamente el codo. Un tufo de fritangas, de pescado, se precipitaba por las ventanillas. La línea cruzaba la isla en toda su longitud, paralela al puerto, y

cuando, en la terminal, se sintió tentado de volver a marcharse en sentido contrario, se obligó a bajar. Si quería agotar las posibilidades de idas y venidas ofrecidas por los transportes públicos de la ciudad, le quedaba el metro, para el día siguiente, y luego el funicular que llevaba a lo alto del Pico. Después, la única posibilidad sería recomenzar, o bien recorrer su habitación de una pared a otra. Ocupar alternativamente una y otra de las camas gemelas, preguntarse si valía más dormir con el bigote por encima o por debajo de las sábanas, siempre hallaría sucedáneos para traducir físicamente la indecisión de la que adolecía y que había decidido, sin embargo, convertir en una política. Provisionalmente, se carcajeó, hasta que una idea, no necesariamente nueva, le ganase en el sprint. En conjunto, sin embargo, pese a unos accesos momentáneos que ya no lo sorprendían, alcanzaba una especie de calma indiferente, un progreso, así y todo, con respecto a la víspera. Provisional, repetía mientras caminaba, provisional.

Se encontró delante de su hotel casi por casualidad, hacia las dos de la madrugada, y se afeitó por tercera vez en el día. Por quinta vez, marcó a continuación los números de teléfono anotados en la hoja de papel y, como seguía sin conseguir respuesta, marcó otros, al azar, dispuesto a despertar a cualquier parisiense desconocido para asegurarse al menos de que la ciudad seguía existiendo. Algunos de esos números, cuyas cifras marcaba al buen tuntún, no debían de estar asignados, pero entonces habría oído: «No existe ningún abonado con el número marcado, consulte por favor la guía o llame a información...» Llamó también a información, al 12, a la hora, a una compañía de taxis, a la recepción del hotel, para que le confirmasen el prefijo, y esto duró una hora larga durante la cual fumó pitillo tras pitillo. Había recuperado del estuche de afeitar el mando a distancia, que conservaba en la mano, como un fetiche inútil, y la oleada de pánico que sentía aproximarse lo sumergió poco a poco: no era solamente su pasado, sus recuerdos, sino París entero que desaparecía en la sima excavada detrás de cada uno de sus pasos. ¿Y si fuera al día siguiente al consulado? Le dirían, sin la menor duda, que los enlaces telefónicos funcionaban de maravilla, llegarían incluso, si venía al caso, a darle pruebas de ello, pero los números que él quería seguirían sin contestar. «Es que no hay nadie, inténtelo en otro momento», concluiría lógicamente el servicial cónsul, el mismo que, quizás, informaría a Agnès de su trágica defunción —y, en esa ocasión, ella descolgaría enseguida.

Había puesto en marcha el televisor de su cuarto, sin sonido, y dormitó a intervalos, vestido. Cuando abría los ojos, asqueado por el olor del tabaco frío, unos chinos bien vestidos agitaban los labios en la pantalla muda. Más tarde, unos *cowboys* cabalaron por una sierra, sin duda reconstruida en España, si es que España no había desaparecido, como parecía insinuar el planisferio de Bahrein. Las cadenas de Hong Kong debían de emitir toda la noche, como en los Estados Unidos, aunque quizás al día siguiente se enterara de que no, que los programas terminaban a medianoche... La obsesión de lo improbable volvía a torturarlo, daba vueltas en la cama,

agarraba a tientas el teléfono en la mesilla de noche. En cierto momento, para oír una voz, marcó unas cifras sin prefijo, apretando el control remoto entre sus dedos crispados, y despertó a alguien, probablemente en Hong Kong, que chilló sin que él entendiese nada. Colgó, se levantó, se afeitó otra vez, volvió a acostarse. Al amanecer, cuando abrió los ojos, salió, vagó por las calles pobladas de gimnastas matinales, cogió el transbordador y, con visible satisfacción del empleado, el mismo de siempre, no lo abandonó en todo el día. El enmarañamiento de los mástiles en la bahía, el vuelo chillón de las aves que giraban en el cielo nuboso, los rostros, el olor a brea, el centelleo de los edificios, la afluencia de percepciones ya familiares lo absorbieron. Cuando le daba la ventolera de ir al consulado, o al aeropuerto, esperaba a que se le pasara, y se le pasaba muy pronto. Fumaba mucho, con el cartón en la mano. Se bronceaba, pensando que debería comprarse unas gafas de sol, y se preguntó, sin concederle excesiva importancia, en qué momento había sacado del bolsillo de la chaqueta las que le habían servido, días antes, para jugar al falso ciego en el bulevar Voltaire. Llevaba entonces, sí, la chaqueta que ahora yacía, hecha una bola, en el suelo del armario de su cuarto. Y, después de quitarse las gafas en el Café de la République y habérselas metido en el bolsillo, no recordaba haberlas vuelto a sacar, ni en el Jardin de la paresse, ni en el piso ni en Roissy. Se esforzaba por situar ese gesto anodino, por reconstruir con detalle las veinticuatro horas anteriores a su marcha, pero la inutilidad de su esfuerzo no lo afectaba, una especie de embotamiento desposeía de todo interés a unos actos que, lentamente, se deslizaban hacia lo irreal, hacia la bruma de una leyenda cuyo héroe ya no era él. Con idéntica indolencia ahogaba los proyectos o figuraciones a largo plazo sobre su futuro, como la estancia prolongada en el transbordador, la deriva azarosa por los puertos del mar de China, la visita de inspección a Java, el regreso al domicilio conyugal: todo resultaba indiferente, cuestiones antaño cortantes como navajas se embotaban, la urgencia de elegir o no elegir se derrumbaba.

Mediado el día, el empleado se acercó a darle unas palmaditas en el hombro y, en un inglés macarrónico, le dijo que si quería podía no bajar en los embarcaderos, pagarle, a él, un tanto alzado por sus idas y vueltas. Estuviera inspirada por la simple amabilidad o por el incentivo de una ganancia fraudulenta, declinó la propuesta, explicó que subir y bajar formaban parte para él del placer del viaje, y era cierto, ya casi no pensaba sino en contar sus moneditas. Sólo interrumpió sus idas y venidas para comer unos pinchos de pollo crujientes de pie delante de un mostrador donde saldaban también casetes de variedades, y para pasar luego por el Hotel Mandarín, donde recogió su neceser de afeitarse, que utilizó poco después en los sucios lavabos del transbordador. El empleado, cuando no estaba ocupado con su servicio, venía a veces a darle un poco de charla, llamaba su atención sobre este o aquel detalle del paisaje, decía «*nice, nice*», y él aprobaba. Al atardecer estalló una tormenta, el transbordador cabeceó de lo lindo. Los pasajeros, al desembarcar, se resguardaban bajo periódicos impresos en rojo y negro. Después llegó la noche, la última travesía,

y se encontró, como dos días antes, recorriendo el paseo iluminado por las lámparas de cristal esmerilado que, empotradas en el hormigón, titilaban bajo un cielo sin estrellas. Bordeando el muelle, llegó a otro embarcadero, todavía abierto; se dejó caer en un banco, frente a un hombre de unos sesenta años, rubicundo, que llevaba zapatillas de tenis con un traje de algodón amarillo y que no tardó en entablar conversación. «*Oh, Paris...*», comentó tras la respuesta a su ritual «*Where are you from?*». Él era de un lugar que, teniendo en cuenta su pronunciación, igual podía ser «Australia» que «Nazaret». «*Nice place*», agregó, soñador. Esperaba el barco que a la una y media salía hacia Macao, donde llevaba viviendo dos o diez años. ¿Estaba bien Macao? Nada mal, tranquilo, dijo el hombre, más apacible que Hong Kong. ¿Y era difícil encontrar plazas en el barco? Nada difícil.

Callaron, subieron los dos cuando el barco llegó. Era obligatorio coger una litera y, entre el dormitorio común para cincuenta, la cabina de primera para cuatro y la suite VIP para dos, su compañero le aconsejó elegir la suite VIP, que compartiría con él. Lo hizo así, pero no la compartió y se quedó en cubierta, con el neceser de afeitarse en las manos mirando la mar oscura, las luces de la ciudad cuando se alejaron y después solamente el mar.

El viento traía a veces, sin duda procedentes del dormitorio, estridentes estallidos de voces, carcajadas y sobre todo un chasquido de fichas de dominó abatidas con estruendo sobre mesas de metal. Pensó fugazmente que le habría gustado hacer esta travesía nocturna con Agnès, pasarle el brazo por los hombros; le pareció oír, mezclada con una nueva salva de dominós, la tonalidad lúgubre de un teléfono que sonaba en vano, en un piso vacío. Sacando del neceser el control remoto, se lo acercó a la oreja, envió el bip apretando la tecla y después, cuando se hartó, alargó la mano por encima del empalmetado y separó lentamente los dedos mientras continuaba apretando la tecla. A causa de la trepidación del motor, del ruido de las olas contra el casco, no oía ya el bip en el extremo de su brazo y oyó aún menos, claro, la desaparición del aparato cuando abrió la mano. Comprendió solamente que no volvería a telefonar, rasgó la hoja de papel con los números. Y cuando un poco más tarde pensó de nuevo en Agnès, se había convertido en algo demasiado lejano para que la ausencia del cuerpo apretado contra el suyo, de la voz risueña, excitada por la proximidad del infierno del juego, fuese otra cosa que un espejismo tenue, inconsistente, traído y disipado al instante por el aire tibio, por una lasitud que ya no iba a toparse contra nada.

El barco atracó al alba en una especie de suburbio industrial plagado de edificios en construcción recubiertos por andamios de bambú. A la salida del embarcadero, los taxistas se atropellaban para llamar la atención de los viajeros, chinos en su mayoría, y en el momento en que se disponía a aceptar el servicio, su compañero de la víspera, que había bajado después que él, se acercó, ofreciéndose a llevarlo a la ciudad. Tomaron por un paso elevado que salvaba una de esas carreteras de doble dirección, separadas por barreras, que no se podían cruzar, como en Hong Kong, más que cada diez kilómetros, y llegaron a un parking donde les esperaba un polvoriento jeep Toyota. Durante el trayecto, el australiano —si es que lo era— se disculpó por no hospedarlo, aludiendo a líos de mujeres que perturbaban su familia, pero le recomendó, mejor que el Hotel Lisboa, donde lo habría llevado cualquier taxi para ganarse una comisión, coger una habitación en el Hotel Bela Vista, más típico y más tranquilo, cuya terraza alabó muy especialmente. Podían incluso verse allí por la noche para tomar una copa.

Media hora después, una vez que el otro lo dejó delante del hotel, estaba sentado en la tal terraza, con los pies sobre los fustes enlucidos con cal del balcón colonial, arrullado por una hilera de ventiladores de techo adornados, bajo las cuatro palas, por cuatro lamparitas que brotaban de collarines de vidrio hilado, todavía encendidas pese al brillante sol. El mar de China se extendía ante él, ocre entre las columnas, blancas y de un verde tilo, que sostenían el techo de artesones ennegrecidos. En recepción le habían dado junto con la llave de su cuarto, destartalado pero inmenso y fresco, un folleto políglota sobre Macao, donde había leído que «el agua de las habitaciones de hotel suele estar hervida, menos como medida de seguridad que para atenuar el sabor a cloro. No obstante, todos, visitantes y residentes, prefieren seguir las costumbres locales y abandonan el agua por el vino». Fiado en ello, había pedido para el desayuno una botella de *vinho verde*, cuyo cuello asomaba por un enorme cubo de hielo. La vació sin pensar en nada, salvo en el vago contento que le deparaba la temperatura; después, tambaleándose, se fue a su habitación, una de cuyas ventanas daba a la terraza y la otra, situada encima de la puerta, a un espacioso pasillo que olía a sábanas todavía húmedas, como una lavandería. Apagó el aire acondicionado, uno de esos chismes parecidos a aparatos de televisión cuyos culos opulentos y herrumbrosos erizaban la fachada mal cuidada del hotel. Pensó afeitarse, pero

renunció, porque se sentía borracho; se echó en la cama tras haber abierto la ventana y se durmió. En varias ocasiones se despertó a medias, quiso levantarse, afeitarse, volver a la terraza o acercarse a los casinos de los que le había hablado el australiano, en el coche, como la principal atracción local con el Crazy Horse importado de París, pero sus proyectos se mezclaban con sueños confusos, y también con la certeza de que se avecinaba un tifón. El viento agitaba las ramas de un árbol que pegaban contra la ventana abierta, oía la lluvia y la borrasca, pero en realidad no era sino el aparato del aire acondicionado que jadeaba y goteaba, lo había escacharrado al intentar apagarlo.

Más tarde, se afeitó delante de un espejo colocado en equilibrio sobre la repisa del lavabo; por una u otra razón no lo habían clavado en la pared, y todo parecía ir así en el hotel, a la deriva. Luego salió, con las piernas flojas, paseó por calles bordeadas de casitas encaladas, de una planta, rosas o verdes como piruletas. Pobladas por chinos, todas esas calles se llamaban rúa del bom Jesús, estrada do Repouso o cosas por el estilo. Había iglesias barrocas con grandes escalinatas de piedra, edificios modernos también, a medida que se iba hacia el norte, donde él había desembarcado, olor a incienso, a pescado frito, un clima de pueril y dulce decrepitud, de oleaje aplacado desde antiguo. Experimentó por un momento la angustia, absurda en una ciudad tan pequeña, de haberse perdido y repitió varias veces el nombre de su hotel a un guardia chino cuyo rostro acabó por iluminarse y que declaró meneando la cabeza: «*Very fast*», sin que fuese posible averiguar si eso significaba que se podía llegar a él muy pronto, que había que correr muy rápido para llegar a él o bien que estaba muy lejos, «*very far*». Para permitirle preguntar el camino a no angloparlantes, el guardia calografió la dirección con caracteres chinos en la tapa de una carterita de cerillas que acababa de comprar al mismo tiempo que una cajetilla de tabaco local. Venía a ser más o menos así:

The image shows three vertical columns of Chinese calligraphy. From right to left, the characters are: 小心! (Be careful!), 马上就要 (It's almost), and 结束了! (It's over!). The characters are bold and expressive, written in black ink on a light background.

pero no tuvo ocasión de utilizar aquella muleta y, caminando al azar, se encontró a

orillas del mar, a la vista de su hotel, que, algo apartado de la ciudad, parecía un viejo transbordador en dique seco. Pasó el final de la tarde y la velada en la terraza, donde un bajorrelieve de bronce que representaba a Bonaparte en el puente de Arcole estaba coronado por la inscripción: «*There is nothing impossible in my dictionary*», aproximación, supuso, al adagio según el cual imposible no es francés, pero el hecho de que estuviera expresado en inglés, y para ilustrar la imagen de un enemigo histórico, le pareció cuando menos desconcertante. Tomó una cena ligera, platos que le recordaban la cocina brasileña, bebió mucho, contando con que eso le ayudaría a dormir, y tenía razón.

Así transcurrieron dos días. Dormía, fumaba, comía, bebía *vinho verde*, se paseaba por la península y, sin quererlo verdaderamente, realizaba lo que debía de ser un circuito turístico. Rondó por los casinos: el lujoso del Hotel Lisboa, y el casino flotante, donde el estruendo de las fichas de dominó lo sumía en un atontamiento que se disipaba lentamente después de haber salido; durmió al sol en los parques públicos, se acercó a la frontera de la China popular, visitó el museo consagrado a Camões y, sentado bajo un árbol, sonrió con arrobo ante el recuerdo asombrosamente preciso de la novela de Julio Verne donde el geógrafo Paganel se jacta de aprender español empollándose la epopeya de ese poeta portugués del Siglo de Oro. Salvo para encargar las comidas, no hablaba con nadie: el australiano, desbordado sin duda por sus problemas domésticos, no acudió a la cita que habían concertado en la terraza. A veces, en la periferia de su conciencia embotada, bullían embriones de ideas amenazantes, sobre Agnès, su padre, la relativa cercanía de Java, las investigaciones emprendidas para rastrear sus huellas, el futuro que le esperaba. Pero le bastaba con sacudir la cabeza, cerrar largamente los ojos o beber unos tragos de vino para dispersar unas imágenes cada vez más exangües, vaciadas de su sustancia, pronto fantasmas tan poco temibles como un mando a distancia ahogado en el mar de China, como una impresión turbadora pero fugitiva de *déjà vu*. No hizo el menor intento de telefonar, contentándose con caminar al sol entre el olor de pescado seco y del sudor que impregnaba sus ropas, intercalando largas siestas en sus paseos sin rumbo. Dos veces al día, no obstante, se afeitaba, rectificando para su uso particular la broma que dice que el *dolce far niente* consiste en oír crecer la propia barba. Oía su bigote, aunque no muy atentamente; saboreaba a veces, tumbado en un banco, la idea abstracta, y ahora ya sin interés, de haberse evadido. También estas ideas se le pasaban pronto.

Al tercer día fue a la playa. En Macao no había, pero un puente de reciente construcción enlazaba la península con dos islitas donde, según el afable recepcionista del Hotel Bela Vista, se podía uno bañar. Un microbús, que salía del Hotel Lisboa, iba allá tres veces al día, pero prefería ir a pie y se puso en camino hacia las once de la mañana. Andaba contemplando el hormigón, a veces el agua que lo rodeaba, solo en el puente por donde pasaban pocos coches. Uno de ellos se paró, el conductor abrió la portezuela, pero él rehusó educadamente, nada le urgía. Comió pescado, frente al mar, en un restaurante de la primera isla, llamada Taipa, volvió a marchar hacia las dos y siguió la carretera ocre hasta que allá abajo divisó una playa de arena negra, a la que se llegaba por un camino escarpado. Algunos coches aparcados, unas motos japonesas indicaban que no estaría solo, pero eso no le molestaba. Había gente, en efecto, sobre todo jóvenes chinos que jugaban al balonmano lanzando gritos de gozo. Los pájaros también chillaban. Hacía calor. Antes de bañarse pidió una soda, fumó un cigarrillo en un chiringuito cuyo techo de paja estaba ceñido por altavoces que difundían canciones de variedades norteamericanas, entre las cuales reconoció *Woman in Love*, de Barbra Streisand. A continuación se quitó la ropa, hizo una bola con ella, dejó sus sandalias sobre el montoncito y entró sin prisas en el agua tibia, casi opaca. Nadó unos minutos, se hacía pie hasta muy lejos, después volvió a la orilla y, sin haberse levantado, se quedó tendido de espaldas, en la movediza frontera entre la arena húmeda y las olitas que rodaban contra su costado. La marea bajaba, siguió su movimiento retrocediendo sobre los codos, de cara a la playa. La reverberación le quemaba los párpados, que entreabría de vez en cuando para comprobar que su ropa no había desaparecido. A unos veinte metros de distancia otro occidental, más o menos de su edad, chapoteaba en la misma posición. En cierto momento, dormitaba, oyó de repente una voz que pronunciaba muy alto palabras inglesas y abrió los ojos, miró a su alrededor, deslumbrado y un poco inquieto porque le parecía que se dirigían a él. Y era en efecto el otro bañista blanco que, vuelto en su dirección, repetía gritando para cubrir el ruido de las olas: «*Did you see that?*» Distinguía mal sus rasgos, pensó sin embargo que no era ni inglés ni norteamericano y se cercioró de que no ocurría nada especial en la playa: nada, salvo los adolescentes que continuaban lanzándose el balón, y un joven con pantalones cortos, también chino, que se alejaba a pequeñas zancadas, con un

walkman sujeto en el cinturón del bañador. «*What?*», dijo, por cumplir, y el otro, acostado en el agua como siempre, se dio la vuelta riendo, gritando a voz en cuello: «*Nothing, forget it!*» Cerró los ojos, aliviado de que la conversación no pasara de eso.

Más tarde, salió del agua, se vistió sin secarse y desanduvo el camino. El microbús que regresaba a Macao se detuvo a su altura, en la carretera, y esta vez, fatigado, aceptó subir, ocupó un asiento trasero. Por la irritación de la piel, comprendió que había pillado una insolación, disfrutó con anticipación del contacto de las sábanas frescas, un poco ásperas, sobre la quemadura. Cuando el autobús atravesaba zonas de sombra, intentaba captar su reflejo en los cristales cubiertos de polvo y de insectos muertos. Tenía el pelo pegado por la sal, el bigote cortaba su rostro con un trazo negro, pero eso ya no tenía mucho sentido para él. Ningún proyecto le seducía, sino el de darse un baño, una vez de regreso en el hotel, e instalarse en la terraza, frente al mar de China.

En el cuadro donde la dejaba de ordinario, faltaba su llave. El recepcionista, un viejo chino cuyo torso flaco flotaba dentro de una amplia camisa de nailon blanco, dijo sonriendo: «*The lady is upstairs*», y él sintió que un escalofrío le recorría la espalda quemada.

—*The lady?*

—*Yes, Sir, your wife... Didn't she like the beach?*

No contestó, vaciló, sobrecogido, delante del bien encerado mostrador. Después subió lentamente la escalera de la que habían retirado la alfombra, para limpiarla, sin duda. En las varillas de cobre, reunidas en un haz que yacía pegado a la pared, se prendían los últimos resplandores del sol. Partículas de polvo bailaban en el rayo oblicuo llegado de la ventana abierta de par en par, en la planta. La puerta de su cuarto, al final del pasillo, no estaba cerrada. La empujó.

Echada en la cama, bajo la misma luz rubia, Agnès leía una revista, *Time* o quizás *Asian Week*, de las que había en recepción. Llevaba un traje de algodón muy corto, que parecía una camiseta demasiado grande. Sus piernas desnudas y bronceadas resaltaban sobre la sábana blanca.

—¿Qué? —dijo ella al oírlo entrar—, ¿por fin lo has comprado?

—¿El qué?

—Pues... el grabado.

—No —terminó por responder él, con una voz que le pareció normal.

—¿Ese tío no quiso rebajar el precio?

Ella encendió un cigarrillo, arrastró a la cama el cenicero publicitario.

—Eso es —dijo él, con los ojos clavados en el mar que enmarcaba la ventana. Un carguero pasaba por el horizonte. Del bolsillo de la camisa sacó

la cajetilla, encendió un pitillo a su vez, pero estaba húmedo, sin duda los había mojado al vestirse en la playa. Chupó en vano el filtro ablandado, después lo aplastó en el cenicero, rozando con la mano la pierna medio doblada de Agnès y dijo:

—Voy a darme un baño.

—Yo iré después de ti —respondió ella mientras él cruzaba el umbral del cuarto de baño, dejando la puerta abierta. Luego añadió—: Lástima que la bañera sea tan pequeña...

Dejó correr el agua, apoyado en el reborde de la bañera, demasiado pequeña, en efecto, sólo se podía estar sentado, y evidentemente no era para dos. Al acercarse al lavabo observó en la repisa dos cepillos de dientes, un tubo semivacío de pasta para las encías *made in Hong-Kong*, varios tarros de productos de belleza, cremas limpiadoras. Estuvo a punto de tirar uno al levantar de la repisa sobre la que descansaba, ligeramente inclinado, el espejo rectangular que colocó en la misma posición, contra la pared, en el borde de la bañera. Tras asegurarse de que estaba bien calzado, se desnudó, cogió el neceser de afeitar, lo puso al lado del espejo y se metió en el agua tibia. El cuarto de baño estaba iluminado sólo por un ventanuco, casi un tragaluz; reinaba en él una claridad acuática, oscura y reposada, concorde con el goteo de agua que, a intervalos regulares, se desprendía del aparato de aire acondicionado estropeado. Hacía fresco, de buena gana se habría echado la siesta. Metido en el agua hasta la cintura, sentado en el peldaño, orientó el espejo frente a sí, para poder contemplarse el rostro. El bigote estaba bien poblado ahora, como antes. Lo alisó.

—¿Volvemos esta noche al casino? —preguntó Agnès con voz perezosa.

—Si quieres...

Agitó un buen rato la brocha en el cuenco, embadurnó de espuma el mentón y las mejillas, los afeitó con cuidado. Después, sin vacilar, la emprendió con el bigote. La obra de desbroce, sin tijeras, le llevó su tiempo, pero la navaja cortaba bien, los pelos caían en la bañera. Para ver mejor lo que hacía, cogió el espejo y se lo puso en los muslos, para poder inclinar el rostro encima de él. La arista le pinchaba un poco el vientre, sobre el que debía apoyarlo. Aplicó una segunda capa de espuma, afeitó apurando más. Al cabo de cinco minutos estaba otra vez lampiño, y este pensamiento no le inspiró ningún otro, era una simple comprobación: hacía lo único que había que hacer. Más espuma, los copos se desprendían, caían, bien en el agua, bien en la superficie del espejo, que limpió varias veces con el filo de la mano. Afeitó de nuevo el sitio de su bigote, apurando tanto que le pareció descubrir en aquella estrecha tira de piel unos desniveles hasta entonces insospechados. No observó en cambio ninguna diferencia de tono, aunque su rostro estuviera bronceado por los días pasados al sol, aunque quizás eso dependía de la

penumbra que reinaba en el cuarto de baño. Abandonando un instante la navaja, aunque sin plegarla, agarró el espejo con las dos manos, se lo acercó al rostro, tan cerca que su respiración formó un ligero vaho, después lo colocó otra vez en las rodillas. Detrás de la ventana del cuarto de baño, al sesgo, podía ver ramas de follaje y hasta un trozo de cielo. Salvo la gota que caía del aparato de aire acondicionado y las páginas que Agnès pasaba, ningún ruido llegaba de la habitación. Hubiera tenido que volverse, que estirar el cuello para echar un vistazo por la puerta entornada, pero no lo hizo. En vez de ello cogió la navaja y continuó puliéndose el labio superior. Una vez se la pasó por las mejillas, como cuando, con la boca hundida en el sexo de Agnès, se apartaba un momento para besar el interior de sus muslos, luego volvió al sitio donde había estado su bigote. Ya había localizado suficientemente el relieve para ser capaz ahora de apoyar la hoja en la exacta perpendicular de su piel y se obligó a no cerrar los ojos cuando, bajo aquel peso, sin que hubiera desplazado la navaja de lado, la carne cedió, se abrió. Acentuó su presión, vio correr la sangre, más negra que roja, aunque era también a causa de la luz. No fue el dolor, que le asombraba no experimentar aún, sino el temblor de sus dedos crispados sobre el mango de cuerno lo que le obligó a proseguir su incisión lateralmente: la hoja, como esperaba, entraba mucho más fácilmente. Se levantó el labio para detener el hilillo negruzco del que unas gotas cayeron sin embargo en su lengua, y esa mueca desvió aún más la trayectoria. Ahora le dolía, y comprendió que sería aventurado afinar durante más tiempo, conque acuchilló sin preocuparse de que los cortes fueran netos, apretando los dientes para no gritar, sobre todo cuando la hoja llegó a la encía. La sangre chorreaba en el agua oscura, sobre su pecho, sus brazos, sobre la porcelana de la bañera, sobre el espejo que limpió de nuevo con la mano libre. La otra, al contrario de lo que se temía, no cedía, parecía soldada a la navaja y él tomaba solamente la precaución de no alejar jamás la hoja de su piel desgarrada cuyos jirones, oscuros como paquetitos de carne echada a perder, caían con un ruido blando sobre el espejo por cuya superficie resbalaban lentamente para por fin hundirse en el agua, entre sus piernas apuntaladas por el dolor, los pies crispados contra las paredes de la bañera, tensos como para rechazarlas mientras él continuaba, trituraba en todos los sentidos, de arriba abajo, de izquierda a derecha, consiguiendo a pesar de todo no desollarse apenas la nariz y la boca, aunque el raudal de sangre lo cegaba. Pero mantenía los ojos abiertos, se concentraba en una porción de piel donde la hoja hurgaba sin jamás perder el contacto, lo más difícil era no aullar, aguantar sin aullar, sin perturbar en nada la calma del cuarto de baño, de la habitación, donde oía a Agnès pasando las páginas de la revista. Temía también que ella le hiciera una pregunta a la cual, con las mandíbulas apretadas como una tenaza, no podría contestar, pero ella permanecía silenciosa, se limitaba a pasar páginas, quizás

a un ritmo un poco más rápido, como si empezara a hartarse, mientras la navaja la emprendía ahora con el hueso. Él ya no veía nada, solamente podía imaginar el brillo nacarado de su mandíbula en carne viva, una cosa neta y brillante en medio de la papilla negruzca de los nervios seccionados, sembrada de relámpagos, remolineando ante sus ojos que creía no cerrar, aunque apretaba los párpados, apretaba los dientes, crispaba los pies, contraía cada uno de sus músculos a fin de soportar las quemazones del sufrimiento, de no perder la conciencia antes de haber rematado, sin discusión posible, el trabajo. Su cerebro continuaba funcionando de forma independiente, preguntándose hasta cuándo funcionaría, si, antes de que el brazo se le cayese, conseguiría cortar más allá del hueso, llegar aún más adentro, al fondo de su paladar lleno de sangre, y cuando comprendió que forzosamente iba a ahogarse, que jamás podría terminar de esa manera, arrancó la navaja, temiendo que le faltaran las fuerzas para llevársela al cuello, pero lo logró, conservaba aún la conciencia, aunque su ademán era blando, aunque la contracción titánica de todo su cuerpo se retiraba del brazo, y cortó, sin ver nada, sin siquiera sentir, por debajo del mentón, de una oreja a otra, tensa la mente hasta el último segundo, dominando el gorgoteo, el estremecimiento de las piernas y del vientre sobre el que el espejo se rompía, tenso y aplacado por la certeza de que ahora todo había terminado, estaba en orden.

*Biarritz-París,
22 de abril - 27 de mayo de 1985*



EMMANUEL CARRÈRE (París, 1957) es un escritor, guionista y realizador francés, diplomado por el Instituto de Estudios Políticos de París. De niño, quiso ser arponero de ballenas, pero al final se dedicó a escribir. Hoy es uno de los narradores más relevantes de Francia.

Sus obras son como los relatos de un gran reportero. Novelas de no ficción que dan forma literaria a lo que ocurre a su alrededor, aventuras documentadas con el fin de ser claro para que el lector no especializado lo entienda.

Entre la biografía, el reporterismo, la autoficción, ha desarrollado un estilo propio, que ha dejado un buen puñado de libros magistrales, hondos, emocionantes, paradójicos. Varios de sus libros han sido llevados al cine, y en 2005, dirigió la adaptación cinematográfica de su novela *La moustache* (1986). Es autor de ocho novelas, entre ellas *El curso de invierno* (*La classe de neige*, 1995), *De vidas ajenas* (*D'autres vies que la mienne*, 2009), y las biografías: *Werner Herzog* (1982); *Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos: Philip K. Dick 1928-1982* (*Je suis vivant et vous êtes morts*, 1993), y *Limónov* (2011), además de varios guiones para el cine y la televisión. *El adversario* (*L'adversaire*, 1999) supuso su consagración indiscutible.